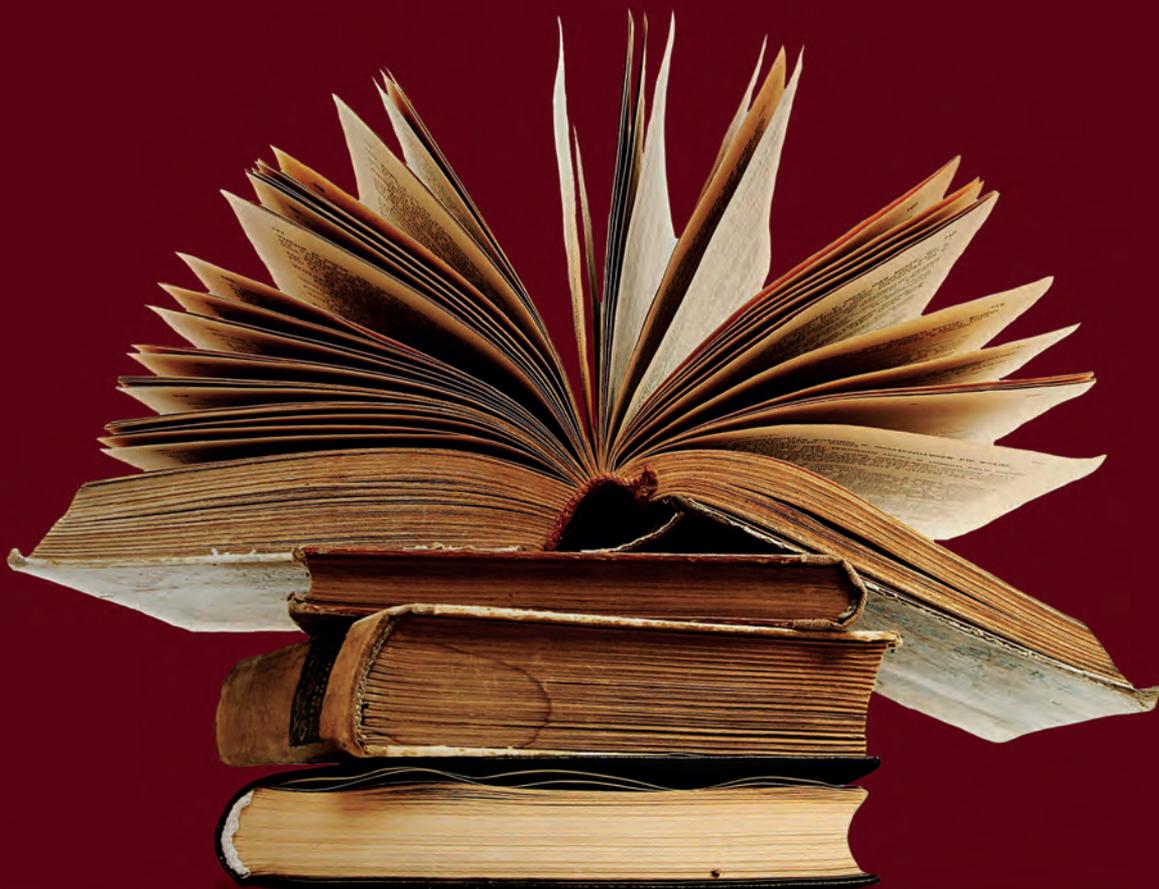


CENTENARIO  
1917 2017  
CONSTITUCIÓN POLÍTICA  
DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

• MÉXICO Y LA CONSTITUCIÓN DE 1917 •

# Constitución y literatura

VICENTE QUIRARTE  
Selección y estudio preliminar



SENADO DE LA REPÚBLICA - LXIII LEGISLATURA  
SECRETARÍA DE CULTURA  
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS-UNAM





# CONSTITUCIÓN Y LITERATURA

ESTUDIOS CONSTITUCIONALES





COMITÉ PARA LA CONMEMORACIÓN  
DEL CENTENARIO DE LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA  
DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

ENRIQUE PEÑA NIETO

*Presidente de los Estados Unidos Mexicanos*

EDGAR ROMO GARCÍA

*Presidente de la Cámara de Diputados  
del Congreso de la Unión*

ERNESTO JAVIER CORDERO ARROYO

*Presidente de la Cámara de Senadores  
del Congreso de la Unión*

LUIS MARÍA AGUILAR MORALES

*Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación  
y del Consejo de la Judicatura Federal*

REPRESENTANTES

PODER EJECUTIVO FEDERAL

ALFONSO NAVARRETE PRIDA

*Secretario de Gobernación*

MARÍA CRISTINA GARCÍA CEPEDA

*Secretaria de Cultura*

PODER LEGISLATIVO FEDERAL

GUADALUPE ACOSTA NARANJO

*Diputado Federal*

ENRIQUE BURGOS GARCÍA

*Senador de la República*

PODER JUDICIAL DE LA FEDERACIÓN

JOSÉ RAMÓN COSSÍO DÍAZ

*Ministro de la Suprema Corte  
de Justicia de la Nación*

ALFONSO PÉREZ DAZA

*Consejero de la Judicatura Federal*

PATRICIA GALEANA

*Secretaria Técnica*

CONSEJO ASESOR

Sonia Alcántara Magos

Héctor Fix-Zamudio

Sergio García Ramírez

Olga Hernández Espíndola

Ricardo Pozas Horcasitas

Rolando Cordera Campos

Rogelio Flores Pantoja

Javier Garcíadiago

Sergio López Ayllón

Pedro Salazar Ugarte

Héctor Fix-Fierro

José Gamas Torruco

Juan Martín Granados Torres

Aurora Loyo Brambila

Gloria Villegas Moreno

BIBLIOTECA  
CONSTITUCIONAL  
I N E H R M



SENADO DE LA REPÚBLICA

Mesa directiva

Presidente

Sen. Ernesto Javier Cordero Arroyo

Vicepresidenta

Sen. Graciela Ortiz González

Vicepresidente

Sen. César Octavio Pedroza Gaitán

Vicepresidente

Sen. David Monreal Ávila

Vicepresidente

Sen. Adolfo Romero Laines

Secretaria

Sen. Itzel Sarahí Ríos de la Mora

Secretaria

Sen. Rosa Adriana Díaz Lizama

Secretaria

Sen. Lorena Cuéllar Cisneros

Secretario

Sen. Juan Gerardo Flores Ramírez

Secretaria

Sen. Martha Palafox Gutiérrez

Junta de Coordinación Política

Presidenta

Sen. Ana Lilia Herrera Anzaldo

*Grupo parlamentario del Partido Revolucionario Institucional*

Sen. Emilio Gamboa Patrón

*Coordinador del grupo parlamentario  
del Partido Revolucionario Institucional*

Sen. Luis Sánchez Jiménez

*Coordinador del grupo parlamentario  
del Partido de la Revolución Democrática*

Sen. Miguel Romo Medina

*Coordinador del grupo parlamentario  
del Partido Revolucionario Institucional*

Sen. Fernando Herrera Ávila

*Coordinador del grupo parlamentario  
del Partido Acción Nacional*

Sen. Manuel Bartlett Díaz

*Coordinador del grupo parlamentario del  
Partido del Trabajo*

Sen. Carlos Alberto Puente Salas

*Coordinador del grupo parlamentario del  
Partido Verde Ecologista de México*

Sen. Sonia Mendoza Díaz

*Grupo Parlamentario  
del Partido Acción Nacional*



CULTURA  
SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Secretaria de Cultura

María Cristina García Cepeda



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Directora General

Patricia Galeana

Consejo Técnico Consultivo

Luis Barrón Córdova

Fernando Castañeda Sabido

Ana Carolina Ibarra González

Luis Jáuregui Frías

Érika Pani Bano

Ricardo Pozas Horcasitas

Salvador Rueda Smithers

Rubén Ruíz Guerra

Enrique Semo Calev

Gloria Villegas Moreno



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS

Director

Pedro Salazar Ugarte

Secretario Académico

Francisco Ibarra Palafox

Coordinación editorial

Raúl Márquez Romero y Wendy Vanesa Rocha Cacho

# CONSTITUCIÓN Y LITERATURA

*Selección y estudio preliminar de*  
VICENTE QUIRARTE

*Colaboración de*  
JOSÉ DE JESÚS ARENAS RUIZ

• MÉXICO Y LA CONSTITUCIÓN DE 1917 •

KGf3156  
Q85  
2018

*Constitución y literatura* / selección y estudio preliminar de Vicente Quirarte; colaboración de José de Jesús Arenas Ruiz; Enrique Burgos García, presentación; Patricia Galeana y Pedro Salazar Ugarte, prólogo. Ciudad de México: Secretaría de Cultura, INEHRM, Senado de la República, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2018  
192 páginas (Colección Biblioteca Constitucional. Serie México y la Constitución de 1917)  
ISBN: 978-607-9276-57-7, Biblioteca Constitucional (Obra completa)  
ISBN: 978-607-8507-94-8, *Constitución y literatura*  
Constitución (1917)-Literatura-Historia y crítica. 2. Literatura mexicana-Siglo XX-Historia y crítica. I. t. II. Ser

Primera edición, México y la Constitución de 1917, 2018.

Producción:

Secretaría de Cultura  
Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México

D.R. © 2018 por la presente edición  
Secretaría de Cultura  
Dirección General de Publicaciones  
Paseo de la Reforma 175  
Colonia Cuauhtémoc, C.P. 06500,  
Ciudad de México.

D.R. © 2018 Senado de la República  
Av. Paseo de la Reforma 135, esq. Insurgentes Centro,  
Colonia Tabacalera, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06030,  
Ciudad de México.

DR © 2018. Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Jurídicas  
Circuito Maestro Mario de la Cueva s/n,  
Ciudad de la Investigación en Humanidades,  
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-9276-57-7, Biblioteca Constitucional (Obra completa)  
ISBN: 978-607-8507-94-8, *Constitución y literatura*

Impreso y hecho en México

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



# CONTENIDO

## PRESENTACIÓN

Enrique Burgos García . . . . .	11
SENADO DE LA REPÚBLICA	

## PREFACIO

Pedro Salazar Ugarte . . . . .	13
UNAM - INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS	

## MÉXICO Y LA CONSTITUCIÓN DE 1917

Patricia Galeana . . . . .	17
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO	

## NOVEDAD DE LA PATRIA

Vicente Quirarte . . . . .	23
----------------------------	----

## JUAN B. DELGADO . . . . . 49

“Gesta de mi ciudad” . . . . .	50
--------------------------------	----

## FRANCISCO L. URQUIZO . . . . . 57

“El Congreso Constituyente” . . . . .	58
---------------------------------------	----

RAMÓN LÓPEZ VELARDE.....	63
“La Suave Patria”.....	64
“Novedad de la Patria”.....	69
MARIANO AZUELA.....	73
<i>Nueva burguesía</i> (Fragmento).....	75
MANUEL MAPLES ARCE.....	91
<i>Soberana juventud</i> (Fragmento).....	93
<i>Vrbe. Súper-poema bolchevique en 5 cantos</i> .....	101
GERMÁN LIST ARZUBIDE.....	111
<i>Troka el poderoso</i> .....	113
ROSENDO SALAZAR.....	121
<i>Las masas mexicanas. Sus poetas</i> (Selección).....	122
GERARDO MURILLO, DR. ATL.....	155
“La vieja de la pulquería”.....	156
GRISelda ÁLVAREZ PONCE DE LEÓN.....	161
<i>Glosa de la Constitución en sonetos</i> (Selección).....	162
EDMUNDO VALADÉS.....	165
“La Muerte tiene permiso”.....	166
JOSÉ REVUELTAS.....	171
<i>Los días terrenales</i> (Fragmento).....	172



## PRESENTACIÓN

**A**l conmemorarse el inminente Centenario de la Constitución de 1917, resulta insoslayable reiterar que nuestro texto fundamental es no sólo el documento en el que descansa el conjunto de los componentes del Estado mexicano, sino también, al propio tiempo, una síntesis de nuestro devenir histórico, el referente vivo del gran acuerdo, quizá el más importante que nos hemos dado los mexicanos, conciliando derechos individuales y derechos sociales.

De nuestra Constitución devienen los principios de federalismo, justicia y democracia, pilares de la República. Los derechos humanos y sus garantías son la fórmula cimera que preserva la armonía social y las instituciones.

La mejor forma de conmemorar el Centenario de nuestra Constitución es y será respetarla y observarla con puntualidad, asumiendo a cabalidad los compromisos de ciudadanos y de quienes ostenten responsabilidades públicas.

Preservar y construir instituciones, en palabras de Mariano Otero, es el camino para defender la paz y alcanzar el progreso. Es ése el mejor homenaje a nuestra Constitución.

ENRIQUE BURGOS GARCÍA  
*Senado de la República*



## PREFACIO

**E**xisten diferentes maneras de celebrar un momento histórico. Una de ellas es la de utilizarlo como oportunidad para reflexionar sobre sus causas, características y efectos. Si está materializado en un pacto constitucional, la ocasión se potencia porque sus vicisitudes están destinadas a normar las circunstancias del futuro y a influir en otros contextos históricos, políticos y normativos.

Eso ha sucedido con la Constitución mexicana de 1917, que es un momento, un documento y una norma. En esas tres dimensiones recordamos su primer centenario de vigencia y lo honramos con esta serie de publicaciones académicas editadas por el Senado de la República, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) y el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. Tres instituciones públicas que unen sus esfuerzos para ofrecer a los lectores una valiosa y original colección de publicaciones conmemorativas en la que se reúnen las plumas de importantes estudiosos e intelectuales interesados en la historia, la política y el derecho.

En estas obras se celebra a la Constitución de 1917 como un momento histórico con antecedentes y particularidades irrepetibles que marcaron la historia de México y del mundo en el siglo xx. La Constitución surge como el producto de su tiempo y como punto de quiebre que divide la inestabilidad decimonónica de la promesa de modernidad institucionalizada. Leer sobre los antecedentes del Congreso

Constituyente, sobre su contexto y sus debates es útil para conocer al México de aquellos años, pero también para entender lo que los protagonistas del momento deseaban para el país que estaban constitucionalizando. De ahí el valor de los textos de corte histórico en esta colección.

Pero la Constitución de 1917 también es un documento histórico que fue relevante e influyente para otros países del mundo. En efecto, ésta logró amalgamar, por primera vez en la historia moderna, a las tradiciones liberal, democrática y socialista en un crisol normativo de difícil ejecución, pero de incuestionable valor simbólico. Si a ello añadimos la presencia normativa de figuras de garantía como el llamado “amparo mexicano”, podemos comprender por qué el documento constitucional fue objeto de elogio y estudio en otras latitudes y, sobre todo, punto de referencia ejemplar para otros procesos constituyentes. Haciendo honor a una tradición comparativista de viejo cuño en nuestro país, algunos destacados autores de estos ensayos miran a la Constitución desde su trascendencia internacional y nos recuerdan que los grandes textos constitucionales tienen vigencia nacional, pero relevancia universal.

En su tercera dimensión —la que corresponde en estricto sentido a su carácter jurídico— las constituciones son normas vinculantes. En esta faceta, en el mundo contemporáneo, las normas constitucionales han ganado cada vez mayor relevancia al interior de los ordenamientos a los que ofrecen fundamento y sustento. Durante mucho tiempo, fue la fuente legislativa —la ley ordinaria— la que predominaba en el ámbito de la producción jurídica, pero desde la segunda mitad del siglo xx las constituciones fueron ganando fuerza normativa. De ahí que tenga sentido observar la evolución de la doctrina constitucional y, sobre todo, la manera en la que fue cobrando vigencia el texto constitucional en el sistema jurídico mexicano. El estudio de esa vigencia en las diferentes áreas del derecho nos permite comprender el sentido vinculante que denota la esencia normativa constitucional. Sin esa dimensión —también analizada en esta colección de ensayos— las constituciones serían solamente documentos históricos, valiosos pero incompletos.

El valor de este conjunto de ensayos reside en su carácter conmemorativo, pero también —quizá sobre todo— en su valor científico.

De alguna manera, el paso del tiempo —la llegada del Centenario— se aprovecha como un pretexto para pensar en el sentido de la constitucionalidad, en la historia del constitucionalismo, en la génesis política y social de una Constitución concreta, en el México que la vio nacer y en el país que desde entonces hemos venido construyendo bajo los ojos del mundo.

Por todo lo anterior, en mi calidad de director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, celebro la publicación de estos textos conmemorativos, felicito y agradezco a los autores de los mismos, y me congratulo de esta alianza institucional con el Senado y el INEHRM que la ha hecho posible. Espero que los lectores disfruten la lectura de cada uno de ellos y, a través de la misma, puedan aquilatar la enorme valía del conjunto.

PEDRO SALAZAR UGARTE

*UNAM - Instituto de Investigaciones Jurídicas*





## MÉXICO Y LA CONSTITUCIÓN DE 1917

La Constitución de 1917 fue la culminación del proceso revolucionario que dio origen al México del siglo xx. Para conmemorar el Centenario de la vigencia de nuestra Carta Magna, es menester conocer el contexto nacional e internacional en que se elaboró y cómo es que ha regido la vida de los mexicanos durante un siglo. De ahí la importancia de la obra que hoy presentamos.

El INEHRM tiene la satisfacción de publicar, con el Senado de la República y el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, la serie México y la Constitución de 1917. En ella, destacados historiadores y juristas, politólogos y políticos nos dan una visión multidisciplinaria sobre el panorama histórico, jurídico, político económico, social y cultural de nuestro país desde la instalación del Congreso Constituyente de 1916-1917 hasta nuestros días. Científicos sociales y escritores hacen, asimismo, el seguimiento de la evolución que ha tenido el texto constitucional hasta el tiempo presente y su impacto en la vida nacional, así como la prospectiva para el siglo XXI.

La colección inicia con el título *Contexto histórico*, precedido de una introducción de Álvaro Matute. Walter Astié hace el análisis de la situación internacional. Describe el impacto de la Primera Guerra Mundial en nuestro país, las presiones de las grandes potencias y la difícil relación con nuestro vecino del norte. Leonardo Lomelí estudia la situación económica. Felipe Ávila analiza las principales acciones del

gobierno provisional de Venustiano Carranza para pacificar al país, resolver los problemas sociales y consolidar al Estado constitucional. La obra también aborda relevantes temas regionales. Luis Barrón nos expone la importancia de “La Constitución de Coahuila como antecedente para el proyecto carrancista de la Constitución de 1917”. Juan Ricardo Jiménez describe la transformación de la ciudad de Querétaro para convertirse en sede del Congreso Constituyente y capital provisional de la República. Los historiadores Raúl Vela Sosa y Raúl Vela Manzanilla estudian la situación de Yucatán a partir de los cambios realizados por Salvador Alvarado. A continuación, José Woldenberg analiza los antecedentes del Congreso Constituyente a partir de los planes políticos proclamados durante la Revolución. Salvador Rueda estudia el problema de la tierra, una de las más importantes demandas del proceso revolucionario al que se dio respuesta con el artículo 27 constitucional. Anna Ribera Carbó analiza otro de los temas centrales: los derechos de los trabajadores y la solución dada por los constituyentes en el artículo 123. Luz Elena Galván aborda el tema educativo. Roberto Blancarte analiza la cuestión religiosa. Cierra el volumen Silvia Molina con el estudio del panorama cultural. De esta manera tenemos la visión integral del entorno histórico en que se acuñaron, por vez primera en el mundo, los derechos sociales en una Constitución.

El libro *Los grandes debates del Congreso Constituyente de Querétaro* se dedica a los debates del Constituyente. José Gamas Torruco analiza las intervenciones más relevantes en las discusiones de los artículos constitucionales más significativos: el 3o., el más discutido y en el que se logró establecer la educación laica; el 24, en el que se dispone la libertad de culto; el 27, que abolió los latifundios y dio personalidad jurídica a la propiedad comunal; el 115, en el que se estableció la autonomía del municipio; el 123, en el que se otorgaron por primera vez a nivel constitucional los derechos laborales, y el 130, que dispuso la separación del Estado y la Iglesia.

La obra *Crónica de la Constitución de 1917 en la prensa de la época*, coordinada por las investigadoras Guadalupe Curiel Defossé y Aurora Cano Andaluz, documenta la crónica periodística de la época. A través de las noticias de los periódicos *El Pueblo*, *El Demócrata*, *El Universal* y *La Defensa*, así como de la *Revista Mexicana*, entre 1914

y 1917, conocemos cómo se informó e interpretó lo acontecido en la Revolución y en el Constituyente.

La antología *Memorias y testimonios* compendia los testimonios y recuerdos de Venustiano Carranza. El volumen inicia con el estudio del pensamiento del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, por Daniel Barceló. Incluye los textos de los protagonistas del proceso revolucionario, ideólogos como Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera, Isidro Fabela, Antonio Díaz Soto y Gama, Alfonso Caso y Vicente Lombardo Toledano; de los constituyentes Heriberto Jara, Froylán C. Manjarrez, Hilario Medina, Francisco J. Múgica, Félix F. Palavicini, Jesús Romero Flores y José María Truchuelo; de los cronistas e historiadores Diego Arenas Guzmán, Salvador Azuela, Jesús Silva Herzog y Gastón García Cantú; de constitucionalistas como Eduardo Pallares, Alberto Trueba Urbina, y los testimonios de Toribio Esquivel Obregón, Roque Estrada Reynoso y Emilio Portes Gil, lo que nos permite conocer el pensamiento que dio origen a nuestro texto constitucional, así como a su evolución.

El libro *Influencia extranjera y trascendencia internacional*, coordinado por Héctor Fix-Zamudio y Eduardo Ferrer Mac-Gregor, reúne las opiniones de destacados constitucionalistas de diversos países del mundo sobre la Constitución mexicana de 1917, así como su impacto en otras latitudes, considerando que es la primera que incorporó los derechos sociales.

En *Doctrina constitucional mexicana*, Imer B. Flores Mendoza, expone los principios jurídicos y políticos fundamentales de la Carta Magna. Los conceptos de soberanía, república, federalismo, representatividad, democracia, laicidad, derechos sociales, municipio libre y juicio de amparo son pilares esenciales de las instituciones que constituyen nuestro andamiaje constitucional.

El volumen *Constitucionalismo en el siglo XXI. A cien años de la aprobación de la Constitución de 1917*, de la autoría de Francisco José Paoli Bolio, recorre la historia constitucional universal. Estudia la *polis* griega, la Carta Magna de 1215, la Constitución de Estados Unidos y las constituciones francesas. A continuación hace lo propio con las constituciones mexicanas hasta llegar a la de 1917. El constitucionalista aborda el debate sobre la necesidad de promulgar o no una nueva Constitución

y nos da su perspectiva sobre la situación actual de México, las influencias internacionales, la globalización y la gobernanza global, así como la prospectiva del constitucionalismo del siglo XXI.

El libro *Constitución y literatura* contiene una antología que representa la influencia de la Constitución en la literatura mexicana del siglo XX, obra de Vicente Quirarte. A través de sus páginas conocemos el impacto que tuvo el texto constitucional en las letras mexicanas. De la fascinación por la *bola*, los ejércitos revolucionarios, las soldaderas y los grandes caudillos, se pasó a hablar de los ganadores, los que convirtieron la Revolución en gobierno, en leyes, en instituciones.

Los títulos *El poder reformador de la Constitución. El Congreso y su impulso transformador* y *El Senado de la República en cien años de vigencia de la Constitución* abordan la historia del Poder Legislativo en los cien años de vigencia de la Constitución. El de la Cámara de Diputados fue coordinado por el diputado César Camacho Quiroz y el dedicado al Senado por el senador Enrique Burgos García. Cada uno recoge las participaciones de todos los grupos parlamentarios representados en los órganos legislativos.

La obra *Gobierno* se dedica al Poder Ejecutivo federal y está desarrollada por Alejandro Carrillo Castro. Estudia la forma en que se ha organizado la administración pública federal en el transcurso de los cien años de vigencia de la Constitución.

*El Poder Judicial de la Federación y los grandes temas del constitucionalismo en la jurisprudencia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación* explica cómo, desde la perspectiva de la administración de justicia federal, la Suprema Corte y los tribunales del Poder Judicial de la Federación contribuyen a la consolidación del orden constitucional de nuestro país.

A lo largo de cien años, el texto original de nuestra Constitución se ha ido modificando para adecuarse a las circunstancias de cada generación de mexicanos.

Se han ampliado derechos individuales, se han reconocido los derechos colectivos, se han establecido mecanismos para su defensa, se ha adecuado la relación entre el Estado y una sociedad cada vez más plural, diversa y compleja, sin que ello hubiera significado la modificación de sus principios o directrices esenciales.

En 1953 se reformó el artículo 34 constitucional para otorgarle ciudadanía a la mitad de la población. En 2011 se reformaron los artículos 1o. y 4o. para establecer la progresividad de los derechos humanos y en el 2012 se reformó el artículo 40 para reafirmar que el Estado mexicano es laico. Estas reformas han consolidado principios indispensables de un Estado democrático como son la equidad, la laicidad, y la garantía de nuestros derechos constitucionales.

La obra conmemorativa que el lector tiene en sus manos contribuye a enriquecer la cultura jurídica y permite hacer efectivos los tres ejes rectores que los tres Poderes de la Unión establecieron en su Acuerdo del 5 de febrero de 2013, por el que se creó el Comité para la Conmemoración del Centenario de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos: recordar la trascendencia histórica del texto constitucional y su contribución al desarrollo político, económico, social y cultural del país; difundir su contenido y concientizar sobre la necesidad del cumplimiento cabal de sus postulados, y reflexionar sobre los mejores mecanismos para hacer efectivos los derechos fundamentales en ella consagrados.

Para mí fue un privilegio coordinar esta serie y contar con el apoyo de distinguidas personalidades del ámbito académico y político. Gracias a su trabajo y entusiasmo ha sido posible la elaboración y publicación de México y la Constitución de 1917.

PATRICIA GALEANA

*Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México*





# NOVEDAD DE LA PATRIA

Vicente Quirarte

## I

**N**o hay obra de arte sin conflicto. Las armas que de 1910 hasta 1916 chocaron entre sí, desde los iniciales combates de Aquiles Serdán en la Puebla anterior al 20 de noviembre de 1910 hasta la derrota de Francisco Villa en los campos de Celaya en abril de 1915 a manos de Álvaro Obregón, trajeron consigo el nacimiento de la que se conoce en la historia de la literatura como narrativa de la Revolución Mexicana y que trajo al escenario los nombres mayores de Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela, José Vasconcelos, Rafael F. Muñoz, Francisco L. Urquiza, así como una notable pléyade de autores rescatados por Antonio Castro Leal en los dos volúmenes de *La novela de la Revolución Mexicana* y por Luis Leal en sus antologías de cuentos de la Revolución. La enorme cantidad de textos relacionados aparece en la más completa bibliografía del tema: 1 057 títulos reunidos y prolijamente comentados por Fernando Tola de Habich en 2013 bajo el título *Bibliografía literaria de la Revolución Mexicana*.

Se ha elegido como título general de este estudio introductorio el que Ramón López Velarde puso al frente de su texto en prosa que acompaña, de manera inseparable, a su poema “La Suave Patria”. En efecto: el poeta se dio cuenta de que la Revolución había provocado el

nacimiento de un concepto distinto de patria e identidad: “han sido necesarios los años del sufrimiento para concebir una Patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa”.<sup>1</sup>

Existe una literatura no menos intensa que la surgida en medio del fragor de la batalla. Es aquella que habla de las consecuencias del movimiento: una literatura sin el esplendor de los hechos bélicos. Reflexiva y autocrítica, su desencanto es aún mayor que el experimentado casi desde el principio de la Revolución por los hombres de Demetrio Macías en la novela *Los de abajo*, de Mariano Azuela, aparecida por primera vez en 1915. De la misma forma, el cuento de Edmundo Valadés que da título a su obra principal, *La muerte tiene permiso* (1955), refleja el desencanto de la clase campesina ante los abusos e injusticias de quienes se erigen como sus redentores.

La presente antología incluye textos literarios posteriores a la Constitución de 1917, es decir, aquellos que hablan de las consecuencias de las leyes dictadas por los constituyentes que en Querétaro decretaron el Proyecto de Constitución Reformada. Uno solo es simultáneo a los hechos: la breve e intensa crónica escrita por Francisco L. Urquizo, quien hizo la novela de la Revolución Mexicana desde la perspectiva del ejército federal.

Ya desde el 12 de diciembre de 1914, Venustiano Carranza expidió en Veracruz las adiciones al Plan de Guadalupe, que sintetizan el espíritu que animaría a la nueva Constitución y a todo por lo cual se habían levantado en armas las distintas banderías:

leyes agrarias que favorezcan la formación de la pequeña propiedad, disolviendo los latifundios y restituyendo a los pueblos las tierras de que fueron injustamente privados; leyes fiscales encaminadas a obtener un sistema equitativo de impuestos a la propiedad raíz; legislación para mejorar la condición del peón rural, del obrero, del minero y, en general, de las clases proletarias; bases para un nuevo sistema de organización del Poder Judicial independiente, tanto en la Federación como en los Estados; revisión de las leyes relativas al matrimonio y al estado civil de las personas; disposiciones que garanticen el estricto cumplimiento de las Leyes de Reforma; revisión de los Códigos

<sup>1</sup> Ramón López Velarde, “Novedad de la Patria”, en *Obras*, ed. de José Luis Martínez, corregida y aumentada, México, FCE, 1990, p. 282.

Civil, Penal y de Comercio; reformas del procedimiento judicial, con el propósito de hacer expedita y efectiva la administración de justicia; revisión de las leyes relativas a la explotación de minas, petróleo, aguas, bosques y demás recursos naturales del país; reformas políticas que garanticen la verdadera aplicación de la construcción de la República, y en general todas las demás leyes que se estimen necesarias para asegurar a todos los habitantes del país la efectividad y el pleno goce de sus derechos, y la igualdad ante la ley.<sup>2</sup>

Los constituyentes, quienes desde fines de 1916 se reunieron para dotar a México de un código que diera sustento legal a los principios por los cuales había surgido el movimiento, seguían los pasos de quienes en 1854, concluida la Revolución de Ayutla, habían llevado las letras al terreno de la práctica. Desde el momento en que la Constitución de 1857 fue obra de hombres de letras, se consumaba la utopía de Miguel de Cervantes de que tan importante es para una nación el discurso de las armas como el de las letras, según formula en uno de los capítulos más citados de *Don Quijote*.

De ahí que si en el texto en que se sintetiza el espíritu de la Constitución la pluma es la de Francisco Zarco, mediante ella es el Congreso Constituyente el que se dirige a la nación, en palabras solidarias como las que Benjamin Constant utiliza para sintetizar lo que un nuevo orden anhela:

La igualdad será desde hoy la gran ley en la República; no habrá más mérito que el de las virtudes; no manchará el territorio nacional la esclavitud, oprobio de la historia humana; el domicilio será sagrado; la propiedad, inviolable; el trabajo y la industria libres; la manifestación del pensamiento, sin más trabas que el respeto a la moral, a la paz pública y a la vida privada; el tránsito, el movimiento, sin dificultades; el comercio y la agricultura sin obstáculos; los negocios del Estado, examinados por los ciudadanos todos: no habrá leyes retroactivas, ni monopolios, ni prisiones arbitrarias, ni jueces especiales, ni confiscación de bienes, ni penas infamantes, ni se pagará por la justicia, ni se violará la correspondencia.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Citado por Felipe Tena Ramírez, *Leyes fundamentales de México. 1808-1957*, México, Porrúa, 1957.

<sup>3</sup> “El Congreso Constituyente a la nación, 5 de febrero de 1857”, en Silvestre Villegas, *La Reforma y el Segundo Imperio (1853-1867)*. *Antología de textos*, México, UNAM, 2008, p. 72.

Las palabras del ciudadano Zarco formulan una utopía que tardará muchos años en consumarse, pero que a través de ellos penetra las capas diversas de la sociedad, conforme los conceptos soberanía, nación y democracia dejan de ser vocablos huecos para convertirse en sustancia y práctica cotidiana. Cualquier nación civilizada de este nuevo milenio sabe que en los conceptos anteriores se basan la convivencia y la armonía de los pueblos. Sin embargo, las palabras, como los significantes que designan, cambian con el paso del tiempo, y sólo con “una ardiente paciencia” —de acuerdo con el poeta— seremos capaces de otorgarles el significado de quienes tomaron las palabras y las transformaron en herramientas para construir una nación que parece desintegrarse a cada instante.

Por lo anterior no resulta exagerado afirmar que la Constitución de 1857 es una de las grandes obras de Francisco Zarco. Cada una de las palabras que integran el manifiesto “El Congreso a la Nación” son un modelo de precisión conceptual nacida de la meditación y el convencimiento. Con un texto semejante llevaba a la práctica lo que siete años atrás había sentado en su discurso sobre el objeto de la literatura en el cual afirma: “poeta es igualmente quien ha enseñado a los pueblos y a los gobiernos lo que debe ser la legislación, y que han aliviado la suerte que antes pesaba sobre las masas, presas de la miseria y la ignorancia”.

Son contadas las obras literarias que en el siglo XIX surgen como consecuencia de la Revolución de Ayutla y los principios liberales. Novelas como *El monedero* de Nicolás Pizarro, *El sol de mayo* y *El cerro de las campanas* de Juan A. Mateos, *La navidad en las montañas* de Ignacio Manuel Altamirano incorporan al discurso literario lo conquistado en la lucha política y militar, pero sobre todo cívica.

## II

Con la proximidad de los festejos conmemorativos de la consumación de la Independencia, en 1921, se soltó la rienda lírica de los recitadores de plaza, de quienes piensan que el vigor poético reside en la laringe. El patriotismo fue pretexto para que los poetas —o los que así se autotombraban— expresaran sentimientos que podían aplicarse a cualquier otro país.

Para evitar tal artificio, López Velarde escribió, a manera de una partitura que lo ayude a no perderse, el antes citado ensayo “Novedad de la Patria”. Como ha notado José Emilio Pacheco, las prosas que integran el volumen póstumo *El minuterero* son a la poesía de López Velarde lo que los poemas en prosa de Baudelaire son a los versos de *Las flores del mal*. Dentro del canon de la poesía que enfrenta el desafío de cantar el paisaje, la nación, la identidad, el poema “La Suave Patria” de Ramón López Velarde está próximo a cumplir cien años. Con el transcurso del tiempo sus estrofas se han incorporado a la cotidianidad, han servido para clasificar apresuradamente a su autor con el ambiguo título de poeta de la patria. Pero también ha sido un periodo amplio y necesario para descifrar y aquilatar los múltiples niveles de lectura de un poema cuyos lectores no habían nacido en el momento de su composición.

El año de la muerte de Ramón López Velarde es también el de la publicación de “La Suave Patria” en la revista *El maestro*, dirigida por José Vasconcelos y dedicada sobre todo al magisterio.<sup>4</sup> La muerte prematura, cuando el artista se encuentra en plena ascensión de su talento, suele jugar bromas pesadas, y López Velarde no fue la excepción. La Cámara de Diputados decretó un luto de tres días y los funerales corrieron por cuenta del gobierno. Las opiniones y homenajes coincidían en señalar que el país había perdido al poeta que establecía las bases de un nacionalismo que la Revolución legitimaba como una de sus conquistas. Para la imaginación popular, siempre pronta al sentimentalismo bien intencionado, resultaba conmovedora la imagen del poeta revisando en su lecho de muerte las pruebas de plana del poema. Así como a García Lorca se le consideró por mucho tiempo exclusivamente un poeta de gitanos y cuchillos, López Velarde recibía un reconocimiento inmediato como poeta cívico. La esquila aparecida

<sup>4</sup> En la carta a Rafael Heliodoro Valle, del 25 de febrero de 1921, José Vasconcelos explica el propósito de la revista: “El Gobierno pretende estimular la educación de todas las clases sociales del país, creando un órgano capaz de interesar al mayor número de personas, así por su texto de inmediata aplicación a cada una de las actividades sociales, como por el estudio y dilucidación, en forma breve, sencilla y clara de los problemas concernientes a las actividades personales y a las obligaciones de organización social de un país, que con plena confianza en su porvenir, cree tener derecho a trazar la huella de sus destinos”.

en la revista *México Moderno* es elocuente del poeta que entonces se quería ver. “Ramón López Velarde, el poeta mexicano por antonomasia, que auscultó con originalísimo talento el ritmo insospechado de nuestra vida provinciana, llevando una poesía nueva y universal por sus secretos de selección y sus purezas estéticas los latidos de una raza, ha muerto”.

Tendrían que transcurrir varios años para que volviéramos a ver al López Velarde de “La Suave Patria” como el autor de un poema que, fruto de la Revolución, era al mismo tiempo revolucionario en la forma. “La Suave Patria” fue adoptado inmediatamente por una ideología triunfante que, sin embargo, no reconoció la novedad de la patria que le ofrecía el siglo xx, que en México nacía simbólicamente en 1921, año de instituciones y pacificación, de optimismo y de paz.

Pocos poetas han tenido como López Velarde el privilegio de la ingenuidad. Pero la suya es la ingenuidad del que hace las cosas sin la conciencia de que traspasa sus propios límites. La precocidad de su escritura va de la mano de su ingenuidad vital y hasta puede decirse que esta última la determina: de esta combinación nacen la angustia y la zozobra que son eje fundamental de su pensamiento.

Aunque resulte paradójico, la ingenuidad política de López Velarde, traducida a simplificación, contribuye decisivamente a la complejidad verbal y conceptual de “La Suave Patria”, a la superioridad del *texto* sobre la *idea*. Creía en el maderismo y en que los cambios sociales sólo necesitaban buena voluntad, y no la transformación radical de las estructuras. Pero no busquemos en él al adalid revolucionario ni al reaccionario vergonzante. Era, como su admirado Barbey D’Aurevilly, que despreciaba a los “tribunos de taberna”, un romántico de la política, un anarquista espiritual que defendía sobre todas las cosas la integridad del hombre solo. Por tal motivo, Emiliano Zapata se le aparecía como el nuevo Atila que iba a arrasar lo que la Revolución había levantado en su primera etapa.

“La Suave Patria” es por ello un poema doblemente revolucionario: primero, porque obliga a mirar al país con los nuevos ojos de la Revolución, democratizando el modo como debemos hablarle. Segundo —y más importante aún— porque este redescubrimiento de México, esta declaración de amor, tiene lugar a través de un poema

de largo alcance, cuya retórica no se limita al reflejo inmediato de una ideología. Con López Velarde, la Patria vuelve a ser ciudadana, camarada y compañera, no la madrastra rígida y autoritaria en que la habían convertido “treinta años de paz y descanso material”. Desde una crónica publicada el 31 de agosto de 1916, López Velarde censuraba a los que defendían una literatura de “rabias”, y sobre la poesía política dice: “El asunto civil ya hiede. Ya hedía en los puntos de la pluma beatífica de aquellos señores que compusieron odas para don Agustín de Iturbide”.

Al mismo tiempo que López Velarde, el pintor Saturnino Herrán, su amigo desde la adolescencia en Aguascalientes, emprende esta búsqueda del carácter nacional, en pinturas donde predominan “la delicadeza asordinaada, la honda cavilación y los asuntos simbólicos”. Del mismo modo en que Herrán busca el retrato interior del indio, y captar sus actitudes y lenguaje corporal, López Velarde hace de Cuauhtémoc el “único héroe a la altura del arte”, y antes de llenarlo de adjetivos estériles, renuncia al monumento bronceo, lo vuelve humano, lo trae hasta nosotros, lo tutea, nos invita a que lo llevemos en la mano en forma de los hasta hace unos cuantos años heroicos tostones.

Como poema de amor, como fiesta de los sentidos, todo en “La Suave Patria” huele, suena y se ofrece a los ojos con ese colorido que el niño Ramón disfrutaba en los puestos de fruta durante la cuaresma. Nadie antes que él —con excepción de Othón en *Idilio salvaje*— se había atrevido a desafiar el dogma romántico del paisaje como un estado del alma. López Velarde lo recuerda, y su yo interviene desde el principio del poema. Pero conforme el poema avanza demuestra que la naturaleza no entra en nosotros a través de la abstracción del alma, sino gracias a la percepción concreta de los sentidos. Un privilegiado instinto primitivo y una aguda percepción crítica se unen para crear un poema de visión panorámica y simultánea del país. Su lirismo épico es en cierto modo el de *Altazor*, quien desde su paracaídas contempla el presente, el pasado y el futuro; su visión desde el aire lo emparenta con la que Pellicer dará de América en *Piedra de sacrificios*. Los constantes ires y venires, la confrontación entre la provincia y la capital, la experiencia del pasado, nuestras mitologías, el presente que el discurso construye y el futuro improbable, pero esperanzado, otorgan al poema

esa peculiar velocidad lopezvelardeana que nos obliga al contrapunto del ritmo y de la frase: la música asordinada y sorpresiva nos abrumba, para después dejarnos la meditación que provocan los significados.

Una tarea semejante precisaba no sólo la intuición del poema natural que era López Velarde, sino un conocimiento de la tradición que estaba combatiendo. En la prosa “Novedad de la Patria”, el poeta enemigo de explicar sus procedimientos proporciona varias claves para la lectura de su poema: “En este tema, al igual que en todos, sólo por la corazonada nos aproximamos al acierto. ¿Cómo interpretar, a sangre fría, nuestra urbanidad genuina, melosa, sirviendo de fondo a la violencia, y encima las germinaciones actuales, azarosas al modo de semillas de azotea?” La respuesta a sus preguntas retóricas es, naturalmente, “La Suave Patria”, poema que no resuelve las contradicciones, sino las desarrolla como punto de partida para comprender el ser mexicano, dividido entre la duda y la fe, la violencia y la paz, la riqueza y su injusta distribución, Europa y el pasado indígena.

La Patria que quiere López Velarde es generosa, elegante e invitadora, como las chieras cuya voz cantarina evoca Antonio García Cubas en *El libro de mis recuerdos*. La clave de la dicha, para poseerla, nos dice el poeta, es trasgredir toda autoridad, armar el mayor de los escándalos en temporada de veda, en la cuaresma opaca, con una palabra que al mismo tiempo sea lo contrario y le haga eco: la matraca que desde el nombre suena para retrasar por instantes la llegada inevitable del “trueno del temporal” que todo lo unifica.

¿Comprendieron los poetas contemporáneos de López Velarde la lección de “La Suave Patria”? Su amigo José Juan Tablada, el único que disputaba al jerezano los laureles del poeta nacional, exclamó, según Fernández Ledesma, ante “La Suave Patria”: “¡Qué manera de estrangular la Retórica en el corazón de la Epopeya!”, y en cierto modo Tablada continúa la preocupación por los objetos nacionales en los poemas de *La feria*, algunos de ellos verdaderamente entrañables. Otro amigo común cuenta que López Velarde conoció y escuchó las campanas de barro negro de Oaxaca en casa de Tablada, de donde nació el verso “tu barro suena a plata”.

Los estridentistas convierten a López Velarde en uno de los suyos. Inmediatamente, en el Manifiesto Estridentista número 3, fechado en Zacatecas el 12 de julio de 1925, apostrofan: “A horcajadas de este corcel en-

cabritado de la Bufa, filón de oro para el gambusinismo de López Velarde, hacemos este grito 13 entre estridente y subversivo”.<sup>5</sup> Como los futuristas italianos, la célula de la vanguardia mexicana hizo de la patria uno de sus temas esenciales. De ahí que Jorge Cuesta, con admirable penetración, señalara en artículo aparecido en 1938: “‘La Suave Patria’ no puede ocultar un inconfundible sentimiento ‘fachista’, que es posible reconocer en la tendencia nacionalista de la Revolución; es decir, en ‘La Suave patria’ se manifiesta el mismo retorno al instinto, el mismo retorno a la infancia que caracteriza al sentimiento de irracionalismo político contemporáneo”.<sup>6</sup>

Con todo el reconocimiento que los Contemporáneos manifestaron por la poesía de López Velarde, no dejaron de expresar sus diferencias. En el ensayo “Cercanía de López Velarde”, aparecido en la revista *Contemporáneos* de septiembre de 1930, Jaime Torres Bodet critica las que le parecen “indecisiones de estilo” en el poema y afirma: “No deja de ser curioso el hecho de que ‘La Suave Patria’ sea precisamente el poema en que López Velarde, al querer superar las fronteras de su regionalismo —de su comprensión deliciosamente parcial de las cosas—, se haya visto precisado también a disminuir el hermetismo patético de su expresión”. Sin embargo, un par de años antes, a raíz de una polémica con Ermilo Abreu Gómez en torno al nacionalismo y el arte de vanguardia, Jorge Cuesta lo utilizó como el ejemplo más claro de poeta que, con la intención de ser nacionalista, traspasaba los límites de la ortodoxia patrioter.

### III

Si bien durante el siglo XIX se desarrolló la que Carlos Illades denomina “la república del trabajo”,<sup>7</sup> la Constitución de 1917 defiende y regula los derechos de la clase obrera, sobre todo en el artículo 123. De ahí que haya una actuación más evidente del espíritu obrero, notable en las manifestaciones públicas y en la expresión literaria. Un ejemplo, entre muchos. El 23 de agosto de 1927, en la ciudad de Massachussets tuvo

<sup>5</sup> Luis Mario Schneider, *El Estridentismo. México. 1921-1927*, México, UNAM-IIE, 1985, p. 51.

<sup>6</sup> Jorge Cuesta, “La provincia de López Velarde”, en *Obras*, vol. II, México, Ediciones del Equilibrista, 1994, p. 119.

<sup>7</sup> Carlos Illades, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México. 1853-1876*, México, UAM-Iztapalapa/El Colegio de México, 1996.

lugar la ejecución de dos inmigrantes italianos: los obreros anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, acusados de asalto a mano armada y asesinato. El delito nunca pudo ser comprobado y provocó gran cantidad de protestas y divisiones. El principal argumento esgrimido en favor de los ejecutados es que se había tratado de un juicio político a causa de su militancia.

Varios intelectuales levantaron su voz y realizaron activismo a favor de los acusados. Uno de ellos llegó a México después de su fracasada gestión. El novelista John Dos Passos se puso en contacto con los intelectuales de nuestro país. Conoció la poesía de Manuel Maples Arce y tradujo su poema *Vrbe*. El resultado fue, como señala Luis Mario Schneider, el primer libro de un poeta mexicano traducido al inglés, pues apareció en 1929 con el título *Metropolis* bajo el sello editorial de T.D. Book Company y un grabado de Ramón Alva de la Canal donde la ciudad y sus obreros son protagonistas esenciales.

Here is my poem  
gruff  
multiple  
of the new city

O city all tense  
with cables and strains  
all humming with motors and wings.

Debemos al propio Manuel Maples Arce, quien habría de convertirse en cabeza del movimiento estridentista patrocinado por el general Heriberto Jara, igualmente próximo a Carranza, un valioso testimonio en prosa sobre la actuación cada vez más protagónica de los obreros a partir de la Constitución. En su libro *Soberana juventud* comparte el origen de su libro *Vrbe*:

Un primero de mayo, por la tarde, regresaba de Mixcoac a pie, pues no había servicio de transportes, totalmente paralizados por la manifestación obrera. El viento arremolinaba el polvo de las barriadas y grupos proletarios regresaban cargando sus pancartas y calicós con lemas reivindicadores y banderas

rojas y negras. Oleadas de obreros vestidos de mezcilla se sucedían constantemente y se escuchaban vítores a sus líderes y confederaciones. No obstante la fatiga de la caminata, me interesaba ese movimiento de masas humanas. Sentía la impresión de lo que estaba pasando y la fiesta de los trabajadores llegaba como una apoteosis hasta mi corazón. Me parecía bello aquel desfile interminable bajo el sol deslustrado de la tarde. Mi espíritu, lleno de las inquietudes del instante, me sugería esas resonancias. Así, me fui pensando y soñando a través de la ciudad, integrado a la marcha gloriosa de los obreros. Las disensiones sindicales, las agitaciones políticas y las amenazas de la guerra civil se cernían sobre nuestros destinos. En la Cámara de Diputados, la razón de los discursos se trocaba sorpresivamente en un relámpago de pistolas. Los entorpecedores del progreso de México fanatizaban a grupos de militares y políticos para adueñarse del poder, los obreros desfilaban en manifestaciones de alerta, y, por mi parte, miraba estos espectáculos y reflexionaba sobre las circunstancias y responsabilidades de los hombres que podrían influir en los destinos nacionales. Cuando llegué a mi casa, bajo las fuerzas estimulantes, me puse a escribir un canto en que latía la esperanza y la desesperación. Vi más claramente la necesidad de dar una intención estética a la Revolución, y en *Vrbe* junté mi emoción íntima y el clamor del pueblo. Todos estos elementos, acompañados de mis reacciones emotivas, constituían el cuerpo vivo del poema. Los sentimientos que lo animaban, la audacia de las imágenes y la novedad de la expresión literaria eran la revelación de un hondo sentido de la existencia, de sus trances y de sus culminaciones. Si se advierten en él ciertos contrastes, débense a circunstancias amargas que aniquilaban la alegría. No son extrañas, por lo mismo, las aproximaciones violentas entre el ceno y la albura:

[...]

En medio de mis preocupaciones sufrí los desgarramientos de nuestra vida civil, y sus hondas vibraciones repercutieron en mi emoción. Así era la vida mexicana, y, en mi juventud, yo me sentía su profeta.<sup>8</sup>

La palabra *vanguardia* es un término militar que designa al grupo que va hacia delante. Los autores más avanzados, que decidieron incorporar a México al concierto universal, tuvieron la conciencia para comprender que se trataba de crear un discurso nuevo. “Esa pesadilla incorpórea de nacionalismo”, exclamaba Salvador Novo, quien no quiso permanecer

<sup>8</sup> Manuel Maples Arce, *Soberana juventud*, Madrid, Editorial Plenitud, 1967.

ajeno a los nuevos vientos que su México traía consigo, como lo demuestra el poema “Viaje” que abre su libro *Veinte poemas* (1925):

Los nopales nos sacan la lengua;  
pero los maizales por estaturas  
—con su copetito mal rapado  
y su cuaderno debajo del brazo—  
nos saludan con sus mangas rotas.

Los magueyes hacen gimnasia sueca  
de quinientos en fondo  
y el sol —policía secreto—  
(tira la piedra y esconde la mano)  
denuncia nuestra fuga ridícula  
en la linterna mágica del prado.

A la noche nos vengaremos  
encendiendo nuestros faroles  
y echando por tierra los bosques.

Alguno que otro árbol  
quiere dar clase de filología.  
Las nubes, inspectoras de monumentos,  
sacuden las maquetas de los montes.

¿Quién quiere jugar tennis con nopales y tunas  
sobre la red de los telégrafos?  
Tomaremos más tarde un baño ruso  
en el jacal perdido de la sierra:  
nos bastará un duchazo de arco iris,  
nos secaremos con algún stratus.<sup>9</sup>

Por su parte, un autor en apariencia tan apolítico como Xavier Villaurrutia tampoco permanece ajeno a la actuación obrera en México. En un fragmento de su experimento narrativo *Dama de corazones* (1928), se refiere a la Ciudad de México en un primero de mayo, fecha que los trabajadores de todo el mundo comenzaron a celebrar como acuerdo

<sup>9</sup> Salvador Novo, *Poesía*, México, FCE, 1977, p. 31.

del Congreso Obrero Socialista que tuvo lugar en París en 1889, en memoria de los mártires de Chicago, anarquistas que participaron en la huelga por la defensa de la jornada laboral de ocho horas, reglamentada, al igual que en otros códigos, por la Constitución de 1917:

1o. de mayo. Me asustan las calles desiertas. El calor produce un zumbido que acrecienta el silencio y lo hace profundo y solemne. Como si estuviera en vísperas de un asalto revolucionario y las gentes hubieran emigrado, la ciudad parece deshabitada. Al llegar a la esquina de cada calle, espero inútilmente encontrar un automóvil, un tranvía, un amigo, un desconocido. El ruido de mis pasos me sale al encuentro rechazado por los muros. En la calle de Edison, el grito de un pájaro me hace temblar como si a mi lado oyera una palabra en un idioma olvidado. Esta casa deja ver una recámara deshecha, abandonada, con el hueco frío de la cama en desorden, aquella otra ha metido a la sala un trozo de la calle en su gran espejo que me obliga a recorrer dos veces el mismo camino. Los canarios, olvidados en los balcones, parecen de piedra mal pintada. Hojas de los árboles, duras, brillantes o tornasoles de polvo que ninguna ráfaga de viento se atreve a limpiar. Cielo sin una nube esmaltado de azul intenso, que el sol no deja ver sino a trechos. ¡Y este corredor de la calle no lleva a ninguna parte!

Los trabajadores imponen un sello trágico a su día de descanso, como si quisieran demostrar que sin ellos nada sería la ciudad.<sup>10</sup>

Con el avance del constitucionalismo, surgieron diferentes actitudes ante la Revolución. *Florilegio de poetas revolucionarios* lleva por título el libro preparado por A. Velázquez López, por idea del poeta Juan B. Delgado y apoyado por Jesús Acuña, secretario de Gobernación, y que lleva la significativa dedicatoria: “Al glorioso ejército constitucionalista”.

A la pluma de Rosendo Salazar, aquí incluido en su antología de poemas obreros *Las masas mexicanas*, se debe el libro titulado *La casa del obrero mundial*, la cual tuvo su origen en 1912 cuando fue fundada por un grupo de obreros anarquistas y sindicalistas integrado por inmigrantes europeos y mexicanos. El Dr. Atl logró que se incorporara a Carranza en 1915. Aunque fue disuelta posteriormente, parte de ella integró después la Confederación Nacional Obrera.

<sup>10</sup> Xavier Villaurrutia, *Dama de corazones*, en *Obras*, México, FCE, 1966, p. 591.

Efraín Huerta logra una de las mejores imágenes de la ciudad obrera cuando en su “Declaración de odio”, poema inicialmente publicado en 1939 y posteriormente integrado al libro *Los hombres del alba* en 1944, habla sobre la manera en que las calles se tiñen con el azul de los uniformes obreros y el rojo de las banderas que portan:

Ciudad negra o colérica o mansa o cruel,  
o fastidiosa nada más: sencillamente tibia.  
Pero valiente y vigorosa porque en sus calles viven los días rojos y azules  
de cuando el pueblo se organiza en columnas,  
los días y las noches de los militantes comunistas,  
los días y las noches de las huelgas victoriosas,  
los crudos días en que los desocupados adiestran su rencor  
agazapados en los jardines o en los quicios dolientes.

#### IV

En su citado primer libro de memorias, Manuel Maples Arce evoca cómo en su inquietud por despertar a México de lo que consideraba un letargo criminal, decidió emular al cura Miguel Hidalgo y provocar un levantamiento semejante al de 1810. De tal manera, el movimiento debía tener la audacia y el radicalismo del primer manifiesto *Actual*, que de la noche a la mañana amaneció pegado en las calles de México. Al igual que José María Morelos, Maples Arce fue encontrando a lo largo de su camino a los otros integrantes de su estado mayor independentista. Cuando conoció a Germán List, quien llegaba desde Puebla, advirtió en él su carácter natural de batallador. Como responsable de la revista *Horizonte*, y como redactor del libro *El movimiento estridentista*, que otorgaba carta de identidad al movimiento, List se convertía en el profeta del dios Maples, fieles a la consigna vanguardista que es la exaltación de la primera persona. Al lector actual sorprende que la acción estridentista haya provenido desde un área nodal del gobierno de Xalapa, la Secretaría de Gobierno ocupada por Manuel Arce. El general Heriberto Jara, gobernador de Veracruz entre 1924 y 1927, tuvo la habilidad y la visión para darse cuenta de que esos muchachos arbitrarios, pero congruentes, estaban haciendo un arte vinculado con la

Revolución. La Estridentópolis que quisieron fundar no pudo lograrse de manera cabal, pero sí en la imaginación.

El aspecto físico de esa ciudad imaginada aparece en varias de las portadas de la revista *Horizonte*. El estridentismo no consumió del todo el audaz plan de renovación radical que pregonaba. Sin embargo, se mantuvo fiel al dogma que desde el principio manifestó: despertar las conciencias aletargadas. Una manera de hacerlo era a través de la educación y uno de sus puntos nodales, la higiene, que se deseaba impulsar en todos los niveles sociales. Si Maples Arce evoca en sus memorias que con su poesía se mantenía fiel a la estética revolucionaria, con sus acciones concretas lo confirmaba, la revista *Horizonte* publicó, además de textos de contenido estético que reflejaban las nuevas direcciones nacionales e internacionales, otros de uso práctico para mejorar las cosechas con adelantos de la modernidad. México se hallaba en un proceso de reutilizar los recursos naturales con los beneficios de la técnica que se había visto mejorada notablemente —de manera paradójica— por los avances tecnológicos nacidos ante los nuevos desafíos de la guerra mundial. Cuando en 1927 concluye el gobierno de Jara, los estridentistas vuelven a la Ciudad de México. Si creemos en la ficha de Germán List Arzubide en el *Diccionario de Escritores Mexicanos*, en 1929 tiene lugar el estreno de la obra de teatro para títeres *Comino vence al diablo*. Maples Arce evoca en sus memorias la casa en el número 12 de la calle Mixcalco, barrio de la Merced, donde Germán y Lola Cueto trabajaban en sus respectivas tareas, mientras por el suelo “Anita y Mireya extendían papeles y siguiendo el ejemplo de sus padres, les ponían alegres brochazos de color, que sugerían animadas escenas infantiles, paisajes y calles de barriada”.<sup>11</sup> Mireya Cueto recuerda que la primera función donde aparece el personaje Comino, un niño que se convertirá en héroe de las aventuras de Germán, tuvo lugar en el propio barrio, con la presencia de Narciso Bassols, secretario de Educación Pública bajo los gobiernos de Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez. Utilizó todos los medios de difusión para el mejoramiento de las clases populares y el desarrollo del nacionalismo. Comino, el simpático personaje cuya concepción plástica se debe a Ramón Alva de la Canal, llegó a adquirir tanta popularidad en

<sup>11</sup> Manuel Maples Arce, *op. cit.*, p. 173.

su tiempo, que los niños establecieron con él una copiosa comunicación epistolar. En su enfrentamiento con enemigos como las bacterias, el patrón explotador, la ignorancia y la superstición, Comino abría senderos insospechados, sobre todo para niños que se hallaban lejos de los más elementales beneficios de la civilización y la cultura. Mireya Cueto recuerda el estupor del público rural ante la llegada de los títeres, la solemnidad con la que asistía a la representación y la recepción final provocada por las aventuras de Comino y sus amigos. Lo más notable es que, a pesar de su intención primordialmente didáctica e ideológica, las comedias de List no caen en el panfleto. Sus diálogos breves, su sólida arquitectura interna y la clara caracterización de sus personajes, las convierten en obras de repertorio que sirven para los niños de ayer, hoy y mañana. Pero List estaba consciente de que el teatro guiñol también busca el lado luminoso de la vida. Claro ejemplo de ello es la ópera *Nuestro amigo el gato*, musicalizada por Silvestre Revueltas, y donde el poeta que es eminentemente Germán List Arzubide pone de manifiesto sus habilidades. El día del estreno, con el ministro de Educación Narciso Bassols sentado entre el público de niños del barrio, como ya se dijo antes, se ofrecieron dos obras. La primera, *El Gigante* de Elena Huerta Múzquis, provocó el llanto de los asistentes y tuvo que suspenderse; en cambio, *Comino vence al diablo*, con muñecos diseñados y confeccionados por los Alva de la Canal, fascinó al auditorio. La humilde función fue el origen de las tres grandes ramas originales del teatro guiñol mexicano. Con el auspicio de Bassols, los Cueto, los Alva de la Canal y Graciela “Gachita” Amador se dieron a la tarea de demostrar que el teatro para títeres era asunto de gran seriedad y profesionalismo, y sentaron las bases de una tradición que alcanzó prestigio internacional.

En las obras de teatro guiñol aparecen los temas que obsesionaron al educador List: el alcoholismo, el cuidado de los dientes, la lucha contra microbios o enfermedades concretas cuyos nombres y efectos eran desconocidos para la población popular. Cierra el libro una obra de gran significado político: *Petróleo para las lámparas de México*. Tanto Germán como su hermano Armando colaboraron con Lázaro Cárdenas cuando fue gobernador de Michoacán y al ocupar la presidencia de la República. La obra guarda relación con la defensa de los recursos naturales y el petróleo expropiado por Cárdenas el histórico 18 de marzo de 1938.

Los personajes que representan el bien y el mal son un policía que ostenta una lámpara de petróleo con la cual ilumina y protege a los niños; del otro lado, el especulador, el petrolero que conserva el combustible y lo niega al guardián: el propiciamiento de la oscuridad —material e ideológica— permitirá la existencia del imperio de las sombras, la liberación de los instintos en las fieras y la destrucción de la inocencia. El lenguaje y las situaciones de List son sencillas. No así la complejidad del subtexto. La lectura de las comedias para teatro guiñol de Germán List Arzubide pone de manifiesto, una vez más, que la aventura estridentista en general y la trayectoria de List en particular son más complejas, variadas y féculas que las fórmulas simplistas y superficiales aplicadas al tiempo vivido por los artistas que conformaron la vanguardia mexicana. Al igual que otras facetas de su incansable actividad de polígrafo, el teatro para muñecos de List es producto de su insobornable militancia política y su convicción de que la literatura debe formar al hombre, hacer más grande su corazón y más vasto su horizonte.

Para comprender la poética educadora de List es preciso asomarse a otro de sus libros radicales, *Práctica de educación irreligiosa. Para uso de las escuelas primarias y nocturnas para obreros*, cuya primera edición es de 1932. En él puede leerse un manifiesto de la defensa que el estridentista hace de la técnica siempre y cuando esté al servicio de la educación y la productividad proletarias:

Hablándoles del terror que el hombre atrasado siente frente a las fuerzas naturales desencadenadas, es fácil hacerles comprender cómo el progreso ha ido venciendo a los elementos. Como la inundación, por ejemplo, se ha contenido por medio de los diques, del dragado de los ríos, de la canalización de las corrientes arrastrando las aguas hacia otros lugares donde son útiles a la agricultura al mismo tiempo que dejan de ser un peligro para las ciudades [...] Esto llevará a hablar de las máquinas, de la draga, del hierro que forma los edificios de cemento armado, los altos hornos, y todo producto de la inteligencia del hombre, que ya no tiene que recurrir a la rogativa y mucho menos a los sacrificios. Se está a tiempo de introducir a los niños en las formas económicas que se deducen de estos hechos.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Germán List Arzubide, *Práctica de educación irreligiosa. Para uso de las escuelas primarias y nocturnas para obreros*, 2a. ed., México, Ediciones Integrales, 1934, p. 33.

La manera de concientizar al público infantil fue a través de las innovaciones técnicas de la época, desde 1932, en un programa radiofónico que se transmitía tres veces a la semana, a través de un autómata llamado Troka el poderoso, creado por la imaginación de List. Si bien el libro ve la luz por primera vez en 1939, las aventuras de Troka habían sido publicadas por entregas en el periódico *El Nacional*. La portada del libro fue hecha por el notable dibujante Salvador Pruneda (1895-1985), antiguo compañero de armas de Germán. Como él, se dio de alta en las tropas constitucionalistas y alcanzó el grado de mayor. A él se deben los dibujos de la tira cómica *Don Catarino* y su apreciable familia, donde el personaje, proveniente de Silao, Guanajuato, se instala en la capital. Además de su defensa del nacionalismo, la tira creada por Hipólito Zendejas, seudónimo de Carlos Fernández Benedicto, fomenta en sus diálogos los usos del español de México. Las ilustraciones interiores son obra de Julio I. Prieto. En esas imágenes es posible apreciar que Troka es un resumen de la técnica, pero puesta al servicio de la humanidad. En la “Primera aparición de Troka el poderoso”, el gigante habla a los niños: “soy la síntesis del genio universal... Soy el que sale de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los laboratorios. Todo está en mí y ya sabréis, al conocer mi historia, cómo me levanté por el esfuerzo de los hombres, mis hermanos”. Los interlocutores de los cuentos son los niños Anselmo y Raymundo, que a pesar del aspecto de gigante de Troka, no le temen. List tenía en mente el fracaso que significó la primera citada función de títeres donde los niños escaparon ante la presencia de un primer cuento, *El Gigante*, List parte del principio de que la educación en México, con todo y llamarse laica, seguía siendo dominada por el clero y por la superstición. Es contra ella que dirige principalmente sus ataques. Su insistencia en exaltar los beneficios de la técnica y humanizarla y su rechazo al pensamiento mágico, ¿no puede leerse como un ataque a las *Lecturas clásicas para niños* que José Vasconcelos había encargado a algunos de los escritores que formarían la generación de Contemporáneos —enemigos naturales de los estridentistas— desde la Secretaría de Educación Pública y donde, precisamente, se habla de leyendas y mitos de la antigüedad?<sup>13</sup>

<sup>13</sup> *Lecturas clásicas para niños*, México, SEP-Departamento Editorial, 1924.

## V

Una fotografía fue doblemente revelada a Nacho López un amanecer en la Ciudad de México del año 1951. Representa la síntesis de una de las metáforas más poderosas de la imaginación urbana: *Los hombres del alba*, título del libro cuya edición definitiva le llevó nueve años a su autor, el antes citado poeta Efraín Huerta. El hombre que barre la suciedad de ayer enfrenta el hoy con dignidad y aplomo. El día no usado es todo suyo, a pesar de que acompañen su espacio los primeros automóviles y al fondo, entre la niebla, surja la cabalgata estática congelada en el tiempo: la escultura ecuestre de Manuel Tolsá que, al ser bautizada como “El Caballito”, la población urbana volvió suya. El año de la fotografía, la escultura está a punto de cumplir un siglo en ese enclave, pues llegó en septiembre de 1852, luego de una semana de esfuerzos, y gracias a que el arquitecto Lorenzo de la Hidalga ideó un método para transportar con éxito al inolvidable caballo y a su olvidable jinete. A la izquierda se levantan los 22 pisos del edificio de la Lotería Nacional, terminado en 1946.

En ese breve e intenso periodo que va de 1938 a 1944, lleno de acontecimientos nacionales y universales, los escritores Efraín Huerta, Octavio Paz y José Revueltas llegan a sus 25 años, publican sus primeras revistas y libros iniciales, libran sus combates privados y públicos, tienen grandes ilusiones y las pierden el siguiente instante.

Si el poeta habla de sí, si su obligación es hablar de sí, el novelista Revueltas se vuelca en el mundo circundante. En 1936, tras haber ingresado y salido del penal de las Islas Marías conoce a Olivia Peralta, con quien inicia un epistolario amoroso, con plena conciencia de que “el recurso es insoportablemente ridículo. Ridículo, pero inevitable. Salvajemente necesario”.<sup>14</sup> De los tres escritores cuyo centenario de natalicio recordamos en 2014, José Revueltas es el más incómodo. Incómodo para el Estado, que no sabe en qué lugar poner a su declarado, decidido y permanente detractor o qué laurel colocar en la frente de quien siempre los rechazó; incómodo para los puristas del idioma, que no aprecian cabalmente sus notas disonantes y bien puestas, la implaca-

<sup>14</sup> Citado por José Manuel Mateo, *José Revueltas. Iconografía*, México, FCE, 2014, p. 156.

ble solidez y congruencia de sus argumentaciones. Incómodo para un Partido Comunista de cuyo dogmatismo se apartó, aunque siempre se mantuvo al lado de los condenados de la tierra. Incómodo es recordar que la felicidad está rodeada de espinas. Semejante condición la vuelve más perdurable y necesaria. El volumen conmemorativo del Día Nacional del Libro correspondiente a 2014 lleva por título *El sino del alacrán y otros cuentos*. En él figuran algunas de las narraciones más altas y representativas de Revueltas, que es como decir algunas de las piezas más duras y decisivas de nuestra república literaria. Revueltas nunca es conformista, y si la misión del escritor es ser la mala conciencia de su tiempo, nadie como él supo encarnarla. La portada del citado libro es de una belleza atractiva y dolorosa, como lo es toda su obra: un alacrán que en su carne de cristal brilla como una joya letal e imprescindible. Su descripción del alacrán es el autorretrato de alguien que no manifestó piedad para el mundo porque el mundo no la tiene con nadie.

En el poema “Borrador para un testamento”, escrito cuando llega al medio siglo de su vida, Huerta rememora la juventud heroica vivida por él y sus compañeros de generación.

Éramos como estrellas iracundas:  
 llenos de libros, manifiestos, amores desolados,  
 desoladamente tristes a la *orilla del mundo*,  
 víctimas victoriosas de un  
 severo y dulce látigo de aura crepuscular.  
 Descubríamos pedernales-palabras,  
 dolientes, adormecidos ojos de jade  
 y llorábamos con alaridos de miedo  
 por lo que vendría después  
 cuando nuestra piel no fuera nuestra  
 sino del poema hecho y maltrecho,  
 del papel arrugado y de su llama  
 de intensas livideces.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Efraín Huerta, *Poesía completa*, pról. de David Huerta, ed. de Martí Soler, México, FCE, 2014, p. 305.

El poema está dedicado a Octavio Paz, en cuya compañía publicó desde el año 1938 la revista *Taller*. En años en que el poder del proletariado era un hecho concreto y se manifestaba además ideológicamente, la actividad intelectual, como un oficio riguroso, estaba íntimamente vinculada con la tarea obrera. De ahí el título de la revista: *Taller*. Revistas literarias surgidas en España en esos años convulsos ilustran ese espíritu de solidaria camaradería, como ocurre con *El mono azul*, que si fuera de contexto puede ser leída como un afortunado juego vanguardista, debe su nombre al traje vestido por los obreros españoles. En octubre de 1935, Pablo Neruda, en compañía de los poetas Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, publica la revista *Caballo verde para la poesía*. Proveniente de Birmania, el poeta chileno viene de experimentar la crisis de la primera juventud y haber escrito un libro decisivo en la evolución de la poesía española: *Residencia en la tierra*. Es el propio Neruda quien al sentir en el aire la inminencia de la guerra y ver que en España se están jugando los destinos de toda la humanidad, inicia su nueva publicación con un manifiesto que señala el cambio radical de su poesía y de la poesía que adivina necesaria, inevitable para un nuevo tiempo de asesinos:

Así sea la poesía que busquemos, gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y a azucena, salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley. Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilias, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos.<sup>16</sup>

Si bien Efraín Huerta expresó sus diferencias con los Contemporáneos, a través de artículos publicados en *El Nacional*, en las páginas de la revista *Taller* compartió páginas con poetas de esa generación como Carlos Pellicer y Xavier Villaurrutia, así como con autores españoles que encontraron nueva patria en las páginas de la publicación mexicana. Efraín Huerta habla del hombre del alba, la primera luz del día

<sup>16</sup> Pablo Neruda, “Sobre una poesía sin pureza”, en *Caballo verde para la poesía*, núm. 1, Madrid, octubre de 1935, p. 5.

antes de salir el sol. Es el instante de la disolución de las tinieblas y el inicio del nuevo día. Todo el libro está recorrido por una dualidad que Huerta mantuvo como poética a lo largo de su vida: poemas de guerra y esperanza. En el libro aparece la ciudad con sus crueldades y abominaciones, pero también como escenario para el combate y arena para el temple del poeta o, más llanamente, del hombre que acepta su voluntad de existir plenamente.

De manera general se dice que *Los hombres del alba* es el primer libro dedicado íntegramente a la ciudad. Así es, pero su aparición coincide con un redescubrimiento de la urbe. Como criatura que se rebela contra su propio creador, la capital crece de una manera acelerada e invade todos los dominios. La década de los cuarenta vio un redescubrimiento de la ciudad en la literatura, la plástica y el cine. En 1941, José María Benítez publica *Ciudad*, testimonio de la vida urbana, con la incertidumbre y hambruna padecidas durante la Revolución. El mismo 1944 en que aparece el libro central de Huerta también lo hacen las novelas *Páramo* de Rubén Salazar Mallén y *Yo, como pobre* de Magdalena Mondragón, retrato brutalmente realista del mundo de los pepenadores, con portada de José Clemente Orozco. Ese mismo año Rodolfo Usigli publica *Ensayo de un crimen*, donde el protagonista ejerce el oficio de nuevo caballero andante, criminal y dandi. Finalmente, José Revueltas publica en 1949 *Los días terrenales*, donde los obreros se enfrentan a la ciudad y a las contradicciones entre la causa proletaria y el interés particular.

¿Quiénes son los hombres del alba? En el poema que da título al libro, Huerta parece no dejar lugar a dudas cuando afirma que son “los profesionales del desprecio”. Sin embargo, el carácter marginal de estos hombres del alba va más allá de una bohemia autoimpuesta o de un romanticismo trasnochado. El insomne y el loco, el suicida y el estudiante, el enamorado y el criminal, todos los proscritos que se atreven a alterar el reloj biológico, se encuentran en esa zona indecisa que no termina de ser la noche ni llega a ser el día. El hombre del alba es el ser de la inminencia y la frontera, el que está a punto de ser, el que será plenamente mañana; es el suicida o el enamorado caído de la gracia cuyo insomnio torturante provisionalmente acaba con la nueva luz. Los hombres del alba somos en principio todos los que formamos

la ciudad, pero en sentido limitado y por fortuna y por desgracia son unos cuantos. Por fortuna, porque siempre es más fácil la satisfacción inmediata y el olvido que cura momentáneamente; por desgracia, porque los que aúllan como lobos con las patas heladas son el estepario de Herman Hesse, que descubrió, entre otras cosas, que la sensibilidad comunitaria, la más profunda e invencible, avanza con la labor callada de los lobos esteparios. El hombre del alba es el hombre políticamente consciente y artísticamente forjado para transformar el mundo con lo que tiene a la mano: el lenguaje y sus enormes responsabilidades.

*Los hombres del alba* es el libro del caminante nocturno que en el silencio de la noche es testigo de la vida incesante de un asentamiento humano sin reposo. Con Efraín Huerta la Ciudad de México exige su carta de identidad en la historia de nuestra poesía. Gracias a él, la ciudad adquiere plenamente su carácter, reivindica sus mitologías y exige sus lenguajes propios.

En el ensayo titulado “Razón de ser” de la revista *Taller*, Paz apuntaba: “la juventud no vale nada cuando deja de ser una posibilidad, un acicate y un tránsito”.<sup>17</sup> La revista *Taller* agrupa a nuestros tres autores centenarios. En sus páginas aparecieron las “Vigilias” de Octavio Paz, los poemas de Efraín Huerta que formarían *Los hombres del alba* y “El quebranto” de José Revueltas. La publicación no tuvo manifiesto, pero sí constantes afirmaciones de principios.

El trabajo del auténtico artista va siempre más allá del momento en que lo crea. Por eso la ciudad de *Los hombres del alba* es la ciudad de los hombres de mañana. En la expresión *El luto humano* palpita una realidad que se ha vuelto cotidiana en nuestro mexicano domicilio. Si Efraín Huerta escribió en el poema “Mi país, oh mi país” versos que hablan de una nación ensangrentada, sus versos, recuperados por su hijo, el también enorme poeta David Huerta en estos renacientes tiempos de cólera, ahora dan testimonio de una patria que no ha dejado de dolerse y de dolernos. Elemental sería afirmar que el país no ha avanzado en estos años. Pero si aún no hemos sido capaces de superar nuestra barbarie es porque nos siguen haciendo falta testimonios como los de José Revueltas. Unas palabras suyas demuestran su

<sup>17</sup> Octavio Paz, “Razón de ser”, en *Taller*, núm. 2, abril de 1939, pp. 30-34.

vigencia en el pensamiento de un país en permanente deuda con su congruencia y su talento: “¿Morirá México?, ¿desaparecerá la patria?, ¿tenemos salvación alguna? ¿Nuestro paso por el mundo sólo será el recuerdo de una desesperada huella que no tuvo tiempo de asentarse? [...] La esencia de nuestra alegoría patria es la misma de la alegoría del hombre”. Podemos coincidir con el pesimismo de José Revueltas, pero el ejemplo moral e intelectual de su escritura permanece como testimonio de la salvación que otorga nombrar la desesperación y trascenderla.

Que no nos alarme la afirmación —presente desde 1921— de que López Velarde es nuestro poeta cívico. Habría que dejar de pensar en el carácter peyorativo del término y decir que el auténtico poeta cívico es el que lucha por el bien de la *polis*, y con su trabajo intenta hacer más puras las palabras de la tribu, como reza la exigencia de Stéphane Mallarmé. En este sentido, tan cívica es la tesis de “La Suave Patria”, como la de Efraín Huerta en *Los hombres del alba*, “Avenida Juárez” y *Amor, patria mía*. Ambos llamados —el de López Velarde y el de Huerta— adquieren su peso íntegro en los momentos actuales cuando —para hablarle otra vez a la Patria al tú por tú como nos enseñó el poeta— “quieren morir tu ánima y tu estilo”. Es cierto: la hora actual tiene vientre de coco y “no hay respeto ni para el aire que se respira”, pero la poesía va por delante de la acción, y mira más allá del horizonte que el tren de Ramón López Velarde soñó con trasponer un día.

## FUENTES CONSULTADAS

### *Bibliográficas*

- CUESTA, Jorge, “La provincia de López Velarde”, en *Obras*, vol. II, México, Ediciones del Equilibrista, 1994.
- HUERTA, Efraín, *Poesía completa*, pról. de David Huerta, ed. de Martí Soler, México, FCE, 2014.
- ILLADES, Carlos, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México. 1853-1876*, México, UAM-Iztapalapa/El Colegio de México, 1996.
- Lecturas clásicas para niños*, México, SEP-Departamento Editorial, 1924.

- LIST ARZUBIDE, Germán, *Práctica de educación irreligiosa. Para uso de las escuelas primarias y nocturnas para obreros*, 2a. ed., México, Ediciones Integrales, 1934.
- LÓPEZ VELARDE, Ramón, “Novedad de la Patria”, en *Obras*, ed. de José Luis Martínez, corregida y aumentada, México, FCE, 1990.
- MAPLES ARCE, Manuel, *Soberana juventud*, Madrid, Editorial Plenitud, 1967.
- MATEO, José Manuel, *José Revueltas. Iconografía*, México, FCE, 2014.
- NOVO, Salvador, *Poesía*, México, FCE, 1977.
- SCHNEIDER, Luis Mario, *El Estridentismo. México. 1921-1927*, México, UNAM-IIE, 1985.
- TENA RAMÍREZ, Felipe, *Leyes fundamentales de México. 1808-1957*, México, Porrúa, 1957.
- VILLARRUTIA, Xavier, *Dama de corazones*, en *Obras*, México, FCE, 1966.
- VILLEGAS, Silvestre, *La Reforma y el Segundo Imperio (1853-1867). Antología de textos*, México, UNAM, 2008.

*Hemerográficas*

- NERUDA, Pablo, “Sobre una poesía sin pureza”, en *Caballo verde para la poesía*, Madrid, núm. 1, octubre de 1935, p. 181.
- PAZ, Octavio, “Razón de ser”, en *Taller*, núm. 2, abril de 1939, pp. 30-34.





JUAN B. DELGADO  
(1868-1929)

**N**ació en 1868, es decir, un año después de la República triunfante; es oriundo de la ciudad de Querétaro, y a ella dedicó sus mejores afanes. Murió en la capital el 8 de marzo de 1929. Sus estudios iniciales los hizo en el seminario de su ciudad natal, donde recibió una sólida formación clásica. Cuando se trasladó a la Ciudad de México, ingresó al servicio exterior, y ocupó diversas posiciones en Nicaragua, Costa Rica, España e Italia.

Su trabajo docente en la Escuela Nacional Preparatoria fue paralelo a su trabajo como periodista en *Revista de Revistas*, en la que publicó el poema que aquí se reproduce. Es autor de la antología *Florilegio de poetas revolucionarios* (1916), cuya elocuente dedicatoria reza “Al glorioso ejército constitucionalista”. El presente poema sigue un esquema compón a los grandes discursos oratorios del siglo XIX. Tras hacer un resumen de la historia de México, el autor se concentra en el instante presente y hace la exaltación de los valores patrios.

En este caso particular, Delgado se refiere a Querétaro como la ciudad donde fue consumada la derrota definitiva del Imperio de Maximiliano y la que en aquel 1917 alojaba a los miembros del Congreso Constituyente. Por lo tanto, Querétaro era en ese instante criazón emotiva de la República.

Además de la antología antes mencionada, Delgado es autor de *Juveniles* (1894), *Natura* (1895), *Canciones surianas* (1900), *Poemas*

*de los árboles* (1907), *Poemas de la naturaleza* (1908), *El cancionero nómada* (1927), *Gesta de mi ciudad* (1913), *La infancia de Juárez* (1929) y *Alma vernácula* (1914). Su experiencia viajera es palpable en títulos como *París y otros poemas* (1919), *El país de Rubén Darío* (1922) y *Letras diplomáticas* (1924).

Fue miembro de la Arcadia de Roma, con el seudónimo Alicandro Epirótico. En 1924 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua con el discurso “Nuevas orientaciones de la poesía femenina”, en el que igualmente demuestra su pensamiento avanzado.

### “GESTA DE MI CIUDAD”<sup>1</sup>

#### I

A cabalgar me apresto, mi palafrén alado:  
descorro el desteñido telón de la memoria,  
y en busca de una génesis me remonto al pasado  
a través de los hechos que relata la Historia.

Imperaba en Anáhuac Moctezuma I  
el de pupilas de águila magnífico flechero,  
temible como el bravo capitán Calzontzí,  
cuando a morar llegaron a la taxcana tierra  
(más tarde yermo campo de una ficticia guerra)  
las fundadoras tribus tarasca y otomí.

Allí permanecieron los rudos pobladores,  
pávidos por las armas de los conquistadores,  
como tigres que huyen del cazador audaz,  
hasta que el indio Imperio su potestad humilla  
y se rinde a la fuerte corona de Castilla,  
no sin lanzar un reto para pactar la paz.

<sup>1</sup> En *Revista de Revistas*, núm. 353, 4 de febrero de 1917, p. 6

En una calva loma se consumó el embate.  
 Fue entre indios y españoles cuerpo a cuerpo el combate,  
 hendió el aire la flecha y atronó el arcabuz;  
 mas el bélico choque no sembró la matanza,  
 y en los cielos radiaron como iris de esperanza  
 un équite: Santiago; y un símbolo: la Cruz.

Así nació Querétaro, la de la ilustre prosapia:  
 la conquistó el cacique don Fernando de Tapia  
 y ostenta limpias armas en su blasón real.  
 No es obscura la clave de su etimología,  
 y el Rey Felipe IV con prócer de hidalguía,  
 le dio el dúplice título de “muy noble y leal”.

## *II*

Sangremal es el plinio de una gran cruz de piedra  
 cuyos brazos exorna de festones la yedra;  
 Sangremal es la basa de un templo secular,  
 en Sangremal se yergue severo y melancólico,  
 de frailes doctrinarios el Colegio apostólico:  
 ...la luz del Evangelio comienza a fulgurar.

Se esconde ante el trabajo la ociosidad innoble,  
 doquiera repercuten con pertinaz redoble  
 el golpe del martillo y el choque del cincel.  
 Son pétreas floraciones que asombrarán los siglos,  
 las cúpulas, las torres, los gnomos, los vestiglos,  
 el dórico arquitrave y el jonio capitel.

Como la quintaesencia grandiosa del artista,  
 quedó inmortalizada del genio la conquista  
 en el divino lienzo y en el austero altar;  
 e himno de piedra en medio de la campestre calma  
 se eleva el Acueducto glorificando el alma  
 altruista y mayestática del Marqués del Villar.

Época de conventos y de comunidades,  
de vírgenes novicias, de místicos abades,  
de rancios pergaminos, de fausto señorial:  
quién me diera vivirte, gozar tus claros días,  
y disipar las brumas de mis melancolías  
en tu sereno ambiente de aroma colonial.

### *III*

La urbe se despereza. Con un rumor incierto  
se despierta el eglógico frayluisleonino huerto  
en cuyos horizontes despunta un nuevo sol.  
Algo incuba en los aires con hálitos de vida.  
Se presiente algo extraño: como una sacudida  
que hará tremer el trono del gobierno español.

La ancestral rebeldía prende en todas las cosas,  
su germen libertario, como eclosión de rosas  
que desparcen el polen de la fecundidad:  
al influjo prolífico de la atmosfera cálida,  
rompe su férrea cárcel de oprimida crisálida:  
futura mariposa de la alma libertad.

Mas... ¿quién osa maléfico frustrar la creadora  
potencial fuerza anímica que gesta bienhechora?  
¿Se extinguirá embrionaria la obra de redención?  
¡No!... que una mujer fuerte, patriótico incentivo,  
lanza a los insurgentes su verbo admonitivo  
...y la chispa produce la ignífera explosión.

Se hace la Independencia. Tornan a sus orígenes  
autónomos las razas mestizas y aborígenes:  
la libertad desbórdase como impetuoso alud.  
Así despierta púgil el afán infinito  
del plébanos que airado lanzó el potente grito  
anatematizando la infanda esclavitud.

*IV*

El Mal, la densa sombra, torvamente camina  
 tras el Bien que es la dulce claridad que ilumina;  
 antagónicos ambos, la lucha es desigual.  
 Cuando artera la sombra tras de la luz avanza,  
 —Otelo que a Desdémona a estrangular se lanza—  
 la luz clava en los cielos su gonfalón triunfal.

Tenoxtitlan libróse de la materna España;  
 pero siguió abatida bajo la fiera saña  
 de odiosos atavismos de befa y opresión:  
 fanatismo, dolores, cacicazgos, miseria,  
 tales fueron las pústulas que ostentó su lacería  
 y que en vez de extirparlas, fomentó la Traición.

Y un día llegó un blondo príncipe. Lo trajeron  
 de Miramar los mismos a los que a la patria vendieron:  
 los mismos piel de oveja y entraña de chacal.  
 ¡Pobre Príncipe iluso, tus glorias fueron vanas!  
 Flordelisaste el agrio Cerro de las Campanas  
 con la púrpura ilustre de tu sangre imperial.

Indio de Guelatao: tu carácter de acero  
 permaneció inflexible, y ecuánime y severo,  
 a los llantos y súplicas de una princesa audaz.  
 Sobre la vida inútil de un rey liberticida  
 había algo muy grande y muy noble: la vida  
 de la Patria que ansiaba libertades y paz.

*ENVÍO*

Todo has sido en el frágil proceso de la Historia:  
 cuna, mansión, sepulcro, drama, tragedia, gloria,  
 baluarte inexpugnable, libérrimo vivac.  
 Tu blasón es escudo de límpida nobleza;  
 tus armas son un timbre de honor y de grandeza  
 y tu penacho es alto como el de Bergerac.

En tu grave recinto, como un agua dormida  
discurre sin rumores el raudal de la vida  
por entre ocultos huertos de mística heredad.  
No turba tu reposo ni el mormullo más vago:  
y guardando tus puertas la espada de Santiago  
nadie osa profanarte, monástica Ciudad.

¡Salud, arcón antiguo de joyas virreinales!  
Amo las esculturas y los colaterales  
de tus templos que invitan a la meditación:  
amo el campanario árabe que erige Santa Rosa  
y la de Santa Clara cúpula donairosa,  
y las gemelas torres de la Congregación.

¡Te amo, solar hidalgo, pues fuiste la delicia  
de mis primeros años de cándida puericia!  
¡Cuánto recuerdo evoca lo que atesoras tú:  
el asmático clave, la argéntea mancerina,  
la efigie de gorguera y el tápalo de China,  
la poltrona de cuero y el reloj de “cucú”!

Amo del Seminario las aulas, los jardines,  
los amplios corredores donde estudié latines,  
el refectorio en donde yantara con fruición,  
(...y aquella monjil boca —cremesina y minúscula—  
que mimé con mis besos hasta hacerla mayúscula...  
del dulce Antifonario de mi voraz pasión).

Amo de La Cañada tu pintoresco burgo,  
la celda en Capuchinas que aprisionó al de Hapsburgo,  
La Cruz que del Imperio fue Cuartel General;  
tus quebradas callejas, tus vetustas casonas,  
tus plazas, tus portales, tus fuentes quintañonas  
que encantan cuando cantan con chorros de cristal.

¡Salud, tierra nutricia y epónima y procer!  
Por verte y por hablarte, con emoción sincera,

de mi ferrado yelmo levanto la visera:  
¡Dios te guarde sin macha toda una eternidad!  
Si ayer el orto fuiste para la Patria mía,  
hoy el crisol has sido para la ley que había  
ambicionado el pueblo tras luenga tiranía.  
Por eso eres excelsa, eres grande, eres pía:  
que si sepulcro fuiste para una Monarquía,  
has sido siempre cuna para la Libertad.





## FRANCISCO L. URQUIZO (1891-1969)

**A**l igual que otros hombres de pluma que la posteridad ha ensalzado, Garcilaso de la Vega o Miguel de Cervantes Saavedra, Francisco L. Urquizo manejó las armas y las letras con igual constancia y entrega. Desde el estallido de la Revolución hasta su consumación en los gobiernos emanados del movimiento, siempre estuvo en la primera línea de los acontecimientos políticos y militares que le correspondió vivir, los cuales supo trasladar al terreno de las letras. Desde muy joven se incorporó a las filas del maderismo, y sus experiencias como joven militar aparecen en la novela *La Ciudadela quedó atrás*, vívida narración de los sucesos vividos por su paisano, el presidente Francisco I. Madero, desde sus entrevistas en el Castillo de Chapultepec hasta los acontecimientos de la denominada por la Historia: Decena Trágica.

Aliado al Ejército Constitucionalista, fue uno de los oficiales que acompañó a Venustiano Carranza hasta su viaje final en Tlaxcalantongo. A la muerte del Primer Jefe, se trasladó a Europa. Fruto de sus viajes durante varios años fueron los libros *Europa central en 1922*, *Cosas de la Argentina* y *Madrid de los años veinte*. A su regreso a México desempeñó diversos cargos administrativos y durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho fue designado secretario de la Defensa Nacional.

Su obra literaria más conocida es indudablemente *Tropa vieja* (1937), en la que hace la relación de los sucesos revolucionarios desde la perspectiva de un soldado del ejército federal. La obra narra el desarro-

llo de Espiridión Sifuentes, un hombre del pueblo que a causa de una riña es obligado a entrar al ejército mediante el recurso de la leva. La novela termina con la defensa que el soldado hace del Palacio Nacional ante el golpe de Estado pretendido por Bernardo Reyes y Félix Díaz.

Su cercano conocimiento de Carranza lo llevó a escribir *México-Tlaxcalantongo. Mayo de 1920* (1932), *Don Venustiano Carranza, el hombre, el político, el caudillo* (1954) y *Siete años con Carranza* (1959).

En 1994 sus restos mortales fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres.

#### “EL CONGRESO CONSTITUYENTE”<sup>1</sup>

Con lo del Congreso Constituyente se animó Querétaro. Salió de la modorra en que estaba sumida la triste ciudad desde hacía años —qué digo años, siglos—, desde la Colonia. Parecía que había llegado la feria como llega cada año a Aguascalientes, allá por el día de San Marcos y dura una semana. Aquí a Querétaro había llegado la Feria de la Revolución y duraría por lo menos dos meses. Llegaba San Venustiano Carranza como llega Santa Claus con sus juguetes, pero éste traía hartos bilimbiques, doscientos diputados constituyentes, tres mil soldados y un enjambre de políticos, empleados del gobierno, comerciantes y gentes sin oficio ni beneficio.

Nunca estuvo Querétaro tan alegre como entonces. Había circo, el “Modelo-Beas”; sus grandes carpas airoas estaban adornadas con banderolas y foquillos eléctricos de colores como se engalanan los grandes acorazados en los días de fiestas patrias. Había peleas de gallos, corridas de toros; músicas en las calles, puestos de vendimias; piscapochas llegadas de Mazatlán, del mismo Guadalajara y de la cercana capital, luciendo sus mejores ropas y sus más finas medias caladas. Había dinero, alegría, buen humor y ganas de divertirse; las sombras de Maximiliano y sus gentes se alejaban aunque sólo fuera por durante el tiempo que durara la elaboración de la nueva carta de México.

<sup>1</sup> Francisco L. Urquizo, *Fui soldado de levita de esos de caballería*, México, FCE (Letras Mexicanas, 84), 1967, pp. 173-178.

La Academia de Estado Mayor, la primera escuela militar de la Revolución estaba allí con sus trescientos alumnos brillantemente uniformados con quepíes franceses, sus levitas grises y sus pantalones con dobles franjas rojas. Era el nuevo Colegio Militar y las miradas y las sonrisas de las jóvenes casaderas eran para ellos. También había allí —para que no faltara nada— millar y medio de ex villistas, era la gente del general Pánfilo Natera que acababa de rendirse al gobierno del señor Carranza. Estos zacatecanos no dejaban de dar guerra y perturbaban aquella alegría reinante. Se acordaban de sus recién pasados tiempos al lado de Villa y echaban bravatas y a veces hasta tiros. No dejaban de constituir una intranquilidad y así un buen día, obedeciendo órdenes y planes de la superioridad, les caímos por sorpresa en sus propios cuarteles y los desarmamos en un dos por tres, sin disparar un tiro. Se les mandó a todos para sus casas y quedamos en paz.

Aquel viaje a Querétaro trae a mi mente el recuerdo del ya desaparecido “general” Rosalío Alcocer.

Era nativo de Doctor Arroyo, pueblo neolonés embutido dentro del territorio del Estado de San Luis Potosí, cerca de Matehuala; aquel alejamiento de Monterrey hacía considerarse a él más identificado con los potosinos que con sus paisanos. Hizo su carrera revolucionaria en las fuerzas de los generales Jesús Dávila Sánchez y Ernesto Santos Coy.

Por una orden superior fue a dar a la División Supremos Poderes como Comandante de la Brigada de Caballería, ostentando ya el grado de general brigadier. No le tenía cariño a la carrera militar; pocas veces se le veía uniformado y las tropas que habían puesto a su mando carecían de adecuada organización.

Era alto, flaco y desgarbado; de escasa cabellera, lacia y larga; moreno y pálido; de ojos un tanto oblicuos que siempre veían mansamente; bigote ralo y caído y piocha afilada. Su voz un tanto atiplada y desgarbo innato, inspiraban confianza.

Logró hacer dinero; tuvo habilidad para encontrar jugosas vetas en la administración de sus cuerpos; forrajes, equipos, plazas. En su casa particular situada en una de las calles cercanas a la Penitenciaría, guardaba hasta tres pianos flamantes y adornaba su sala con cuatro ajuares elegantes mezclados arbitrariamente unos con otros; sillas de Viena con sillones Luis XV; muebles coloniales con butacas americanas.

Mariquita, su esposa, andaba bien alhajada y, según él, “toda vestida de pura seda”.

Estaban de moda los automóviles Hudson y desde luego se compró él uno de los más costosos; en él solía acompañarlo su jefe de Estado Mayor: coronel Manuel H. Reyes, gozoso por pasear en tan flamante vehículo. Aquellos paseos de Reyes acompañando a su general constituían la envidia de sus compañeros que tarde a tarde lo veían salir, en son de conquista, por el centro de la ciudad o por el umbrío Bosque de Chapultepec.

Un buen día, Reyes dejó de acompañar a su general; de ahí en adelante se rehusó a hacerlo, poniendo pretextos fútiles, pero seguros, para evitar aquellos paseos, al parecer deliciosos. Razones poderosas tenía para hacerlo.

—Mi general, decía, es muy buena persona. Yo no puedo quejarme de él en lo más mínimo, pero es muy cochino. Imagínese que nunca usa pañuelo, se limpia los dedos en los asientos del coche.

Un día fue y le dijo a don Venustiano Carranza, con aquel su modillo lento de hablar:

—Oiga usted, señor, ¿qué, este Gobierno que usted representa, no podría ayudar a las viudas de los que murieron en los combates?

Don Venustiano se cogió la barba, le vio por encima de sus anteojos y esperó que acabara de hablar.

—Hay muchas viudas en Doctor Arroyo de los que anduvieron militando conmigo y me siento comprometido a ayudar a esa pobre gente.

Don Venustiano le volvió a ver; encontró sincero aquello y ordenó que le dieran a Rosalío una buena cantidad de dinero para aquel objeto.

Después resultó que... no había viudas y... salido el dinero.

Fue de los leales a Carranza y le acompañó hasta Tlaxcalantongo. Allí se dispersó, como todos, y fue a dar, dos días después, “desbalagado”, al pueblo de Xico, en donde yacía el cadáver del que fuera Primer Jefe, tendido en la Escuela Municipal del lugar.

Cuando llegó Rosalío, estábamos comiendo los que habíamos llegado antes, en la casa habitación de don Juan Esquitín: gentil persona del pueblo que atendió admirablemente a cuantos quedábamos de aquella infausta jornada. Presidía la mesa una de las señoras de la casa;

había algunas señoritas, el general Murguía, Montes, Barragán, Marciano González, Pilar Sánchez; éramos quince o veinte.

Reinaba un silencio solemne; nos embargaba a todos una pena profunda y sincera.

Dentro de aquel escenario austero e imponente, hizo su entrada Rosalío Alcocer. Iba con la ropa hecha jirones; en camisa; remangados los pantalones hasta las rodillas y mostrando unas pantorrillas negras, flacas, velludas y chorreantes de sangre coagulada. En sus manos traía un recio báculo. Parecía un peregrino.

A la entrada del pueblo le habían obsequiado dos o tres tragos de aguardiente y por consecuencia de ello, “estaba jalado”.

Llegó gritando:

—¡Ah!, qué traición tan jija de la...

Juan Barragán, alarmado, le interrumpió desde luego.

—Cállate, no seas bruto. ¿No estás viendo que hay señoras?

—Eso no importa nada. Si es gente decente, me dispensará... ¡Ah, que traición tan jija...!

—¡Que te calles!

—¡Ese hombre que mataron valía más que toda la percha...!

—¡Cállate!

—Ya dije que si son gente decente me tienen que dispensar.

—¡Ay!... ¡qué hombre hemos perdido! Valía él más que todos ustedes.

—Ya lo sabemos; siéntate.

—Vengo herido.

Hubo un movimiento general en la mesa: Está herido, hay que curarlo. Otro herido más. ¿Dónde te pegaron? ¿Cómo fue? Cuenta.

—Vengo herido por las espinas de los árboles que había en la cañada por donde me desbarranqué.

Por poco lo apaleamos.

Cuando más tarde, el general Francisco Murguía fue rebelde al gobierno del general Obregón, Rosalío Alcocer se fue a los Estados Unidos a reunirse al movimiento. Cuentan que se enfermó, que le faltaron recursos para curarse y que con autorización de sus compañeros de aventura se amnistió y regresó a la Patria.

A la mañana siguiente de la primera noche que pasó en tierra mexicana, apareció muerto en la habitación en que empezó su último sueño.

Un pañuelo rojo “paliacate”, atado fuertemente a su delgado cuello, le cortó la existencia.

¿Asesinato? ¿Suicidio? ¿Quién puede saberlo?



## RAMÓN LÓPEZ VELARDE (1888-1921)

**N**acido en Jerez, Zacatecas, el mismo año en que vinieron al mundo otros importantes escritores. Murió en 1921, a los 33 años, “la edad del Cristo azul”, como escribió en uno de sus poemas; para ser precisos, el 19 de junio, el mismo mes en que apareció su poema “La Suave Patria” y la prosa que lo vertebra, “Novedad de la Patria”. Hugo Gutiérrez Vega lo llamó padre soltero de la poesía mexicana, pues con él comienza propiamente nuestra modernidad.

En 1921, México vivía la realización de su utopía. Álvaro Obregón era el consumidor del movimiento revolucionario, como Porfirio Díaz lo había sido de la segunda independencia. Dos años antes, Amado Nervo había abandonado este mundo y el gobierno le había dispensado funerales tan fastuosos como los que había tenido Víctor Hugo en Francia. La Revolución consumada buscaba su poeta y expulsaba a los que consideraba contrarios a su marcha triunfal. En las páginas, humildes, de tipografía apretada, de la revista *El Maestro*, apareció un poema titulado “La Suave Patria”, firmado por Ramón López Velarde, poeta y abogado, anteriormente autor de dos libros de versos, *La sangre devota* (1916) y *Zozobra* (1919). En este nuevo poema formulaba otra manera de hablar de nuestra tierra, nuestro cielo, nuestros héroes, para que cada una de estas palabras abandonara el nicho del lugar común y se transformara en “combustible de nuestra fantasía”. Del mismo modo en que Baudelaire había hecho andar sus pasiones en los rieles de la prosa y de la poesía,

López Velarde formula su tesis de la épica sordina que se impone para hablar, desde lo más profundo, de un tema tan difícil como el amor, y más particularmente, del amor a la patria. Un amor que le habla de tú a sus próceres, que toma del talle a sus vendedoras de chía, que toma las palabras de la tribu para perturbarlas, azuzarlas, quitarles el sueño.

Uno de los mayores logros de la magia lopezvelardeana consiste en que sus poemas dan la impresión de estar escritos en lo que él llamaba la rápida prosa del vivir. Uno de sus poemas tempranos y mejores, “Mi prima Águeda”, comienza con una frase que parece surgida de una conversación familiar: “Mi madrina invitaba a mi prima Águeda a que pasara el día con nosotros”, la cual es rescatada mediante el vuelo estremecedor y misterioso de los versos siguientes “y mi prima llegaba con un contradictorio prestigio de almidón y de temible luto ceremonioso”. Nuestro poeta era aún seminarista, “sin Baudelaire, sin rima y sin olfato”.

#### “LA SUAVE PATRIA”<sup>1</sup>

##### Proemio

Yo que sólo canté de la exquisita  
partitura del íntimo decoro,  
alzo hoy la voz a la mitad del foro,  
a la manera del tenor que imita  
la gutural modulación del bajo,  
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles  
con remos que no pesan, porque van  
como los brazos del correo chuán  
que remaban la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:  
la Patria es impecable y diamantina.

<sup>1</sup> Ramón López Velarde, *La Suave Patria y otros poemas*, México, Alianza, 1994.

Suave Patria: permite que te envuelva  
en la más honda música de selva  
con que me modelaste por entero  
al golpe cadencioso de las hachas,  
entre risas y gritos de muchachas  
y pájaros de oficio carpintero.

Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz,  
tus minas el palacio del Rey de Oros,  
y tu cielo, las garzas en desliz  
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo  
y los veneros de petróleo el diablo.

Sobre tu Capital, cada hora vuela  
ojerosa y pintada, en carretela;  
y en tu provincia, del reloj en vela  
que rondan los palomos colipavos,  
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio  
se viste de percal y de abalorio.

Suave Patria: tu casa todavía  
es tan grande, que el tren va por la vía  
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,  
con tu mirada de mestiza, pones  
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,  
no miró, antes de saber del vicio,  
del brazo de su novia, la galana  
pólvora de los fuegos de artificio?

Suave Patria: en tu tórrido festín  
luces policromías de delfín,  
y con tu pelo rubio se desposa  
el alma, equilibrista chuparrosa,  
y a tus dos trenzas de tabaco, sabe  
ofrendar aguamiel toda mi briosa  
raza de bailadores de jarabe.

Tu barro suena a plata, y en tu puño  
su sonora miseria es alcancía;  
y por las madrugadas del terruño,  
en calles como espejos, se vacía  
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas,  
después, un paraíso de compotas,  
y luego te regalas toda entera,  
suave Patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,  
que en tu lengua de amor prueben de ti  
la picadura del ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena  
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña  
de locura, enloquece a la montaña,  
requiebra a la mujer, sana al lunático,  
incorpora a los muertos, pide el viático,  
y al fin derrumba las madererías  
de Dios, sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas  
crujir los esqueletos en parejas;  
oigo lo que se fue, lo que aún no toco,  
y la hora actual con su vientre de coco.

Y oigo en el brinco de tu ida y venida,  
¡oh trueno!, la ruleta de mi vida.

Intermedio

Cuauhtémoc

Joven abuelo: escúchame loarte,  
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,  
a tu nopal inclínase el rosal;  
al idioma del blanco, tú lo imantas  
y es surtidor de católica fuente  
que de responsos llena el victorial  
zócalo de cenizas de tus plantas.

No como a César el rubor patricio  
te cubre el rostro en medio del suplicio:  
tu cabeza desnuda se nos queda  
hemisféricamente, de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua  
todo lo que sufriste: la piragua  
prisionera, al azoro de tus crías,  
el sollozar de tus mitologías,  
la Malinche, los ídolos a nado,  
y por encima, haberte desatado  
del pecho curvo de la emperatriz  
como del pecho de una codorniz.

Segundo acto

Suave Patria: tú vales por el río  
de las virtudes de tu mujerío.  
Tus hijas atraviesan como hadas  
o destilando un invisible alcohol,

vestidas con las redes de tu sol,  
cruzan como botellas alambradas.

Suave Patria: te amo no cual mito,  
sino por tu verdad de pan bendito,  
como a niña que asoma por la reja  
con la blusa corrida hasta la oreja  
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;  
creeré en ti, mientras una mexicana  
en su tápalo lleve los dobleces  
de la tienda, a las seis de la mañana,  
y al estrenar su lujo, quede lleno  
el país, del aroma del estreno.

Como la sota moza, Patria mía,  
en piso de metal, vives al día,  
de milagro, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,  
con tu misma grandeza y con tu igual  
estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y el obús,  
un higo San Felipe de Jesús.

Suave Patria, vendedora de chía:  
quiero raptarte en la cuaresma opaca,  
sobre un garañón, y con matraca,  
y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo  
para el ave que el párvulo sepulta  
en una caja de carretes de hilo,  
y nuestra juventud, llorando, oculta  
dentro de ti, el cadáver hecho poma  
de aves que hablan nuestro mismo idioma.

Si me ahogo en tus julios, a mí baja  
 desde el vergel de tu peinado denso,  
 frescura de rebozo y de tinaja:  
 y si tirito, dejás que me arrope  
 en tu respiración azul de incienso  
 y en tus carnosos labios de rompopo.

Por tu balcón de palmas bendecidas  
 el Domingo de Ramos, yo desfilo  
 lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima y tu estilo,  
 cual muriéndose van las cantadoras  
 que en las ferias, con el bravío pecho  
 empitonando la camisa, han hecho  
 la lujuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave:  
 sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;  
 cincuenta veces es igual el *Ave*  
 taladrada en el hilo del rosario,  
 y es más feliz que tú, Patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;  
 sedienta voz, la trigarante faja  
 en tus pechugas al vapor; y un trono  
 a la intemperie, cual una sonaja:  
 ¡la carreta alegórica de paja!

#### “NOVEDAD DE LA PATRIA”

El descanso material del país, en treinta años de paz, coadyuvó a la idea de una patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa.

El instante actual del mundo, con todo y lo descarnado de la lucha, parece ser un instante subjetivo. ¿Qué mucho, pues, que falten los poetas épicos hacia afuera?

Correlativamente, nuestro concepto de la patria es hoy hacia adentro. Las rectificaciones de la experiencia, contrayendo a la justa medida la fama de nuestras glorias sobre españoles, yanquis y franceses, y la celebridad de nuestro republicanismo, nos han revelado una patria, no histórica ni política, sino íntima.

La hemos descubierto a través de sensaciones y reflexiones diarias, sin tregua, como la oración continua inventada por San Silvino.

La miramos hecha para la vida de cada uno. Individual, sensual, resignada, llena de gestos, inmune a la afrenta, así la cubran de sal. Casi la confundimos con la tierra.

No es que la despojemos de su ropaje moral y costumbrista. La amamos típica, como las damas hechas polvo —si su polvo existe— que contaban el tiempo por cabañuelas.

Un gran artista o un gran pensador podrían dar la fórmula de esta nueva patria. Lo innominado de su ser no nos ha impedido cultivarla en versos, cuadros y música. La boga de lo colonial, hasta en los edificios de los señores comerciantes, indica el regreso a la nacionalidad.

De ella habíamos salido por inconsciencia, en viajes periféricos sin otro sentido, casi, que el del dinero. A la nacionalidad volvemos por amor... y pobreza.

Hijos pródigos de una patria que ni siquiera sabemos definir, empezamos a observarla. Castellana y morisca, rayada de azteca, una vez que raspamos de su cuerpo las pinturas de olla de silicato, ofrece —digámoslo con una de esas locuciones pícaras de la vida airada— el café con leche de su piel.

Literatura —exclamará alguno de los que no comprenden la función real de las palabras, ni sospechan el sistema arterial del vocabulario. Pero poseemos, en verdad, una patria de naturaleza culminante y de espíritu intermedio, tripartito, en el cual se encierran todos los sabores.

El país se renueva ante los estragos y ante millones de pobladores que no tienen otros ejercicios que los de la animalidad. ¿Por virtud de qué fibras se operará esta adivinanza?

En las pruebas de canto, los jurados charlan, indiferentes a las gargantas vulgares. Hasta que una alumna los avasalla. Es el momento arcano de la dominación femenina por la voz. Así ha sonado, desde el Centenario, la voz de la nacionalidad.

Hay muchos desatentos. Gente sin amor, fastidiada, con prisa de retirar el mantel, de poner las sillas sobre la mesa, de irse.

Tampoco escasean los amantes, fieles en cada rompe y rasga, calaveras de las siete noches de la semana, prontos a aplaudir las contradicciones mismas, diseminadas por el territorio, que se resumen en la vasta contradicción de la capital.

En este tema, al igual que en todos, sólo por la corazonada nos aproximamos al acierto. ¿Cómo interpretar, a sangre fría, nuestra urbanidad genuina, melosa, sirviendo de fondo a la violencia, y encima las germinaciones actuales, azarosas al modo de semillas de azotea?

Un futuro se agita en la placidez diocesana de nuestros hábitos. A veces creemos que va a morir el primor del mundo. Que la turbamulta famélica aniquilará los diamantes tradicionales, los balances del pensamiento, los finiquitos de la emoción.

¿Quedará prudencia a la nueva patria? Sus puertas cocheras guardan todavía los landós en que pasaron aquellas señoras, camarlangas de las vírgenes, y las familias que oyen hablar de Lenin se alumbran con la palmatoria del Barón de la Castaña...

La alquimia del carácter mexicano no reconoce ningún aparato capaz de precisar sus componentes de gracejo y solemnidad, heroísmo y apatía, desenfado y pulcritud, virtudes y vicios, que tiemblan inermes ante la amenaza extranjera, como en los Santos Lugares de la niñez temblábamos al paso del perro del mal.

Bebiendo la atmósfera de su propio enigma, la nueva patria no cesa de solicitarnos con su voz ronca, pectoral. El descuido y la ira, los dos enemigos del amor, nada pueden ni intentan contra la pródiga. Únicamente quiere entusiasmo.

Admite de comensales a los sinceros, con un solo grado de sinceridad. En los modales con que llena nuestra copa, no varía tanto que parezca descastada, ni tan poco que fatigue; siempre estamos con ella en los preliminares, a cualquier hora oficial o astronómica. No comemos la atrocidad de poner las sillas sobre la mesa.



## MARIANO AZUELA (1873-1952)

**M**ariano Azuela pertenece a una sólida estirpe mexicana de médicos escritores. Con igual dedicación cultivó las letras y la medicina, pues se recibió de médico cirujano en la ciudad de Guadalajara. Oriundo de Lagos de Moreno, volvió a su pueblo natal donde estableció una farmacia. Se inició con una serie de artículos titulados “Impresiones de un estudiante”, los cuales aparecieron en 1896 en un periódico de la capital mexicana, y que serían el germen de su primera novela, *María Luisa*, aparecida en 1896. Su novela *Mala yerba* (1909) denuncia la corrupción de las autoridades campesinas. En *Andrés Pérez, maderista* (1912) describe los intersticios y corruptelas de la naciente revolución.

Al estallido del movimiento revolucionario se dio de alta como médico en las tropas de Julián Medina. Estas experiencias nutrieron la que sería su novela más importante, *Los de abajo*, que inicialmente apareció por entregas en *El Paso del Norte*, en 1915. Fue uno de los miembros fundadores de El Colegio Nacional.

La novela *Nueva burguesía* apareció en 1941. A través de la vida cotidiana de los obreros en la Ciudad de México, el autor describe su nueva educación urbana, en una época inmediatamente posterior a las conquistas laborales del cardenismo. La solidaridad y la traición, los momentos de esparcimiento y la conquista de la calle por parte de las manifestaciones que apoyan la candidatura opositora de Juan

Andreu Almazán, quien disputaba la presidencia a Manuel Ávila Camacho durante las elecciones para 1940, alternan en una novela desarrollada alrededor del barrio de Nonoalco. El primer capítulo, aquí incluido, abre con el flujo de los personajes que habrían de aparecer a lo largo de la novela, hacia la manifestación de apoyo a Andreu Almazán, el 27 de agosto de 1939.

En carta dirigida al Club del Libro de Buenos Aires, el 6 de diciembre de 1939, el autor advierte: Me propongo hacer un bosquejo de un nuevo tipo producido por la revolución social en mi país. Arranca de las masas íntimas del proletariado, tiende inconsciente o conscientemente al tipo burgués, pero sin lograr aún definirse ni cristalizar en algo permanente. De estos tipos está formada una nueva clase privilegiada que es la de los trabajadores bien remunerados, una pequeñísima minoría en relación con la masa que sigue viviendo en la miseria anterior a los tiempos de la Revolución. Ferrocarrileros, impresores, mecánicos, etcétera, en rudo contraste con los que se aferran a su trabajo individual y que se agotan en su pobreza, desmedrados totalmente por el gobierno y los sindicatos.

La nueva burguesía hace la declaración de principios de su ejercicio urbano. Aunque los personajes participan conformando un capítulo cada uno, el gran protagonista de la novela es la ciudad de los obreros, que incluso en la vecindad de Nonoalco, donde habitan, establece una jerarquía: “Ocupada por obreros, choferes, ferrocarrileros, mecánicos, constaba de doce buenos departamentos sobre el patio central, cuarenta vivienditas en los cuatro largos y angostos pasillos que la cruzaban”. Acusado de asesinato, uno de los personajes declara ante el juez: “Profeso el socialismo radical y, por tanto, si hubiera sospechado las relaciones de mi mujer con mi amigo Tito, todo se habría arreglado sin choque, en la forma más conveniente y conservando nuestras buenas relaciones”.

NUEVA BURGUESÍA<sup>1</sup>  
(FRAGMENTO)

*...Si ton néant te suffit, tu n'es q'un mensonge pour toi même;  
et tout le reste avec toi. Tu n'as rien parce que tu n'as été.*

ANDRÉ SUARÈS

*Vamos a la manifestación*

El agente de publicaciones, desnudas las corvas, en bata mugrienta y húmeda todavía, se estaba afeitando frente a un espejito oval colgado de un barrote de su ventana, cuando entró Emmita a convidarlo a la manifestación.

—Yo no voy a eso —le respondió con aspereza—, el general Almazán es el candidato de los reaccionarios.

El agente era comunista, pero Emmita sospechó que otra era la razón por la que se excusaba. Sin perder, pues, el tiempo, envuelta aún en su abrigo de estambre color de perico, despeinada y en chanclos, fue a buscar al garrotero del 35.

—Zeta López, ¿me llevas a la manifestación?

—Sí, Emmita, ¿cómo no? Francamente, Almazán no me importa poco ni mucho, pero pertenezco a la sección dieciséis y soy disciplinado. Además, dicen que va a haber borlote, y eso es cosa que me entusiasma.

Emmita no se inmutó. Zeta López quería amedrentarla. Pero era más manso que un corderito.

—Está bien. Déjame ir a tomar mi café, a ponerme mis medias de seda y mis choclos nuevos y en seguida vengo por ti.

Se llamaba Juan Z. López, era garrotero de las Líneas Nacionales, ganaba ochenta y hasta cien pesos semanales; aparte de lo que le dejaba de rentas una casa de productos en la colonia Peralvillo. Tenía fama de ser muy avaro y así se explicaba que ocupara una de las más modestas viviendas del último pasillo, en el fondo de la casona, casi enfrente de las Escamillas del 40.

<sup>1</sup> Mariano Azuela, *Nueva burguesía*, México, FCE, 1993.

Aseguraba que los problemas internacionales tenían para él más interés que los del país; era de los admiradores más fervientes del señor Benavides, linotipista de los Talleres Gráficos de la Nación, con veinte pesos diarios y un concepto exacto y racional del Universo.

Pedroza, fogonero de su misma tripulación, aseguraba que a Zeta López le importaban un pito los asuntos internacionales y los del país, que no tenía más amor en la vida que el de los viles centavos y que no quería arriesgar su esperado ascenso a fogonero, comprometiéndose en un partido político execrado por la Confederación de Trabajadores de México (CTM) a la que pertenecía y que era el factótum en los sindicatos.

También el señor Campillo, maquinista de la línea México-Uruapan, inquilino del uno, el departamento de más lujo en la vecindad, dijo que concurriría a la manifestación, sin explicar más porque de suyo era retraído y de pocos amigos.

La señorita Angelita, del 22, salió de las primeras, conduciendo de un brazo a su tío, un viejo ex-militar villista con una pierna baldada.

Era ello un caso de enajenación mental colectiva. Regularmente los domingos, a esa hora, los inquilinos salían regocijados y con mucha alharaca a sus excursiones campestres, llevando sendos sacos de papel o de ixtle, repletos de comestibles; pero ese domingo 27 de agosto del 39 nadie hablaba sino de la gran manifestación que el pueblo metropolitano preparaba al general Almazán, candidato de los opositoristas al gobierno de Lázaro Cárdenas, y nadie quería privarse de un espectáculo que tenía ya su grano de sal y del que se esperaba *algo*. Por ejemplo, los diputados y senadores, alarmados por la popularidad del candidato enemigo, en mítines, banquetes, francachelas y en las mismas cámaras, habían amenazado al pueblo con una carnicería. Uno dijo que él, personalmente, disolvería a pedradas la manifestación, otro excitó a sus colegas a concurrir al acto con sus armas bien engrasadas, debidamente respaldados por sus pistoleros (doscientos por cabeza), además de los millares de obreros militarizados de la CTM.

El agente de publicaciones elogió la conducta de los padres de la patria, pero Pedroza respondió muy indignado:

—Si esos borrachines están en su perfecto derecho para destaparle el trasero al Gobierno y sus cobas de democracia, no lo están para poner en ridículo al país.

No obstante su oposición ideológica, eran amigos. Discutían siempre y acababan siempre brazo con brazo en la cervecería, en el “cabaret” o en la cantina.

Como Emmita lo sospechó, el agente sí concurrió a la manifestación, pero no con ella, sino con otras muchachas con quienes estaba comprometido. Lo vio salir con Pedroza, los dos de vestidos nuevos muy bien planchados, choclos brillantes y el pañuelo asomando bajo la solapa.

—¡Verás qué morenazas!

Salieron cuando las Escamillas subían en un vetusto Cádillac, hablando a gritos y atrayendo la atención con sus maneras escandalosas.

Era una familia de obreras de La Perla, fábrica de galletas y pastas de sopa. Habitaban el 40, el fondo del último patio, a inmediaciones de los excusados.

Esta vecindad era una de las más grandes de la calzada de Nonoalco, en la cercanía de Buenavista, estación de los Ferrocarriles Nacionales de México. Ocupada por obreros, choferes, ferrocarrileros, mecánicos, constaba de doce buenos departamentos sobre el patio central y cuarenta vivienditas en los cuatro largos y angostos pasillos que lo cruzaban.

—Ya verás cómo no vamos a poder llegar ni a los andenes. ¡Mira nomás qué gentío! —dijo Emmita, colgada del brazo de Zeta López.

Entraron por la gran puerta de Nonoalco, en parejo de la calle del Olivo. La mañana era clara y luminosa, pero el humo desparramado en los patios por las altas chimeneas enfiladas de la Casa Redonda, la multitud de locomotoras encendidas y el polvo levantado por coches, camiones y motos en la calzada, enturbiaban el alegre hormiguelo de la gente, rumbo a Buenavista.

Las mujeres, vestidas de colores claros y brillantes, atravesaban entre un vaivén de vehículos, ágiles y tranquilas como si caminaran por un bosque.

El garrotero Zeta López, sin responder, seguía andando, abriéndose paso a empujones. Pasaron cerca de unas barracas de tablones húmedos, podridos y mal ajustados, de techos de láminas enmohecidas y agujereadas. Rieleros astrosos, peones de albañil y trabajadores de salario mínimo, de pie, almorzaban escamocha. Una vieja alta y reseca como grulla se las servía de una enorme cazuela de barro.

—Que no nos vea —dijo Emmita, escondiéndose tras del garrotero.

Pero ya el cabo de cuadrilla los había reconocido:

—Camarada, espérenme, que yo voy también.

Devolvió un plato de peltre desportillado, luego de limpiarlo con un pedazo de tortilla que se llevó a la boca, y vino a alcanzarlos; Zeta López le tendió la mano y Emmita, haciendo de tripas corazón, lo saludó con una amable sonrisa.

—Se nos hizo tarde, camarada.

—Yo no pertenezco a la Sección 16 —dijo mirando a Emmita con embeleso—, pero esos desgraciados de la CTM me robaron una semana de sueldo porque no estuve presente en la manifestación de *Papada*. Y no hay derecho, ¡palabra!

Llamaba “Papada” al candidato del Gobierno que tenía un cuello desdoblado en tres soberbios repliegues. Con ese sobrenombre era designado por el pueblo.

—Y vengo a ver si me topo con algún maje de éstos y nos damos un quemón...

Separó discretamente su overol a la cintura para mostrar una delgada y filosa hoja de acero que llevaba a guisa de cinturón.

—Que me registre la policía, a ver qué me encuentra.

Y replicó en su garganta una carcajada de bajo profundo.

—Agárrese bien, mi vida, para defenderla de los estrujones.

Tomó a Emmita por un brazo y la metió entre él y Zeta López.

Aunque el señor Roque olía mucho a sobacos, su ropa y sus alientos de viudo resucitado le daban cierto aspecto atrayente para las urgidas de marido.

Cuadraban, con su overol azul nuevecito, la corbata color de canario, sus gruesos zapatones amarillos y un pequeño sombrero punteado “muy riel”.

Cuando Pedroza y el agente de publicaciones llamaron a la casa de las Amézquitas, Rosita bajó corriendo y con muchos aspavientos —por hacerse más interesante— les enseñó unas hojas impresas.

—¡Nos estamos muriendo de susto! Lean nomás... La verdad, no nos animamos...

Pedroza rompió a reír:

—Son cosas de los diputados.

Se acercó a doña Concha, la mamá, y le dijo en voz baja:

—Los políticos son como las pirujas: se enojan porque no los ocupan. La vieja torció la boca. Muchas veces había dicho a sus hijas que los ferrocarrileros eran gentes que, aunque sabían gastar bien el dinero, no tenían educación.

Se trataba de unos volantes en que se aconsejaba al pueblo se abstuviera de concurrir a la manifestación del general Almazán porque seguramente correría la sangre.

Con todo, los dejaron con doña Concha y entraron a ponerse su ropa de calle.

Las Amézquitas no querían acordarse más de su tierra, un pueblecillo de Jalisco, muy cerca de Guadalajara, desde donde dieron un salto mortal del lavadero y de la mesa de la plancha hasta los elegantes escritorios de acero de la Secretaría de Hacienda. Con la subida de Cárdenas a la Presidencia de la República, subió naturalmente el mosquero que lo rodeaba. Entre los más gordos iba el subdelegado de Hacienda del pueblo de las Amézquitas, muchachas famosas por bonitas, alegres y despreocupadas. Parece que el empleado había tenido sus dares y tomares con Cuca la mayor. Ello fue que con su ascenso se las llevó a la capital con doce y ocho pesos de sueldo respectivamente. Con tanto dinero las guapas ex-planchadoras perdieron el sentido del equilibrio.

Salían ya muy peripuestas cuando se presentó Chabelón de veinticinco alfileres. No hubo necesidad de presentaciones porque en seguida reconoció a las visitas como vecinos de la misma casa. Chabelón era motorista de los trenes urbanos y todo lo que ganaba lo gastaba en vestirse. Coqueteaba con todas las muchachas, pero sin llegar nunca a nada práctico ni definitivo, pues como lo aseguraba Emmita, con conocimiento de causa, era “muy frígido”. Sin embargo, su cara de niño Dios, sus ojos de Dolorosa y sobre todo sus trajes bien cortados le daban partido entre las chicas.

Salieron. Cuca propuso que llegaran de paso a comprar unos caramelos para remojarse la boca a la hora de los *cocolazos*.

Alta, esbelta, de pelo crespo y muy negro, con un remolino hacia la sien derecha y un ricillo rebelde, tenía el gesto de la que está acostumbrada a mandar. Su peinado caído hacia el indomable mechón le daba un atractivo irresistible para sus amigos y era a la vez una llamada de atención para los extraños.

Rosita era el reverso de su hermana. Pequeña, menudita, de nariz levemente arriscada, ojos vivos y juguetones, especie de avispa sin aguijón, porque no lograba imponer terror a nadie.

Pedroza tornó el brazo de Cuca y Chabelón el de Rosita. El agente estaba habituado ya a su papel de San Camilo, encaminador de almas, y caminó impasible tras de ellos.

Pasaron por la plaza de la Revolución, desierta aún. Fotógrafos del Gobierno sacaban vistas para demostrar gráficamente al país y al extranjero el fracaso de los opositores; pero los periódicos, con perfidia de perfectos comerciantes, publicarían al día siguiente en su gran plana central y cara a cara las fotografías oficiales tomadas a las nueve de la mañana con una docena de gendarmes y docena y media de vagos y la tomada por los almanistas a las dos de la tarde con no menos de doscientas mil almas.

Al pasar frente a una cenaduría cerrada, Chabelón los detuvo:

—Vamos llegando a tomar algo. Vine sin desayunarme.

Tenía el secreto para violar los reglamentos de policía y no encontró dificultad para que se entreabriera una puerta por donde los cinco se deslizaron sin ser advertidos por nadie.

A medida que avanzaban Emmita y sus compañeros encontraban mayor resistencia en la muchedumbre que confluía hacia los patios de la estación. Ríos humanos se vaciaban en Buenavista, afluentes de las colonias vecinas. En la entrada a los andenes, bajo el gran cobertizo de hierro, los rieleros formaban, codo a codo, doble cordón para interceptar el paso a los que no pertenecían a su gremio.

—Sección 16 —dijo Zeta López con fanfarronería.

—Adelante, camaradas.

El cerco se rompió un instante para cerrarse de nuevo ante la avalancha que se precipitó sobre el boquete abierto.

Por lo demás, los esfuerzos encaminados a formar una valla cerrada al candidato, en previsión de los atentados del Gobierno, resultaron inútiles, porque la multitud se hizo incontenible; los que venían por Nonoalco en sentido inverso de los que llegaban por el frente de Buenavista provocaron una reventazón y todos quedaron revueltos. Hasta la brillante escolta de charros, que a buena hora se había apostado de uno y otro lado de la calle, luciendo sus magníficos caballos y sus lujosos arreos, quedó dispersa y sin posibilidades de reorganizarse.

—Y a todo esto, digo yo, ¿qué diablos venimos a hacer con tanto calor y entre tanta bola de gente?

—Emmita —explicó don Roque, el cabo de cuadrilla—, venimos a exigir que salga del Gobierno tanto ladrón.

—¿Qué tanto le ha robado, don Roque?

—El pan a cinco, la leche a cuarenta, los blanquillos a diez, ¿se te hace poco?

—Yo no sé que alguno de nosotros se esté muriendo de hambre.

—Tú no comprendes nada, Emmita. Dice bien don Roque: es necesario que bajen los artículos de primera necesidad. Como dice el señor Benavides: el obrero siempre debe estar en pie de lucha para un mejor “stock” de vida.

—¿Y qué es eso de “estoque”, Zeta López?

El garrotero se rio compasivamente.

—Que en vez de beber tepache tomes tu vaso de cerveza Monterrey, tipo *lager*; que en vez de ir a perfumarte con la peste del Majestic compres tu boleto de a dos pesos al cine Alameda.

Precisamente en el momento en que sintió que la mano de Zeta López abandonaba suavemente su brazo y se le escapaba.

Se le escapó.

—¡Zeta López!...

Su grito siguiendo a Zeta López se perdió en el tumultuoso oleaje humano.

Entonces don Roque, sin darle tiempo al tiempo, afianzándola mejor y previo un brutal suspiro, dijo:

—Emmita, tengo seis meses de viudo...

Hizo la sorda. Al cabo de cuadrilla se le fugaron las frases ya prevenidas. Pero, de todos modos, resuelto a no dejar las cosas pendientes, prosiguió con su mano libre su declaración de amor, con mucha elocuencia.

Emmita, agradecida, no le correspondió: ¡Ese canalla de Zeta López que había tenido el descaró de recomendárselo! “Hazle buen pasaje, Emmita. Saca sus cuarenta y cincuenta pesos semanales, aparte de buscas; es hombre que sabe gastar el dinero sin hacer pucheros y, ¡fíjate!, es el suegro del fogonero Pedroza...” “¡Y tú eres un mula, Zeta López! Palabra que no me hace falta abuelito.”

De la cenaduría las Amézquitas salieron algo achispadas. Rosita dijo que sería más “chic” ir a Xochimilco o al Desierto de los Leones en vez de meterse entre tanto pelado.

Porque ahora enorme muchedumbre se desparramaba por la explanada de la Revolución y ríos de gente confluían por las calles y avenidas. Ondeaban las banderas tricolores, los gallardetes, cabeceaban los estandartes de las agrupaciones obreras, estudiantiles y de otros gremios; en grandes cartelones aparecían nombre y retratos del candidato, bamboleándose sobre la apretada multitud de cabezas de hombres, mujeres y niños. A veces el vocerío tornábase en estrepitoso huracán de hurras y vítores.

—Adiós, camarada Benavides...

—¿Qué hace allá arriba?

—Calculo el número exacto de los concurrentes.

Las muchachas se rieron, diciendo que deberían llevárselo al manicomio. Trepado en una columna de tezontle, cerca del Monumento de la Revolución, papel y lápiz en las manos, estaba haciendo sus cálculos.

—Es hombre muy inteligente —dijo Pedroza—, pero tiene la caída de la borrachera y la agarra por semanas y hasta meses.

El agente de publicaciones siguió haciendo elogios como compañero y miembro del partido comunista...

Por la polvorienta calle del Encino venían las Escamillas del 40 en su vetusto Cadillac, conducido por Evangelina, la mayor de las muchachas. Asomaban sus cabezas por todos lados como los pollos bajo las alas de la gallina. Cinco Escamillas, sin contar a doña Tórtola, su madre, que ocupaba asiento por tres, ni a las dos amigas venidas ex profeso a la fiesta desde Azcapotzalco.

Al pasar el esperpento con muchos rechinidos cerca de las bodegas de Buenavista, dio de pronto una cabeceada y, sin que nadie se lo mandara, se paró bruscamente.

—Tiene esa maldita maña —dijo doña Tórtola, majestuosamente arrellanada en un cojín de hule agujereado que dejaba escapar puntas de paja y bolas de borra—. Apéense del auto y empújenlo, pues sólo así podremos ponerlo otra vez en movimiento.

No les molestó que algunos transeúntes se detuvieran, divertidos, a verlas sudando y pujando en la trasera del coche. Sólo delante de sus conocidos se ponían nerviosas y les hacían malas señas o

los alejaban a insolencias. Por eso el maquinista Campillo, que venía por la plataforma de las bodegas con algunos compañeros, pasó de largo como si jamás se hubiesen visto.

El auto comenzó a caminar. El problema ahora no consistía en que siguiera corriendo, sino en subir todas, antes de que se parara otra vez.

Doña Tórtola lo solucionó con un pensamiento oportuno:

—Arrimen el coche a la sombra y déjenme allí con su hermano. Al cabo la estación ya está muy cerca y pueden llegar a pie.

Hasta ese momento todo marchaba bien, los temores de una lucha sangrienta iban desapareciendo. La enorme cantidad de simpatizadores del candidato opositorista la hacía olvidar. Sin embargo, comenzaron a circular extraños rumores. Alguien dijo que en los balcones inmediatos a la calle de Buenavista, por donde habría de pasar Almazán con su comitiva, había políticos armados con ametralladoras. Corrió también la versión de que en Tlalnepantla había sido detenida una mujer que llevaba escondido un afilado puñal en un buqué de flores, destinado al candidato.

Pero no hubo una sola persona que diera media vuelta a su casa o se alejara de la multitud.

*¿Atentado?*

El agente de publicaciones sintió agotada su paciencia de perrillo faldero cuando de repente se le perdieron sus compañeras y se dijo: “¿Qué ando haciendo yo en esta fiesta de los reaccionarios?” “¿Qué van a pensar de mí los camaradas del partido?” Cerró los brazos, separó las piernas y como cuña, como “tanck”, se clavó en el colmenar.

Vadeaba ya felizmente las orillas cuando alguien lo reconoció:

—¡Miren... ese maje es comunista!

Y no tuvo tiempo de mirar al que lo decía porque un brutal puñetazo le apagó los ojos, haciéndole ver culebritas.

Su consuelo fue cerciorarse de que las Amézquitas no se encontraban cerca, pues se había conquistado con ellas la reputación de “muy pantera”.

Salía, pues, rugiendo y meditando una cruel venganza contra estos bandidos burgueses, cuando el cielo le deparó la mayor. Una nueva voz lo volvió a la vida:

—¿Quién te puso ese chipote en la cara, paisano?

Y una carcajada más cruel que un latigazo.

Se disponía a aderezar una explicación honrosa, pero su paisano lo tomó fuertemente por un brazo y lo obligó a entrar de nuevo a la bola.

—¿Qué vamos a hacer allí, mi coronel?

—Sígueme.

El coronel Piña Vega, amigo y paisano, es un viejo lobo de la política, de muchas influencias y con quien hay que estar bien, sobre todo ahora que anda de capa caída (su fidelidad al ex-Presidente Calles lo echó fuera del pesebre oficial), que es cuando a uno suelen hacerle caso.

—Tenemos que llegar hasta la plataforma y saludarle de mano al general Almazán. Urgentísimo... ¿comprendes?

Por un acto primo, el agente se dio el reculón y dijo:

—Pero es que yo no vengo armado ni con un alfiler...

—¡Qué idiota eres, paisano!... Pero no lo hurtas. Con razón te pusieron la marca en la cara.

El coronel estalló en una nueva carcajada que encendió en el agente el deseo de su venganza.

—Vamos adonde sea, paisano.

Y la multitud se los tragó.

El Monumento de la Revolución se levanta sobre cuatro colosales patas de cemento y hierro; cuatro arcos escuetos sostienen su gigantesco casco de acero. En la base de la cúpula, en cada uno de sus ángulos, sobresalen en altorrelieve bloques de concreto, cuerpos masudos, cabezas aplastadas, caras cuadrangulares y manos como sapos monstruosos acariciando barrigas repletas a reventar. Molesta un poco su simbolismo cruel; pero su bestialidad es casi sublime. Hay que convenir en que la interpretación ha sido un acierto y, desde muchos puntos de vista, genial.

—¡Mírenme dónde estoy!

—¿Haciendo cálculos, camarada Benavides?

—Muy sencillo, compañero Campillo. ¿Cuántos hombres caben en un metro cuadrado? ¿Cuántos metros cuadrados ocupan los manifestantes? Cálculo exacto, rigurosamente científico.

—¡Qué buena la trae el linotipista! —dijo el maquinista y siguió adelante, sin hacer más caso de él.

Tres poderosos aeroplanos rugieron casi al ras de la multitud. En sus enormes vientres plateados se leía en letras rojas: *Almazán*; descendió una fina lluvia de confeti, serpentinas, volantes con retratos y vítores al candidato.

Desde su parapeto de piedra el linotipista seguía escrutando la explanada y las avenidas inundadas de gente. Miraba la estatua de Carlos IV, el fondo verdinegro de la Alameda y el hormigueo humano velado por una cortina de polvo.

Removía los labios, hacía visajes, pero ni los mismos electricistas que cerca de él voltijaban en el aire, acabando de instalar los altavoces, le hacían caso.

Hubo un momento en que la policía fue impotente para contener la avalancha. Arremolinados en torno de la plataforma del Monumento, invadieron de pronto las escaleras, los pretilos y hasta el mismo sitio resguardado para el candidato y los oradores.

Las Amézquitas venían arrepentidas y del humor más negro del mundo.

—¿Quién es esa cursi? —dijo Rosita a Chabelón que al pasar frente al German American Hotel saludó a una joven agitando al aire su sombrero.

—Es nuestra vecina, la señorita Angelita, del 22, que lo trae de cabeza hace tiempo —respondió Pedroza.

—No se fíe de él, Cuca. Todo lo que le va contando son papas. Está enamorado de Emmita, una sierpe de la vecindad...

Pedroza se molestó.

—¡Mientras Petrita me viva, seré incapaz de hacerle una perrada!

Las niñas lo miraron como a fenómeno de feria y prorrumpieron en descortés carcajada.

Pedroza era un sentimental y el recuerdo de su esposa en el hospital de Colonia, recién operada de un cáncer de la matriz, mientras él se paseaba alegremente, puso una lágrima en sus ojos. Hasta quiso contar la historia; pero Cuca le hizo comprender el ridículo que estaba haciendo. La cosa no pasó de allí porque entonces se encontraron con el señor Campillo y sus compañeros, a quienes presentaron con las muchachas.

—El señor Campillo, maquinista de pasajeros...

“O lo que es lo mismo —pensó Rosita—, más de mil pesos mensuales.” Y con cinismo admirable trocó el brazo de Chabelón por el del maquinista, diciendo, además, que el motorista era un fiñ de barrio.

Contra lo temido y esperado, la manifestación se verificaba sin choques, muertos ni heridos.

—Esto sucede siempre que el Gobierno no mete su cuchara en los actos espontáneos del pueblo —comentó uno de los compañeros del señor Campillo.

Y se acordaron de que desde la revolución de Madero hasta la última del general Escobar, invariablemente se había observado en ciudades, pueblos y rancherías que, en cuanto se quedaban sin policía, soldados o autoridades, la delincuencia, como por encanto, bajaba a cero.

—Es la demostración evidente de que los mexicanos sí estamos aptos para tener gobiernos honestos y civilizados.

—Y si no los tenemos es por nuestra propia culpa, por nuestro egoísmo, por nuestra apatía y por la falta de valor para arrojar a tanto idiota y canalla que se han apoderado de nuestro país.

En unas cuantas palabras compendiaron lo que en no menos de tres horas de literatura electoral repetirían los oradores de la oposición.

Eran viejos ferrocarrileros de la Sección 16, almanistas de convicción y secretos enemigos del liderismo que los explotaba.

Pero hay gentes que todo lo entienden al revés. Unos choferes mugrosos, de frente peluda y estrecha, los estaban oyendo y los miraban con manifiesta prevención. Se secretaron tomando una actitud francamente provocativa. Por evitar un lance disparatado y ridículo, el maquinista Campillo pretextó tener que estar presente en sitio determinado con sus compañeros y se despidieron de las muchachas. Rosita hizo que el maquinista le prometiera ir a verla a su casa y tomó de nuevo el brazo de Chabelón con frescura.

Apenas se fueron a tiempo: los choferes borrachos ya se estaban aporreando, no habiendo encontrado oportunidad de reñir con otros.

Cruzaron de nuevo el cielo los aeroplanos aturdiendo a la multitud quemada por el sol; pero con ellos llegó una ráfaga de frescura y alegría.

—¡Almazán!

—¡Ya llegó!

—¡Ya está aquí!

Se oyó el pito enronquecido de una locomotora, luego otro y otro; los de todas las máquinas que estaban encendidas en los patios de Buenavista.

El nombre del candidato corría de boca en boca haciendo brillar la alegría en todos los rostros. El rumor creció como el de un mar embravecido. Sexos, edades, fisonomías, clases, todo se fundió en una masa movediza e informe, algo como una monstruosa gusanera.

—Anda, vamos pronto, que se nos pasa.

A fuerza de codos se abría paso entre insolencias e injurias.

—Tenemos que estar en primera fila.

El agente estaba terriblemente nervioso, porque el coronel Piña Vega no lo soltaba un instante.

“Está bien, yo no soy cobarde; pero pertenezco a un partido de acción social de la disciplina más estricta. Yo no puedo obedecer más órdenes que las que mi partido me dicte. Y si el coronel quiere algo con los reaccionarios que él se las arregle como pueda.”

Llegaban ya a la última fila en momento en que se acercaba el candidato entre una enloquecida multitud. El agente sintió que le temblaban las piernas e hizo un esfuerzo inaudito para desprenderse de su paisano.

—¡Qué maje eres, de veras! Quédate. Cueste lo que cueste, yo le daré la mano a Almazán, haré que se fije en mí, que me reconozca... Almazán es el que mañana tiene que partir el bacalao, idiota...

El agente, libre ya, respiró. Momentos después vio a su paisano de faz radiante entre los que acompañaban al general.

Emmita, chorreando sudor y colorete desleído, se encontró de pronto abandonada, en medio del oleaje incontenible. Lanzó un grito:

—¡Mi choclo!... ¡Desgraciados!, ¿quién me quitó un choclo?

A su chillido estridente siguieron muchas malas palabras. La hilaridad de algunos guasones la llamaron a la realidad. Buscó en vano a señor Roque. Pero pudo ver muy bien a Zeta López entre la bola bien prendido del brazo de Libertad Escamilla. ¡El muy mula! ¡Ya me la pagarás, desgraciado!

También a las Amézquitas se les perdieron sus acompañantes. Andaban pidiendo, por el amor de Dios, que las sacaran de aquel infierno de pies groseros y manos adelantadas.

El que llevaba el estandarte del “Centro de Intelectuales y Profesionistas” perdió pisada y habría sido despachurado sin misericordia si

no lo hubieran levantado al punto dos robustos mozos. Al reconocerlo prorrumpieron en grandes risotadas: el portaestandarte de los intelectuales era canastero de “La Favorita, pan caliente a todas horas”.

Como payaso, las medias como tablero de ajedrez, cojeando por la falta de un choclo y bien magullada por los pisotones, Emmita logró salir, por fin, en la resaca.

Se encontró con las Escamillas, que al verla se desternillaron de risa. Salían también mostrando sus caras prietas chorreadas y sus vestidos hechos garras. Cuando se cansaron de reír, doña Tórtola la llamó, invitándola a llevarla en su coche.

El estruendoso Cádillac, sin paradas impertinentes, en una sola carrera las dejó hasta la puerta de la vecindad. Emmita, agradecida, prometió visitarlas.

Andaba ya en el patio el señor Benavides repartiendo abrazos e invitaciones a tomar la copa en su casa. Sin sombrero, sin chaleco ni corbata, abierto el cuello de la camisa, iba y venía, extrañamente regocijado.

—¡De la que te perdiste, buen anciano! Seis cupos de la plaza del Toreo (ni uno más ni uno menos). Conste que soy imparcial. Mis cálculos son ajenos a la política electoral. Seis cupos del Toreo para más fácil comprensión, amable anciano. Pero mis cálculos son más precisos: técnica rigurosamente científica, exactitud matemática, buen anciano.

El viejecito, que como de costumbre llegaba a esa hora de la calle con un saco de pita dejando asomar el cuello de una botella de leche y el extremo de un dorado bolillo de pan, sonrió con benevolencia e intentó proseguir su camino.

—¡Atención! —se le interpuso el ebrio—. Fíjese: ¡ni cuando entró Madero en triunfo a la capital! Doscientas cincuenta mil almas. A usted como persona mayor le habría encantado este espectáculo. Fraternalmente lo invito, venerable anciano, a tornarnos un buen vaso de vino generoso a la casa de usted.

El viejo se excusó con palabras que se le enredaban entre los bigotes grises.

—Tito, encárgate de este buen anciano —dijo el linotipista, distraído ya por el vistoso y ruidoso grupo de las Escamillas y sus amigas, a quienes se adelantó a saludar.

El llamado Tito era un fiñí almidonado y antipático que lo seguía siempre en sus borracheras. Amigo íntimo del señor Benavides y de la señora Joel, su esposa, frecuentaba la casa como de la familia. Su palabra, su gesto y sus maneras afectadas hacían el más rudo contraste con la naturalidad bonachona del linotipista. Trabajaba en los Talleres Gráficos de la Nación, como corrector de pruebas.

El viejecillo siguió hacia el fondo del patio, torciendo por el último pasillo. En la vecindad se le conocía como “el viejito de arriba”. Ocupaba un pequeño cuarto en la azotehuela, cerca de los lavaderos. No relacionaba con nadie, aunque era amable con todo el mundo. Lolita, la de las *jaletinas*, decía que escribía libros; Emmita aseguraba que platicaba con los espíritus de las nubes y de las flores (muchas veces lo había sorprendido removiendo los labios y sonriendo con las campánulas azules de la enredadera de la vivienda de la señorita Angelita), pero los más decían que estaba *lucas*.

—Déjenos en paz, señor Benavides, que ahora está aquí nuestro hermano Cuauhtémoc y es muy delicado —exclamó Evangelina con aspavientos, dejando al linotipista ebrio en la puerta de su casa.

Emmita, en cambio, le rogó que fuera a hacerle una visita: los domingos había siempre algo que beber.

Gracias a la prohibición de la venta de bebidas alcohólicas en días feriados, Emmita y su tía Tecla podían vivir con relativos decoro y honestidad. Una de las dos piezas de su vivienda se convertía en figón desde el mediodía de los domingos y con frecuencia se llenaba de clientes. Tortas y tostadas compuestas, barbacoa, picles y cebollitas en vinagre, pulque, cerveza y aguardientes, se les servía a los parroquianos sin peligro alguno, porque al vigilante del Gobierno se le tenía igualado con su *mordida* de cinco pesos a la semana.

Pedroza llenaba de pulque las jarras de vidrio verde, mientras Emmita las repartía.

—Si Almazán no triunfa, mano, es porque somos un pueblo muy cobarde y desgraciado —dijo Pedroza patético y a medios chiles.

—La esperanza muere al último...

—Tú no me respondas, Zeta López. A ti no te preocupa la redención de las masas ni el bien del conglomerado.

—Es un mula —agregó Emmita, muy resentida—, lo único que él cuida son los centavos.

En efecto, Zeta López, conforme a su costumbre, en cuanto los vio distraídos un momento, se escurrió.

Nadie tenía tanta fama de avaro y ruin como el garrotero. Prefería los sitios de recreo alejados de su barrio para gastarse su dinero en él solo.

—Tiene miedo de meterse en la política —prosiguió el fogonero Pedroza— por no perder la ocasión de ascender. Yo hice mi examen de fogonero y subí, pero nunca tuve que lambisconarle a esos líderes desgraciados.

Estaba presente el maquinista Campillo, llevado a la fuerza por sus compañeros. Como de costumbre, se mantenía discreto, observando y callando.

—La división es mala: debemos tener la conciencia de clase —habló otro—, porque sólo de esta manera podremos aumentar nuestro “stock” de vida.

Llegó el agente de publicaciones con media cara cubierta por un pañuelo rojo:

—Con el calor me dolió tanto una muela que tuve que rogarle a un dentista amigo que me la sacara.

A nadie le interesaron el sucedido ni su explicación, y el agente se quedó tranquilo y la charla se generalizó, en un ambiente pesado de vapores alcohólicos, humo de cigarros, respiración y fetidez humanas.

—Ahora no podrán negarme —dijo envalentonado el agente de publicaciones— que gracias a Cárdenas la manifestación de los reaccionarios se verificó sin derramamiento de sangre. Una palabra suya bastó para detener a las jaurías.

—¿Tú dices las jaurías, hermano?

Pedroza bailó de risa y le hicieron coro a sus carcajadas los de su mismo partido.

—¡Qué chiste! —observó Emmita muy seria, en la puerta de la cocina con el choclo viudo en la mano—, con un garrote y un taco de frijoles yo habría hecho lo mismo —y como todos hablaban sin hacerle caso, agregó—: Mientras ustedes averiguan, voy con Bartolo a ver si con él aparece mi otro zapato.

Y salió mirando la desolación de sus medias como telares y sus viejos choclos de tacones retorcidos y cuero muy arrugado.

## MANUEL MAPLES ARCE (1900-1981)

Hijo del abogado Manuel Maples y Adela Arce, Manuel Maples Arce inaugura el siglo xx en la ciudad de Papantla, Veracruz, el 1 de mayo de 1900. En 1915, ante la crisis revolucionaria en el país, interrumpe sus estudios y ayuda a su padre en su despacho. Publica algunas prosas en la revista *El Estudiante*.

Para llevar a cabo su estrategia, Maples Arce se vale del medio más socorrido por los artistas de vanguardia: el manifiesto. Inspirado en las ideas de los futuristas italianos y los ultraístas españoles, declara guerra sin cuartel al arte anterior a él. Emulando la actitud belicosa y descalificadora de sus colegas en otras partes del mundo, redacta un texto integrado por 14 cláusulas, la palabra ÉXITO con grandes caracteres y una fotografía del autor, elegantemente ataviado: el dandi de los años veinte no era el bohemio trasnochado, sino el que volvía a predicar con el ejemplo, que el trabajo del poeta era tan respetable y más importante que cualquier otro. Tras imprimir el manifiesto en la Escuela para Huérfanos, lo pega en muros del barrio universitario. Con esa acción entra en la historia de la literatura. El término que dará nombre al movimiento aparece ya entonces: *Actual. Hoja de Vanguardia. Comprimido Estridentista de Manuel Maples Arce*.

Para rubricar lo expresado en el manifiesto, al año siguiente publica su primer libro plenamente original, *Andamios interiores: poemas radiográficos* (1922). Como advierte Luis Mario Schneider, se trata de

“el primer libro de vanguardia escrito por un mexicano y publicado en México”. Lo integran sólo 10 poemas, y aunque no es del todo cierta la afirmación de List Arzubide en el sentido de que a partir de entonces se desvelaron los académicos de la lengua, el libro sí provocó juicios encontrados. Carlos González Peña se preguntaba si se trataba de un manual de construcción.

Del conjunto de reseñas y entrevistas aparecido a raíz de la publicación de *Andamios interiores*, unas abiertamente hostiles, otras injustificadamente hiperbólicas, la de Rafael Heliodoro Valle es de una gran precisión: “*Andamios interiores* viene a perturbar el sueño a muchas personas y a mostrarnos a un hombre que tiene la valentía de lanzar un alarido en plena quietud circundante”. Medio siglo después Rubén Bonifaz Nuño reforzará el juicio al decir que los libros de Maples Arce “fueron bastantes a remover la literatura mexicana, y a crearle elementos que todavía la sostienen y la alimentan [...] Aquel deseo suyo de hacer recordar a gritos, a sacudidas, a palos, si fuera preciso, a quienes veía durmiendo en su falta de espíritu y de visión del presente y el futuro, se realizó, pues, a fin de cuentas”.

El 1 de mayo de 1927, en su calidad de secretario de Gobierno, Maples Arce pronuncia en la Cámara del Trabajo de Xalapa el discurso conmemorativo del día del trabajo. En 1929 aparece *Metrópolis* en traducción de John Dos Passos bajo el sello editorial de T. S. Book Company de Nueva York. La edición es sobria y elegante, con un grabado de la ciudad estridentista. El principio de la “Canción desde un aeroplano”, que abre sus *Poemas interdictos*, resume el equilibrio entre la aventura y el orden, la vela y el ancla, la contemplación y la errancia, opuestos complementarios a los que apostó su vida:

Estoy a la intemperie  
de todas las estéticas;  
operador siniestro  
de los grandes sistemas,  
tengo las manos  
llenas  
de azules continentes.

*SOBERANA JUVENTUD*<sup>1</sup>  
(FRAGMENTO)

XII

Volvió a empañarse la fortuna de mi padre y hubo que vender la grata casa de la calle de Guanajuato, lo que nos obligó a regresar al México viejo. Alquilamos los altos de una vivienda en la calle de Nicaragua. Al principio sentí dejar nuestra casa, extrañé su comodidad y holgura, especialmente a causa de mi madre y mis hermanas; pero pronto se desvaneció mi contrariedad.

Continué mis estudios de Derecho sin abandonar mis actividades literarias. Entré en relación con jóvenes estudiantes de la Preparatoria y de diferentes Facultades, que tenían también inquietudes literarias. Unas veces, porque me llevaran un libro a mi casa o porque nos encontráramos en algún café u otros sitios del barrio, me veía ocasionalmente con ellos. Así conocí a Salvador Azuela que conquistaba fama de orador, al igual que Alejandro Gómez Arias, su émulo en la tribuna; a Andrés Henestrosa, que traía la sorpresa de los elementos indígenas de su raza rebelde en su libro primaveral *Los hombres que dispersó la danza*; a Salvador Toscano, cuya juvenil seriedad ahondaba ya en el misterio de la plástica mexicana; a Renato Leduc, cuyas sátiras eran leídas a hurtadillas en papeles que pasaban de mano en mano, y al críticón Garizurieta, que tenía siempre una respuesta graciosa y certera en que se reflejaba la condición psicológica de la vida mexicana. Él fue el que dijo: “Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error...”

No abundaban los cafés en México. Sobresalían el Café de Tacuba, El Principal y La Flor de México. Los otros eran cafetillos de chinos a los que también acudíamos en las ocasiones más precarias. Pero inopinadamente descubrimos en el centro, cercano a la Cámara de Diputados, en la calle de Bolívar, un café pintado de azul claro que tenía el bonito nombre de Las Olas Altas. Allí comenzamos una nueva tertulia aun cuando éramos casi los mismos de siempre.

<sup>1</sup> Manuel Maples Arce, *Soberana juventud*, Madrid, Editorial Plenitud, 1967.

A esas horas ociosas de charla acudían el doctor Salvador Gallardo, que había instalado su consultorio no muy lejos, y Luis Felipe Mena, un muchacho de Campeche que tenía entusiasmo literario, gran admiración por nosotros y era nuestro mecenas. Destacaba en el lugar la buena presencia de las camareras. Una de ellas especialmente, algo pechugona, de rostro muy blanco y ojos rasgados, era la inquietud del grupo. Yo logré de ella una cita una tarde de asueto, cerca de su casa, por el arrabal de Tepito, donde vivía. El ambiente siniestro de aquel barrio, aquellas torcidas perspectivas, la sórdida silueta de los pasantes y un no sé qué de opresión funesta que parecía acercarlo a uno a la tragedia, me hicieron despedirme de ella lo más galante y lo más pronto que pude, huyendo de aquel oscurecer en que se presentía la pesadilla y la cuchillada.

Había en el café otra camarera a la que denominaban *la Aperital*. Tal sobrenombre nos extrañaba e inclusive nos invitaba a desentrañar el misterio del mote, hasta que una tarde en que llegó por el café el pintor Fernando Leal lo vimos saludarla como viejos amigos. Le pedimos que nos explicara el misterio del nombre, y nos dijo, no sin cierta reserva, que de la misma manera que el aperitivo es estimulante para antes de comer, aquella chica era estimulante para antes del placer. Lo que nos hizo verla desde entonces en una discreta lejanía.

Las Olas Altas respondía a nuestra necesidad de expansión y conversación, pero el café se cerró, no sé por qué razones. Al poco tiempo se inauguró otro en la misma calle, El Tupinamba, y hacia él emigramos, aun cuando no pudimos adaptarnos a aquel ambiente de toreros y gente flamenca.

Por incitaciones de algunos amigos, acudía una que otra vez a los teatros de revistas políticas, en las que no faltaba la presencia de personajes que rivalizaban en homenajes y obsequios a las primeras tiples. Nunca me entusiasmaron estos espectáculos, más bien los veía despectivamente, pero no podía ignorarlos, pues formaban parte de la vida mexicana. La frivolidad elegante de las operetas, en las que reinaba Esperanza Iris, me atraía algo más, pero tampoco me satisfacía. Mientras que el teatro dramático y poético me apasionaba, aunque no alcanzaba sino menguadas representaciones, y tenía que conformarme con leerlo yo mismo, a veces en voz alta, para sentir mejor los personajes.

Generalmente, las piezas que se representaban correspondían, haciendo parodia, a obras serias. Lupe Rivas Cacho, que tenía un tipo muy mexicano y una gracia desprendida y vivaz, noche tras noche atraía al público con sus traviosos desplantes. Una vez caricaturizó a la Paulova, convirtiendo “La muerte del cisne” en “La muerte del zopilote”. La pieza atractiva de Celia Montalván, quien estaba en todo el esplendor de su belleza, era “Mi querido capitán”, que en aquellos días de gente de uniforme ponía una nota de actualidad que embobaba al público. A veces llegábamos varios redactores de *El Universal Ilustrado* a su camerino, reía con nuestras bromas y a mí me llamaba su ahijado, llevando el juego a nuestras alegres intrusiones. Las obras abundaban en crítica social y política, y, a veces, el gracejo, que hería cáusticamente, en medio del gran alboroto y risas del público, era objeto de reprimenda y multa correccional. Los minutos preparatorios a los sangrientos puyazos de los actores en contra de las personalidades gubernamentales eran saboreados con alegría, a sabiendas de que vendrían las sanciones; la concurrencia los incitaba, ofreciendo inclusive el pago de la multa; y todo este rejuego formaba parte de la función. En los teatros de barriada, el alboroto tomaba a veces máximas proporciones y se cambiaban, entre el proscenio y la galería, palabras chispeantes y a veces de grueso calibre, que zumbaban como proyectiles. Era esto la gloria del espectáculo.

En aquellos días había una manifiesta aversión pública contra los afeminados (“jotos”, en una de sus tantas acepciones mexicanas), y se les satirizaba alegremente en los escenarios. Uno de los más graciosos cómicos, Joaquín Pardavé, quien compartía con el *Panzón* Soto la popularidad de la sátira, representaba un *sketch* que recogía nutridos aplausos. Aparecía un tren que conducía, rumbo al penal de las Islas Marías, una cuerda de presos que comprendía, entre rateros y otros maleantes, algunos afeminados. Al detenerse el tren en lo que se suponía una estación, Pardavé sacaba la cabeza por la ventanilla y con voz potente y varonil decía, dirigiéndose al público: “A mí me llevan por ladrón.” Orgulloso de distinguirse del resto de la ronda, insistía. “A mí me llevan por ladrón.” Pero ya en el siguiente cuadro clamaba con aflautada voz: “A mí me llevan por ladrón, pero por ladrón de corazones.” Lo que obligaba al jefe de la escolta a preguntarle: “Oiga, amigo,

¿y ese cambio a qué se debe?” Pardavé entonces respondía, sosteniendo su segundo papel: “Me dormí al pasar el túnel”, lo que incontinentemente hacía estallar la carcajada, feliz el público con la burla a los “maricones”.

Con frecuencia me visitaba un muchacho suizo que se ganaba la vida de un modo absurdo, ora vendiendo extraños artículos de ferretería, trabajando como actor en el Teatro Mexicano del Murciélago, inspirado en el teatro de la Chauve-Souris de París, y otras, buscando “ídolos” en las “pirámides”; no acertaba, ni por casualidad, con los acentos, lo que daba a su conversación un aire pintoresco y divertido, que imitaba burlescamente mi hermana Matilde. Se llamaba Gastón Dinner. No sé cómo lo conocí. Simpatizaba con el Movimiento por haber vivido en Zurich durante la primera guerra mundial, donde presencié la explosión de los “dadaístas” y conoció sus negaciones, sus juegos de ingenio y sus fantasías. Después de la merienda me acompañaba en mis paseos, que bajo las luces de la calle y la música de los organillos adquirían una dimensión imaginaria. Versaban nuestras pláticas sobre temas literarios, pero a veces yo provocaba conversaciones en las que aparecían los lagos y ciudades de su país. ¡Pero qué lejos e imposibles estaban esas maravillas! La bulla del arrabal se metía en nuestra voz, despedazaba el ritmo de nuestras ideas, y la calle, triste y destartalada, me producía, por momentos, una aprehensión vaga y sombría.

No obstante mi pobreza, yo iba y venía por aquel barrio con cierto brío, conformándome a las posibilidades de nuestro vivir. Entraba y salía de la casa sin importarme su frialdad, ni el sol escaso que bañaba los balcones, ni la hilera de puestos de frutas, verduras y dulces que se alineaban en la acera. Yo subía prestamente la escalera de piedra con barandal de hierro que se ramificaba en el rellano, un tramo hacia nuestra vivienda y otro hacia la de mi vecina, una muchacha rubia, espigada, a la que yo dedicaba asiduas miradas que ella desdeñaba, prefiriendo aporrear el piano, jugar con los pájaros que alborotaban en una gran pajarera y aceptar los requiebros de un galán picotero.

El despecho me hizo buscar desquite con una morena de opulentos senos y tibias carnes, que abrazaba bajo el brillo de la luna, o mejor aún, en la oscuridad de las desiertas mamposterías de la azotea, tembloroso y febril.

La vida del México de aquellos años se encontraba tensa de dificultades y de potenciales estallidos militares. Después de cada elección presidencial sólo había una pausa, relativamente breve, de tranquilidad pública, y volvían otra vez a agitarse los círculos políticos y los elementos militares a pretender conquistar el Poder. Esto daba origen a horas de inquietud, de agitación parlamentaria y de violencia armada. De esta suerte, reinaba siempre un estado de angustia que impresionaba a todos los espíritus y que no dejaba de tener resonancias psicológicas en la vida de los jóvenes.

En momentos de atracción política iba a la Cámara de Diputados a escuchar los discursos, que el fuego de las pasiones enardecía. Las divisiones motivadas por la sucesión presidencial se acentuaban cada día y presagiaban trágicos acontecimientos. Una noche en que asistía a la sesión junto con mi paisano, el coronel Juan Zumaya, se produjo un violento altercado entre los diputados y salieron en un instante a relucir las pistolas. Antes de que pudiéramos posesionarnos de la situación, ya habían comenzado los disparos en forma tan nutrida, que pronto quedaron muertos en sus sillones curules dos de los congresistas y otros heridos, mientras continuaba el tiroteo y se dispersaban los contendientes. Yo salí por el pasillo central de la galería para refugiarme en el corredor de la azotea, por donde apareció un grupo de diputados con las pistolas desfundadas, en tanto que el otro grupo salía por la escalera opuesta. El desconcierto fue enorme. Cuando cesó el tumulto descendí al vestíbulo que llenaban curiosos, ávidos de saber qué había acontecido. Todavía permanecí un rato en compañía de Zumaya y de otros coterráneos, lamentando que este acto sangriento tuviera lugar precisamente en el recinto parlamentario, lo que agravaba el escándalo, haciéndolo más reprobable.

Después me encaminé a pie hasta mi casa, pensando con amargura en el fracaso político de nuestra democracia y en la violencia que dominaba nuestras instituciones. Al llegar me encontré conversando con mi padre al entonces capitán Alberto Bello Santana, y les relaté el sangriento suceso.

Mi madre, que siempre había manifestado repulsión por la política, al enterarse del peligro que había corrido, me amonestó para que no volviera a esas asambleas, donde la intolerancia irrumpe con sus odios y culmina en la muerte.

Las divisiones de la Cámara eran reflejos de las diferencias políticas y del desacuerdo entre los jefes del Ejército para escoger el candidato presidencial. Con el tiempo ahondábanse éstas cada vez más.

Corrían rumores de inminentes pronunciamientos. Se hacía el recuento de fuerzas de ambos bandos. Más que en los periódicos, en los corrillos callejeros se barajaban nombres y noticias. Cada cual aseguraba estar enterado y aventuraba pronósticos. Así pasaron algunos días, y de pronto estalló la rebelión encabezada por don Adolfo de la Huerta, secretario de Hacienda, y secundada por muchos de los jefes de operaciones militares y gobernadores de los estados. Esto produjo gran expectación en la capital. El acontecimiento no dejó de causarme cierto estremecimiento, pues los bandazos de la política suelen alcanzar a los más desprevenidos, y ya en otra ocasión yo había sufrido sus consecuencias. El Gobierno presidido por el general Obregón reaccionó enérgicamente contra la amenaza y golpeó implacable a sus enemigos. La lucha fue verdaderamente sangrienta. En ella perdieron la vida connotados generales y civiles que se habían distinguido en la Revolución. Yo seguía los acontecimientos en los diarios y con amigos de las más diversas orientaciones, y sentía la trágica realidad de nuestra historia. No faltaban, en medio de la borrasca, lances audaces, hechos heroicos que se comentaban apasionadamente. Brillaban las hazañas de Samuel Cabazos, quien en el estado de Hidalgo movía a sus tropas con sorprendente rapidez, emulando las correrías de Pancho Villa. Conmovía el infortunio del general Lázaro Cárdenas, herido en empresa temeraria, ordenada para distraer al enemigo, y la noble actitud del General Enrique Estrada, rodeándolo de cuidados para salvarlo de la muerte. Otros trances daban pábulo también a la conversación y al comentario vehemente; a veces el reto ante la muerte tenía una arrogancia trágica, como cuando Rubén Basáñez Rocha, después de fumarse despaciosamente un puro, con la ceniza se trazó un círculo en el pecho y les dijo a los ejecutores: “Vayan a contarle a Obregón cómo muere un hombre...”

Un primero de mayo, por la tarde, regresaba de Mixcoac a pie, pues no había servicio de transportes, totalmente paralizados por la manifestación obrera. El viento arremolinaba el polvo de las barriadas y grupos proletarios regresaban cargando sus pancartas y calicós con

lemas reivindicadores y banderas rojas y negras. Oleadas de obreros vestidos de mezclilla se sucedían constantemente y se escuchaban vítores a sus líderes y confederaciones. No obstante la fatiga de la caminata, me interesaba ese movimiento de masas humanas. Sentía la impresión de lo que estaba pasando y la fiesta de los trabajadores llegaba como una apoteosis hasta mi corazón. Me parecía bello aquel desfile interminable bajo el sol deslustrado de la tarde. Mi espíritu, lleno de las inquietudes del instante, me sugería esas resonancias. Así, me fui pensando y soñando a través de la ciudad, integrado a la marcha gloriosa de los obreros. Las disensiones sindicales, las agitaciones políticas y las amenazas de la guerra civil se cernían sobre nuestros destinos. En la Cámara de Diputados, la razón de los discursos se trocaba sorpresivamente en un relámpago de pistolas. Los entorpecedores del progreso de México fanatizaban a grupos de militares y políticos para adueñarse del poder, los obreros desfilaban en manifestaciones de alerta, y, por mi parte, miraba estos espectáculos y reflexionaba sobre las circunstancias y responsabilidades de los hombres que podrían influir en los destinos nacionales. Cuando llegué a mi casa, bajo las fuerzas estimulantes, me puse a escribir un canto en que latía la esperanza y la desesperación. Vi más claramente la necesidad de dar una intención estética a la Revolución, y en *Vrbe* junté mi emoción íntima y el clamor del pueblo. Todos estos elementos, acompañados de mis reacciones emotivas, constituían el cuerpo vivo del poema. Los sentimientos que lo animaban, la audacia de las imágenes y la novedad de la expresión literaria eran la revelación de un hondo sentido de la existencia, de sus trances y de sus culminaciones. Si se advierten en él ciertos contrastes, débense a circunstancias amargas que aniquilaban la alegría. No son extrañas, por lo mismo, las aproximaciones violentas entre el ceno y la albura:

Entre los matorrales del silencio  
 la oscuridad lame la sangre del crepúsculo.  
 Las estrellas caídas  
 son pájaros muertos  
 en el agua sin sueño  
 del espejo.

Las artillerías  
sonoras del Atlántico  
se apagaron  
al fin  
en la distancia.

Sobre la arboladura del otoño,  
sopla un viento nocturno:  
es el viento de Rusia,  
de las grandes tragedias,

Y el jardín  
amarillo  
se va a pique en la sombra.  
Súbito, su recuerdo,  
chisporrotea en los interiores apagados.

Sus palabras de oro  
criban en mi memoria.

Los ríos de blusas azules  
desbordan las esclusas de las fábricas  
y los árboles agitadores  
manotean sus discursos en la acera.

Los huelguistas se arrojan  
pedradas y denuestos,  
y la vida es una tumultuosa  
conversión hacia la izquierda.

Al margen de la almohada,  
la noche es un despeñadero;  
y el insomnio  
se ha quedado escarbando en mi cerebro.

¿De quién son esas voces  
que sobrenadan en la sombra?

Y estos trenes que aúllan  
hacia los horizontes devastados.

Los soldados  
dormirán esta noche en el infierno.

¡Dios mío!

Y de todo este desastre  
solo unos cuantos pedazos  
blancos  
de su recuerdo  
se me han quedado entre las manos.

En medio de mis preocupaciones sufrí los desgarramientos de nuestra vida civil, y sus hondas vibraciones repercutieron en mi emoción. Así era la vida mexicana, y, en mi juventud, yo me sentía su profeta.

VRBE  
SÚPER-POEMA BOLCHEVIQUE EN 5 CANTOS<sup>2</sup>  
1924

A los obreros de México

I

He aquí mi poema  
brutal  
y multánime  
a la nueva ciudad.

Oh ciudad toda tensa  
de cables y de esfuerzos,  
sonora toda  
de motores y de alas.

Explosión simultánea  
de las nuevas teorías,  
un poco más allá

<sup>2</sup> Manuel Maples Arce, *Vrbe. Super-poema bolchevique en 5 cantos*, México, Andrés Botas e hijo, 1924.

En el plano espacial

de Whitman y de Turner  
y un poco más acá  
de Maples Arce.

Los pulmones de Rusia  
soplan hacia nosotros  
el viento de la revolución social.  
Los asalta braguetas literarios  
nada comprenderán  
de esta nueva belleza  
sudorosa del siglo,

y las lunas  
maduras  
que cayeron,  
son esta podredumbre  
que nos llega  
de las atarjeas intelectuales.

He aquí mi poema:

Oh ciudad fuerte  
y múltiple,  
hecha toda de hierro y de acero.

Los muelles. Las dársenas.  
Las grúas.

*Y la fiebre sexual  
de las fábricas.*

Vrbe:  
Escoltas de tranvías  
que recorren las calles subversistas.  
Los escaparates asaltan las aceras,  
y el sol, saquea las avenidas.  
Al margen de los días  
tarifados de postes telefónicos

desfilan paisajes momentáneos  
por sistemas de tubos ascensores.

Súbitamente,  
oh el fogonazo  
verde de sus ojos.  
Bajo las persianas ingenuas de la hora  
pasan los batallones rojos.  
El romanticismo caníbal de la música yanke  
ha ido haciendo sus nidos en los mástiles.  
Oh ciudad internacional,  
¿hacia qué remoto meridiano  
cortó aquel trasatlántico?  
Yo siento que se aleja todo.  
Los crepúsculos ajados  
flotan entre la mampostería del panorama.  
Trenes espectrales que van  
hacia allá  
lejos, jadeantes de civilizaciones.

La multitud desencajada  
chapotea musicalmente en las calles.

Y ahora, los burgueses ladrones, se echarán a temblar  
por los caudales  
que robaron al pueblo,  
pero alguien ocultó bajo sus sueños  
el pentagrama espiritual del explosivo.

He aquí mi poema:

*Gallardetes de burras al viento,*  
cabelleras incendiadas  
y mañanas cautivas en los ojos.

Oh ciudad  
musical  
hecha toda de ritmos mecánicos.

Mañana, quizás,  
sólo la lumbre viva de mis versos  
alumbrará los horizontes humillados.

II

Esta nueva profundidad del panorama  
es una proyección hacia los espejismos interiores

La muchedumbre sonora  
hoy rebasa las plazas comunales  
y los hurras triunfales  
del obregonismo  
reverberan al sol de las fachadas.

Oh muchacha romántica  
flamarazo de oro.

Tal vez entre mis manos  
sólo quedaron los momentos vivos.

Los paisajes vestidos de amarillo  
se durmieron detrás de los cristales,  
y la ciudad, arrebatada,  
se ha quedado temblando en los cordajes.  
Los aplausos son aquella muralla.

—¡Dios mío!

—No temas, es la ola romántica de las multitudes.  
Después, sobre los desbordes del silencio,  
la noche tarahumara irá creciendo.

Apaga tus vidrieras.

Entre la maquinaria del insomnio  
la lujuria, son millones de ojos  
que se untan en la carne.

Un pájaro de acero  
ha emporado su norte hacia una estrella.

El puerto:

lejanías incendiadas,  
el humo de las fábricas.  
Sobre los tendedores de la música  
se asolea su recuerdo.

Un adiós trasatlántico saltó desde la borda.

Los motores cantan  
sobre el panorama muerto.

III

La tarde, acribillada de ventanas  
flota sobre los hilos del teléfono,  
y entre los atravesañes  
inversos de la hora  
se cuelgan los adioses de las máquinas.

Su juventud maravillosa  
estalló una mañana  
entre mis dedos,  
y en el agua, vacía,  
de los espejos,  
nafragaron los rostros olvidados.

Oh la pobre ciudad sindicalista  
andamiada  
de hurras y de gritos.

Los obreros,  
son rojos  
y amarillos.

Hay un florecimiento de pistolas  
después del trampolín de los discursos,

y mientras los pulmones  
del viento,  
se supuran,  
perdida en los oscuros pasillos de la música  
alguna novia blanca  
se deshoja.

IV

Entre los matorrales del silencio  
la obscuridad lame la sangre del crepúsculo.  
Las estrellas caídas,  
son pájaros muertos  
en el agua sin sueño  
del espejo.

Y las artillerías  
sonoras del atlántico  
se apagaron,  
al fin,  
en la distancia.

Sobre la arboladura del otoño,  
sopla un viento nocturno:  
es el viento de Rusia,  
de las grandes tragedias,

y el jardín,  
amarillo,  
se va a pique en la sombra.  
Súbito, su recuerdo,  
chisporrotea en los interiores apagados.

Sus palabras de oro  
criban en mi memoria.

Los ríos de blusas azules  
desbordan las esclusas de las fábricas,

y los árboles agitadores  
manotean sus discursos en la acera.  
Los huelguistas se arrojan  
pedradas y denuestos,  
y la vida, es una tumultuosa  
conversión hacia la izquierda.

Al margen de la almohada,  
la noche, es un despeñadero;  
y el insomnio,  
se ha quedado escarbado en mi cerebro.

¿De quién son esas voces  
que sobrenadan en la sombra?

Y estos trenes que aúllan  
hacia los horizontes devastados

Los soldados  
dormirán esta noche en el infierno

Dios mío,  
y de todo este desastre  
sólo unos cuantos pedazos  
blancos,  
de su recuerdo,  
se me han quedado entre las manos.

V

Las hordas salvajes de la noche  
se echaron sobre la ciudad amedrentada.

La bahía  
floreceda,  
de mástiles y lunas,  
se derrama  
sobre la partitura

ingenua de sus manos,  
y el grito, lejano  
de un vapor,  
hacia los mares nórdicos:

Adiós  
al continente naufragado.

Entre los hilos de su nombre  
se quedaron las plumas de los pájaros.

Pobre Celia María Dolores;  
el panorama está dentro de nosotros.  
Bajo los hachazos del silencio  
las arquitecturas de hierro se devastan.  
Hay oleadas de sangre y nubarrones de odio.

Desolación.

Los discursos marihuanos  
de los diputados  
salpicaron de mierda su recuerdo,

pero,  
sobre las multitudes de mi alma  
se ha despeñado su ternura.

Ocotlán  
allá lejos.

Voces

Los impactos picotean sobre  
las trincheras.

La lujuria, apedreó toda la noche,  
los balcones a oscuras de una virginidad.

La metralla  
hace saltar pedazos de silencio.

Las calles,  
sonoras y desiertas,  
son ríos de sombra  
que van a dar al mar,  
y el cielo, deshilachado,  
es la nueva  
bandera,  
que flamea,  
sobra la ciudad.





## GERMÁN LIST ARZUBIDE (1898-1998)

**E**l año de 1898, cuando Germán List Arzubide viene al mundo, Alemania comienza a construir una poderosa flota de guerra bajo la dirección del almirante Tirpitz; estalla la guerra entre España y Estados Unidos, y Cuba obtiene la independencia política por la que tres años atrás había ofrendado la vida un poeta llamado José Martí; los esposos Pedro y María Curie descubren el radio. En México, se inaugura el alumbrado eléctrico instalado por la compañía alemana Siemens y Hanke; en Apizaco, Puebla, estado natal de List Arzubide, tiene lugar una huelga obrera, anticipo de los numerosos levantamientos que culminarán en una revolución. El niño de 12 años, que ese 18 de noviembre de 1910 es Germán List Arzubide, atestigua desde una azotea la defensa de los hermanos Serdán.

Los pintores, tan cercanos a él y a su movimiento, han hecho las más diversas interpretaciones sobre su rostro: gozoso, esperpéntico y estridentista, en la máscara modelada por su tocayo Germán Cueto; misterioso en el retrato de Ramón Alva de la Canal; meditabundo y profético en el excelente apunte realizado por Jean Charlot.

El estridentismo fue una aventura planeada con estrategia, más cercana al arte de la guerra. Soldado carrancista en su muy temprana juventud, List Arzubide jamás abandonó este sentido de enfrentamiento, pero siempre se mantuvo fiel al combate que admite la respuesta, a la galantería propia de los grandes guerreros. El México en que crecen, se

conocen, aman y escriben los poetas nacidos en los albores del siglo xx ofrece terrenos por cultivar, pero también se puebla de señuelos seductores. List Arzubide y los estridentistas eligieron el difícil camino de la congruencia. Consciente de que a su juventud se le concedía el privilegio de vivir una era de México y del mundo cuando todo estaba por definir, donde el horizonte se extendía adánico e inédito, quisieron vivir el peligro de estar en la vanguardia, de abrir camino aunque eso significara enfrentar la autoridad intelectual de una tradición apoltronada en un asiento pagado por el presupuesto. Por eso eligieron el camino agresivo de los manifiestos, colocándolos en los muros de la urbe, al igual que los carteles de los toreros o los anuncios cinematográficos. Por eso tomaron un espacio que de llamarse tímidamente Café Europa fue bautizado como El Café de Nadie (1926), para demostrar que el arte es un oasis que a todos pertenece, pero cuyo acceso demanda un proceso iniciático: por eso subieron al lomo del cerro de la Bufa en Zacatecas para proclamar a voz en cuello que Ramón López Velarde era un poeta estridentista; por eso se trasladaron a Xalapa, para construir la Estridentópolis que, como todas las ciudades eternas, vive en la imaginación del héroe que la funda y la conserva. ¿Cómo mantenerse de pie ante los embates de una sociedad gazmoña que inmediatamente respondió a la violencia estridentista? Mediante la fe incondicional en los principios sincréticos del movimiento.

Para que a los actos de su grupo no se los llevara el viento, List Arzubide se apresuró a escribir *El movimiento estridentista* (1926), que en los anales de nuestra historia literaria es una obra singular. En sí un objeto estridentista. Ilustrado con las imágenes impactantes y cinéticas de Ramón de Alva de la Canal, Jean Charlot, Tina Modotti y Fermín Revueltas, el libro renuncia a la memoria recogida en la meditación de la madurez y apuesta por la crónica vertiginosa de los acontecimientos. En el ámbito salvaje de los hombres de letras, donde todos se matan por ser el Rey de la Selva, el libro de List es un ejemplo de amistad y afirmación de fe para con el estridentismo; Maples Arce es Dios, Germán List es su profeta. Virtud suficiente sería que el segundo defendiera ciega y amorosamente al amigo, mas no se limita a la loa superficial ni al halago inmediato, sino a demostrar con hechos la modificación que el estridentismo provocaba en las costumbres, en la forma de concebir

a la mujer, en el culto por la imagen autónoma y su vinculación con los lenguajes de la pintura. La conferencia de List Arzubide titulada “El movimiento estridentista” es el texto más completo para comprender la búsqueda poética de su grupo, su manera de concebir la metáfora y su teoría de equivalencia poética, que volvía a poner el énfasis en la fuerza de la imagen, su actuación como fundamento del poema.

TROKA EL PODEROSO<sup>1</sup>

*Troka el Poderoso Habla*

Los niños saben ya quién es TROKA,  
su amigo.

¿Quién los lleva por la ciudad?

Un gran camión:

es TROKA.

¿Y de México a San Luis Potosí?

La locomotora:

es TROKA.

Los niños saben que se puede cruzar el océano en un hermoso barco de vapor:

es TROKA.

TROKA puede volar convertido en aeroplano,

en dirigible;

puede bajar al fondo de los mares y ser el

submarino;

atravesar las montañas abriendo túneles,

trepar por los elevadores en los edificios gigantes.

En los puertos

sus grandes brazos mecánicos

son las grúas.

En las ciudades

se levanta dominador,

<sup>1</sup> Germán List Arzubide, *Troka el poderoso. Cuentos infantiles*, México, Ediciones Integrales (Biblioteca del Maestro), 1939.

con las chimeneas.

TROKA puede traer la luna hasta nuestra tierra  
y enseñar sus canales, sus volcanes muertos:  
es el telescopio.

Su voz, dominando las distancias,  
salvando todos los obstáculos,  
nos llega desde muy lejos:  
es el radio.

En las noches,

sobre las pantallas,  
nos da el gesto, el ademán y la voz de artistas lejanos:

TROKA es el cinematógrafo,  
es el espíritu  
de las cosas mecánicas,

de lo que el hombre ha inventado,  
ha creado,  
con su inteligencia,  
con su esfuerzo.

El hombre, piensa

crea,  
elabora  
construye

hace  
máquinas.

TROKA  
el  
Poderoso

*Primera Aparición de Troka el Poderoso*

TROKA el Poderoso habla: —Oíd mi sonoro canto que asciende por mi garganta de cristal y se amplía en el magnavoz de mi boca. Soy “TROKA el Poderoso”. El espíritu del metal y de la electricidad. ¡Qué grande, qué fuerte, qué resistente soy! Formado estoy de duros planos pulidos y brillantes. De aluminio son mis piezas internas que me dan agilidad, ligereza; sobre balas de acero giran mis articulaciones. Mi estructura es de hierro y en su interior zumba como un corazón, el motor eléctrico que me alimenta. Tengo como los hombres una cabeza; únicamente que la mía es de bronce, y en ella encierro un cerebro hecho todo de aparatos electromagnéticos; de este cerebro salen y se distribuyen mis nervios,

hilos metálicos que corren a través del mundo y transmiten las órdenes para que actúen los hombres. En las noches, como pequeños soles, protegidos por convexos cristales, torrentes de luz alumbran los caminos, incendian las ciudades: son los ojos ultrahumanos de “TROKA el Poderoso”. Y tengo un canto, el canto industrial del mundo, que el fono-radio, voz gigante, transforma en un himno. Escuchadle: desde él se elevan los gritos de las sirenas que llaman a los hombres a su trabajo en las fábricas y dicen adiós a la tierra en la partida de los barcos que unen los continentes. Lleva el alarido de las locomotoras que cortan los panoramas campesinos. Escuchad el rumor solemne de los motores y el jadear impaciente de las máquinas que llenan los talleres. Esos clamores, son los de las vastas multitudes de las grandes ciudades; sobre ellos arrojan sus aullidos feroces los claxon agresivos, las campanas de los trenes eléctricos. Yo soy el genio mecánico que nació de todos esos ruidos, de todos esos impulsos, de todos los afanes de este tiempo.



Soy, cuando me detengo, la rígida y levantada majestad de las chimeneas; cuando camino, el veloz automóvil, la forzuda locomotora, el barco que domina los mares. Las torres inalámbricas elevadas al cielo, son como brazos míos que recogen el rayo de la tormenta y la onda lejana. Las grúas son mis músculos de acero. La rígida estructura de las calderas, semeja el torso de un gigante y puede ser mi cuerpo y las cajas de los automóviles con sus aristas bruñidas, al frente los redondos faros de mis ojos que traspasan la sombra y los salientes labios del magnavoz, hacen pensar en las cajas que encierran los magnetos. Mi estructura es mecánica para que resista la vida actual violenta, ruda, cambiante y siempre en movimiento. Estoy construido por todos los hombres utilizando todos los elementos; soy la síntesis del genio universal. Los herreros con sus martillos que despiertan la aurora; con sus fraguas que chisporrotean en las noches y arrojan las estrellas; los mecánicos que vigilan los organismos de acero; los paileros que remachan la altura de los edificios en las armazones metálicas; los albañiles que les dan cuerpo de cemento; los electricistas que despiertan las noches; los mineros que arrancan a la tierra su fuerza para entregarla a la industria; los fundidores que en los altos hornos cuajan el rojo fulgor de los

bloques de hierro; los laminadores que estiran y extienden esos bloques de hierro; los ingenieros que transforman cables y láminas en puentes audaces; los sabios que en sus laboratorios arrebatan cada día una nueva fuerza a la Naturaleza; los hombres negros que recogen la sangre de los árboles del caucho en las selvas del Amazonas; los hombres blancos que cortan la madera en el Canadá; los hombres amarillos que siembran el arroz en las llanuras de China; los ingleses, los argentinos, los siberianos, los turcos; todos los hombres de todas las razas, de todos los mundos, de todos los climas, están en mí. Soy el radio que cruza los mares y suena en todas las latitudes; el mensaje eléctrico que nos cuenta lo que hacen los hombres del mundo; la voz del tiempo; el clamor universal; el grito humano. Yo levanté los edificios, que horadan las nubes; los túneles que atraviesan los mares. Soy el que sale de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los laboratorios. Todo está en mí, y ya sabréis al conocer mi historia, cómo me levanté por el esfuerzo de los hombres, mis hermanos. Soy “TROKA el Poderoso”.

*Segunda Aparición de Troka el Poderoso*

Esta mañana han venido hasta la Estación de Radio que me sirve de domicilio, deseosos de conocerme, Anselmo y Raymundo, dos escolares que escucharon mi primer discurso. Siguiendo la voz del radio, los dos pequeños investigadores han hallado mi casa y su visita me ha sorprendido gratamente.

—“Venimos a verte, poderoso ‘TROKA’, ha dicho Raymundo; queremos cerciorarnos de la verdad de tu existencia, queremos ver cómo funcionas”.

Y han trepado por las escaleras metálicas que suben por mis piernas, hasta el balcón que rodea mi cuerpo alto como una torre.

Después han llegado a mi cabeza por donde asoma la bocina de mi boca.

Han examinado los faros que me sirven de ojos; y audazmente, han penetrado por mis oídos hasta mi cerebro.

A la salida, Anselmo me ha dicho:

—“Queremos ver tus ojos en la sombra, cuando los enciendes; serán seguramente como el faro que vi la noche que llegué a Veracruz, y cuya

luz, muy fuerte, penetra profundamente en la obscuridad del mar. Sus convexos cristales hacen pensar en la fábrica gigantesca que los construyó.

¡Qué poderosos hornos habrán fundido el vidrio que luego sale en rojos chorros hacia los moldes o es tomado en pequeñas partículas por los vidrieros con sus largos tubos metálicos, que soplan con fuerza para darle forma! ¡Qué hermosa es la industria del vidrio! Pero los enormes cristales de tus ojos habrán sido hechos de otra manera, fundidos en moldes muy grandes, muy grandes...! ¡Quién hubiera estado en el momento en que corrían los rojos chorros hacia esos moldes!”

Después ha hablado Raymundo:

—“Sabes, ‘TROKA’, tu cerebro es parecido a una central de teléfonos que visité hace algunos meses con los niños de mi escuela; allí se reúnen los hilos que vienen de todas partes; únicamente que, frente a los tableros de los teléfonos, unas señoritas trabajan colocando transmisiones para unir los números que solicitaban los clientes, y en tu cerebro todo se hace automáticamente.

Dicen que así son ya algunas estaciones telefónicas de los Estados Unidos y de Europa, que funcionan sin que ninguno las vigile.

¡Qué admirable es lo que hemos visto! Tu cerebro es una máquina maravillosa: quieres andar, y el motor que regula tus movimientos de las ruedas, parece que recibe una orden y la obedece desde luego; entonces eres un automóvil.

Quieres hablar y te transformas en un radio que dice tus palabras.

¡Qué bello! En tu cerebro se está como en un gran salón que estuviera adornado con maquinaria”.

Después, los dos chicos han querido visitar mi cuerpo; he abierto para ellos la pesada puerta de acero que cierra mi estómago y han penetrado a mi central eléctrica.

Aquí es donde llegan los cables que desde Necaxa, Tepuxtepec, Tepeji y Lerma, por medio de grandes torres de acero distribuidas en el campo a iguales distancias, traen la fuerza eléctrica que las caídas de agua, las cataratas, las poderosas corrientes crean por medio de colosales turbinas y que luego en las ciudades, poderosos dínamos multiplican para distribuirla al uso de los habitantes.

En estas centrales puede decirse que se almacena también en gigantescos acumuladores, igual que la almaceno en mi estómago.

Qué extraordinario es todo lo que se relaciona con la electricidad; en las noches se da vuelta a un botón y la luz se enciende brillante, deslumbradora.

Esto ya no llama la atención de los niños; pero si ustedes hubieran vivido en los días en que las gentes se alumbraban con velas de sebo, con pobres velas que había que estar despabilando en cada momento; si vivieran en esos pueblos alejados de todo progreso donde se siguen alumbrando en esa forma, entonces comprenderían lo que vale la lámpara eléctrica que da más luz que cien velas y no requiere ser cuidada.

Pues bien, mi estómago es una central eléctrica: allí llegan los alambres de diversos productores de fuerza eléctrica y yo almaceno en ella, en mis acumuladores, la que necesito para mi existencia.

Anselmo y Raymundo lo han visto y contarán a ustedes, próximamente, cómo se usa esta energía; dirán a ustedes lo que vean en su viaje por el interior de mi cuerpo, que van a seguir.

—¿Quién de ustedes quiere acompañarlos? “TROKA el Poderoso” los invita cordialmente.

*Tercera Aparición de Troka el Poderoso*

Anselmo y Raymundo, mis pequeños amigos, siguen en el interior de mi cuerpo dedicados a observar el funcionamiento de mi extraordinario mecanismo.

Después de visitar mi central eléctrica, suben hasta el segundo piso por escaleras de hierro, que dice Anselmo le recuerdan las que vio en la sala de máquinas de un gran vapor que visitó en Veracruz.

Han conocido mis pulmones, gigantescos compresores de aire que me sirven para mover las turbinas neumáticas que, a su vez, hacen girar los dínamos que multiplican la fuerza eléctrica.

Mis curiosos camaradas suben ávidos de conocer nuevas máquinas y se detienen a contemplar la enorme sirena con que anuncio mi salida de la Estación de Radio, con que llamo a mis amigos distribuidos en todos los horizontes.

—“Es, dice Raymundo asombrado, como las sirenas de las fábricas, pero mucho más grande; su grito, cuando lo oí por primera vez me recordó la marcha de los trabajadores respondiendo al llamado de los

silbatos y pensé que al poderoso rugido respondía una marcha universal de millones de hombres y mujeres, de obreros, camino de una jornada hacia una fábrica tan grande que llenaba la tierra.”

“Siempre había oído con asombro ese rumor poderoso que principiando como un leve zumbido se va adueñando del aire; pero desde que lo escucho lanzado por tu garganta, me entusiasma como si escuchara un himno al trabajo y al esfuerzo de los hombres.”

En honor de mis dos inteligentes visitantes he hecho sonar la sirena y después de un momento de silencio, al concluir el grito, el gigante clamor vuelve a repetirse devuelto por el eco, cuando ha llegado hasta los cerros próximos.

Después han querido visitar mi garganta, poderoso aparato de radio; han visto los enormes bulbos que condensan la voz recogida de todos los ámbitos del mundo y las sensibles placas donde el lejano ruido se hace audible.

—“Me siento, dice Anselmo, como un insecto metido en la caja de radio de mi casa; si las hormigas piensan, seguramente que han de hacerse las mismas reflexiones que yo me hago ahora, cuando se introducen en el para ellas extraño mundo que canta y hace música”.

Yo les he dicho: —Callad un momento, vais a escuchar ahora mismo la Música Mecánica de motores y hélices y la he hecho llegar desde la remota distancia para ellos.

—“¡TROKA, poderoso TROKA —grita Anselmo entusiasmado—, haz que se oiga nuevamente esa música extraordinaria; quisiera que la escucharan mis compañeros de escuela; es tan bella! Estoy seguro de que les habrá de gustar.”

—Lo haré con gusto —le contesto—; espera un momento, voy a orientar mis antenas hacia el norte: confío en que esté en el aire esa música... Sí; sí, aquí está, escuchémosla.

—¡Qué maravilloso es todo esto!— vuelve a exclamar Anselmo lleno de júbilo. Ahora podemos escuchar cuando nos plazca y sólo por tu poderosa voluntad, la música mejor del mundo, no importa en dónde se toque. Es suficiente con que tus antenas la recojan del aire y luego la condensen los aparatos de radio en tu garganta.

“Y pensar que hace algunos años, si se quería oír algún músico famoso, o algún cantante de voz privilegiada, era necesario viajar hasta donde él estaba, empleando para lograr esto, mucho tiempo y mucho dinero.”

“Únicamente los ricos, los ociosos, podían gozar de esa satisfacción, y ahora hasta el más pobre puede, cuando quiere, sin gasto mayor, gozar con la música de los grandes maestros, con los mejores cantantes. Te lo debemos agradecer a ti, grande y poderoso TROKA.

—Mis buenos amiguitos —les respondo agradecido— habéis visto ya mi cuerpo: habéis observado que no hay nada misterioso ni mucho menos milagroso en él, que está formado con los aparatos mecánicos y eléctricos que ya se conocen, únicamente que unidos para lograr un fin.

Habéis sido testigos de cómo funciona este cuerpo de metal hasta parecer como si lo moviera una voluntad humana; es el prodigio del genio de los hombres.

Pronto viajaremos por todo el mundo para saber cómo han hecho lo que al fin se condensa en mi cuerpo.

Iremos a visitar las minas, las fábricas, los laboratorios y las escuelas: todo lugar donde el genio del hombre, su trabajo y su acción, tienen un asiento.

Viajaremos por el aire, bajaremos al fondo del mar, y acaso, acaso, lleguemos en un viaje feliz hasta el otro mundo, hasta una de esas estrellas que en las noches nos miran con sus luces temblorosas.

Ahora, mis pequeños amigos, subid por mis brazos, contemplemos el panorama desde mi altura, acerquémonos al cielo. ¡Arriba... arriba... compañeros!



## ROSENDO SALAZAR (1888-1971)

**L**egado al mundo el mismo año que el poeta Ramón López Velarde, Rosendo Salazar consagró su vida a la reivindicación de la lucha obrera y a llevarla tanto al terreno de los actos como al de las letras. Su congruencia y su infatigable labor lo llevaron a recibir la medalla Belisario Domínguez y a ser inhumado en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Nacido en la ciudad de Zacapoaxtla, Puebla —de ilustre memoria por el batallón que tuvo una actuación decisiva en la batalla de Puebla, el 5 de mayo de 1862—, desde muy joven descubrió su vocación por las artes gráficas, la cual lo llevaría a ser uno de los fundadores, en 1909, de la Unión Tipográfica Mexicana. Su temprana vocación revolucionaria se manifiesta desde el título de la publicación poblana *La patria de Serdán*.

Entre sus obras pueden mencionarse *Hacia el porvenir* (1920), *Las pugnas de la gleba* (1923), *Historia de las luchas proletarias, 1923 a 1936* (1938), *Líderes y sindicatos* (1953) y *La casa del obrero mundial* (1962).

La antología *Las masas mexicanas. Sus poetas* (1930) es una muestra del trabajo de autores que, si bien no manifiestan una igual calidad literaria, son valiosos como testimonio de la creencia que el autor manifiesta en que “se trata, ante todo, de un libro dedicado a la belleza, tal como la lleva en su rica fantasía el trabajador; dinámica, dentro de la idea puramente poética esto es, sin conexión alguna con otras acti-

vidades; emotivo, lírico, en una palabra, más profundamente nuestro, porque es el reflejo de una sensibilidad que hace años esperaba manifestarse”.

*LAS MASAS MEXICANAS. SUS POETAS*<sup>1</sup>  
(SELECCIÓN)

FERNANDO CELADA

Nativo de Xochimilco, D. F., muerto el 8 de julio de 1929.

Obra: “El himno de los martillos.” Pachuca, Hgo., 1922.

Celada es un poeta de los que sientan escuela, de los que se insinúan con energía y van con la gleba libertadora contra el abuso capitalista. Terriblemente sentimental y puro de corazón, tiene un poder casi omnímodo como trovador delicado, impresionable y fuerte.

En su composición “El carpintero”, como en todas las piezas que brotan de su estro, la facultad de expresar, en bellas figuras poéticas, los sentimientos menos corrientes y de un modo que se antojaría sencillo si no fuera porque en arte ser sincero consigo mismo es lo más difícil que existe, en Celada llega a un grado positivamente sublime de verdad. La siguiente estrofa dará una idea de ello:

“Tus armas de combate son sencillas,  
pero triunfan en todas las cruzadas:  
ora pule el formón mil maravillas;  
ora arrancas, al tiempo que cepillas,  
del macizo oyamel cintas doradas.”

Y la siguiente, que es de un labrado finísimo:

“Al golpe de tu músculo gigante  
vibra la sierra su compás sonoro,  
y tu respiración es jadeante,  
mientras salta el serrín a tu semblante  
como una leve polvareda de oro.”

<sup>1</sup> Rosendo Salazar, *Las masas mexicanas. Sus poetas*, México, Avante, 1930.

Fernando Celada es un poeta lírico de gran prestigio, pero cuando canta al Trabajo es tan colosal en la letra como magnífico y exquisito en la idea.

#### MARTILLOS Y YUNQUES

Tienen, como en orquesta maravillosa,  
el yunque y el martillo su diapasón,  
y forman una música cadenciosa  
aplastando los hierros junto al fogón.

De su cordaje férreo la escala en coro  
sube, como el incienso sobre el altar,  
envuelta en un enjambre de chispas de oro  
que las fraguas arrojan al resollar.

Los colosales ecos de aquella orquesta  
arrullan al herrero, que, como un dios,  
sobre la lira yunque, rimando, asesta  
violentos martillazos de dos en dos.

¿Qué forjarán? ¿El hierro para los bravos  
que luchan por el triunfo de la igualdad,  
o la triste cadena de los esclavos  
que en las prisiones lloran su libertad?

¿Forjarán los cañones para la guerra,  
o el riel para el grandioso ferrocarril,  
o el provechoso arado para la tierra,  
o la reja del antro protervo y vil?

¡Ay! tal vez esos yunques y esos martillos  
forjarán, insensibles y en plena luz,  
para los desgraciados rejas y grillos,  
para los redentores alguna cruz.

¡Herrero: ya no aceres hierro que mate...  
si junto al yunque luchas firme y tenaz,  
no forjes instrumentos para el combate,  
forja bronces eternos para la paz!

PARA EL PUEBLO

Quien no sepa sufrir su escudo deje,  
sin esperanza de luchar más tarde...  
tal vez haya otro indigno que se queje  
de recoger las armas de un cobarde.

Tal vez haya un malvado que, en la obscura  
noche del desinterés que al vil ampara,  
nos muerda el corazón con su impostura  
y nos ponga su látigo en la cara.

Quien no lucha no sabe, en su porfía,  
contrarrestar el sufrimiento humano,  
y merece, por torpe, todavía  
los recios bofetones del tirano.

El dolor es la prueba y la templanza  
de los batalladores varoniles,  
¡y a cuántos pobres el desprecio alcanza  
sobre su inmundo lodo de reptiles!

¡Triste de aquél que a su dolor no reta!  
¡desdichado de aquél que no combate!  
hasta al mismo vencido se respeta  
cuando en sus iras de dolor se abate.

No porque el sufrimiento nos lastima,  
el alma, débil, su descanso aborde;  
cuando el dolor solloza se hace rima,  
cuando ruge la pena se hace acorde.

¿Quién, cuando el pueblo su dolor arrastra,  
no le alivia su mal y sus anemias?...  
¡Si el pueblo es yedra vil, seamos pilastra  
para que fortifique sus blasfemias!

¡Seamos la fe, la lámpara, la égida,  
y, removiendo términos y escombros,

démosle al pueblo ilustración y vida;  
 mostrémosle la luz, démosle fuego  
 para que sienta la verdad, y, luego,  
 llevémosle triunfal sobre los hombros!

#### LA LIBERTAD

Si tú eres el amor vete de prisa;  
 mi yunque no es sonoro...  
 este umbral nunca pisa  
 el pie cubierto de sandalia y oro.

Tú no tienes derecho  
 de venir a mi yunque de pelea;  
 para tu frente de ángel no se han hecho  
 las poderosas armas de la idea.

En mis viejos crisoles,  
 que son hechura de potentes manos,  
 fundo iras y grandezas, fundo soles  
 con que he de confundir a los tiranos.

Yo forjo en mi cerebro  
 la palabra potente,  
 cuyas saetas luminosas quiebro  
 en la altanera fas del insolente.

Yo exorno los suplicios  
 de los pueblos esclavos,  
 alimento el ardor de los patricios  
 y sacudo el acero de los bravos.

Rompo las ligaduras  
 de todas las infames opresiones:  
 yo soy la libertad... forjo armaduras  
 y yelmos y cañones.

Tú no tienes entrada  
en este culto obraje,  
donde vibra la cólera sagrada  
que ha de salvar al pueblo del ultraje.

En mi arsenal titánico  
no vengas a buscar delicadezas:  
¡aquí se forja lo que causa pánico  
en el alma de todas las vilezas!

En mi yunque chispea  
el humano dolor de los vencidos...  
¡deja que forje el hierro de la idea  
que reclaman los pueblos oprimidos!

¡Retírate... no aguardes  
vencer a mi alma con tu voz que vibres...  
es obra de cobardes  
entregarse al amor no siendo libres!

JUAN F. VEREO GUZMÁN

Lugar de nacimiento: Cuautla, Mor., el 12 de agosto de 1896.

Obra: “La inquietud de la hora,” imprenta de Enrique García, Zacatecas, Zac., 1924.

No he encontrado en ningún otro poeta socialista un estilo más atildado, a la vez que rico en vivas metáforas, como el del fuerte poeta morelense Juan F. Vereo Guzmán. Verdaderamente, da gusto leer a un cantor de la energética de esta gloria de la cultura social contemporánea; activo, impetuoso, indisciplinado y delicadamente dominado por la ternura, este poeta, de tan estupendos trazos, es a la manera de los pintores José Clemente Orozco y Diego Rivera, dos colosos, asimismo, de las artes plásticas que en el desarrollo de sus ideas han menester de las mayores masas espaciales; así lo pregonan sus bellísimas producciones “Ascéndite.”, “Dura lex...”, “La muerte del águila maya”, “Hermano campesino” y “Catequesis.”

Vereo Guzmán personifica al troquelador excepcional de la poesía manumisora, y si cumple lo que una vez me dijo, de dedicarse a hacer labor literaria al ciento por ciento en pro de las ideas libertadoras, sin ninguna duda será el poeta más completo del proletariado.

ES PRIMERO DE MAYO

¡De rodillas, burgueses; de rodillas!... es hora  
de suprema justicia... que a los palacios clama  
el grito de la chusma vengadora,  
y revientan en caudas de flamígera aurora  
las antorchas que mecen el mechón de su llama.

Escuchad, es preciso... Ya la recia pujanza  
del hirsuto jinete sobre el friso despunta  
el hierro iconoclasta de su lanza...  
¡Tanto dolor antiguo, tanta miseria junta  
a cañonazos abren surcos en la esperanza!

Es que las horcas gritan, es que el verdugo calla,  
los bajos fondos rugen, se subleva la hez,  
un nuevo Apocalipsis sobre Patmos estalla,  
y cuando blande el hacha siniestra la canalla  
los ídolos de barro se rompen a sus pies.

Los cerdos de Chicago reculan a la piara,  
un nuevo sacrificio florecerá en el ara  
en donde tiene inciensos el divino Millón...  
Quizá por eso fuga de la tara  
el poderoso vientre del rey del Salchichón.

Pues bien, nos enlutasteis; sobre el cadalso rojo,  
que hace temblar de rabia la pavorida grey,  
aún penden los pingajos del último despojo  
que vosotros colgasteis en nombre de la ley.

¡De rodillas, burgueses... o dejadnos el paso,  
que hierven nuestras ansias en divino crisol;

nosotros no sabemos dónde queda el Ocaso,  
pero hay fuerza bastante en nuestro brazo  
para parar la máquina magnífica del Sol!

¿Que lo invertimos todo, que se desquicia el mundo,  
que el orden de las cosas cambia de posición?  
¡Jamás hubo en el Cosmos cataclismo infecundo,  
los soles desquiciados son el grito rotundo  
con que se impone al orden la diosa Sinrazón!

Vanamente ha enseñado vuestro fraile nefando  
la humildad de los siervos a quien con mazo da  
—rogad a Dios y con el mazo dando—,  
porque los desdichados que sucumben creando,  
se abaten sobre el yunque, pero no ruegan ya.

#### DURA LEX

A Goyo, el caporal, lo fusilaron  
una mañana en que la luz reía  
en las calles del pueblo... ¡Lo mataron  
sobre las aras de la Tiranía!...

Un radiante esplendor en las colinas,  
los rubíes sangrando en los nopales,  
oro viejo prendido en los maizales,  
y el fulgor de las armas asesinas,  
que se perdió tras de los tecorrales  
entre las maldiciones pueblerinas...

Del trágico episodio nada ignoro:  
brotaba el Sol y hacía de la Hacienda  
ciudadela fantástica de oro,  
evocador castillo de leyenda,  
y en la paz luminosa y virgiliana  
de la inmensa pradera,

derramó, con su lengua vocinglera,  
la oración del Trabajo la campana.

Del real de la Hacienda, presurosos,  
los peones llegaban. Los colosos  
de torcido calzón a la rodilla  
y machete cañero a la cintura,  
aman el reventar de la semilla  
y los misterios de la agricultura;  
de sol a sol combaten con la tierra,  
la caña espera su propicio tajo,  
y son los paladines de la guerra,  
santa como el amor: la del Trabajo.

Se iba la legión a la cañada,  
cuando el amo llegó, miró la hilera  
de los trabajadores, que en espera  
no osaban levantar ni la mirada.  
—Goyo, cuéntalos tú.

Goyo, sumiso,

el mandato cumplió.

—Me falta uno.

—¿Y quién es ése en trabajar remiso?  
—Es un viejo, señor; se llama Bruno.  
—Que venga a mi presencia pronto, luego...  
Alguien lo fue a llamar; llegó el labriego  
y dijo que quizá por sus pecados  
era víctima de las calenturas,  
y que por colmo de sus desventuras  
sus dos hijos estaban embrujados;  
pero el amo, colérico y estulto,  
en atroz paroxismo de coraje,  
subió toda la gama del insulto,  
del tigre tuvo el atacar salvaje;

muerta la caridad por el odioso  
grito brutal de los instintos bajos,  
recompensó del paria los trabajos  
con el golpe del látigo oprobioso;  
el látigo silbaba con el viento,  
infamante y cruel, desmenuzando  
signos de maldición; no hubo lamentos,  
pero el peón se estaba desangrando...

Algo surgió en tan horriblos momentos,  
algo de la nobleza de la raza,  
chispa de sol que, alucinante, pasa  
entre los más acerbos sufrimientos,  
en el alma, rebelde y primitiva,  
del caporal, porque, instantáneamente,  
estalló en la penumbra de su mente  
una luz roja, fulgurante, viva.

¿Sabéis cómo ígneo rayo parte el roble?  
Gregorio, el caporal, lanzó un rugido,  
desenvainó el machete, y, fuerte y noble,  
provocó al amo y lo dejó vencido  
al fiero golpe de sublime tajo,  
así como las cañas que tronchaba,  
cuando, en las horas de cosecha, daba  
el golpe vigoroso del Trabajo.

Al momento llegaron los rurales,  
capturaron a Goyo, la faena  
se suspendió, fragmentos de corales  
irradiaban al sol entre la arena.

A su turno, la sórdida justicia,  
con su corte de jueces y escribientes,  
después de emborronar mil expedientes,  
gracias del Ministerio a la pericia,  
a Goyo condenó... ¡Bien satisfecho  
del inicuo poder de sus tiranos

llenó el papel de firmas, puso fecha,  
dejó el pretorio y se lavó las manos!

Días después, en lúcida mañana,  
doblaba en la parroquia la campana,  
triunfaba el esplendor en la colina  
quemando el oro viejo en los maizales,  
y Goyo, ante la tropa que asesina.

Una descarga seca... y la neblina  
de pólvora cruzó los tecorrales.

¡Goyo, vives aún en nuestra gleba,  
y si el amo te befa y te maltrata,  
tu vida heroica sin cesar renueva,  
levanta el brazo vigoroso y mata!

#### LA SOMBRA DEL MAESTRO

Pasaste en el misterio carnal de nuestra vida  
con el aura radiante de un espíritu fuerte.  
Para ti no hubo vida, para ti no hubo muerte;  
todo fue una gran línea de lo inmortal, tendida,  
que, en vibrantes parábolas, a lo inmortal volvía,  
y el tiempo y la distancia nada significaron  
en esa trayectoria astral, donde cantaron  
los siglos y los soles su eterna poesía.

Pasaste... y mi alma, limbo de cultura y estética,  
sintió en esos momentos una atracción magnética  
y, fuera de su centro, se agitó intensamente,  
y, siguiendo tu cauda, luminoso cometa,  
fue a clavarse en el halo de tu pálida frente  
con la ruda potencia de una rauda saeta.

CARLOS GUTIÉRREZ CRUZ

Lugar de nacimiento: Guadalajara, Jal., el 10 de noviembre de 1897.

Obra: “Sangre Roja,” publicada por la Liga de Escritores Revolucionarios. México, D. F.

El citareda de los poemas contundentes, un rapsoda de la hora nueva, que llega, desarrolla valientemente su tema y se va para volver a plañir, en otra manera, algo, que es el sentimiento de todos los socialistas, nada más que dicho por Gutiérrez Cruz con una claridad de términos que llama demasiado la atención:

“Compañero...  
haz puñales  
con todos los metales,  
y así  
verás que los metales después son para ti.”

Porque el poeta alienta la justa aspiración de todos los trabajadores del Mundo, de que cambie el sistema de parasitismo, sabiendo que es el pueblo productor el único que tiene positivo interés porque se implante el trabajo de utilidad social para todos. Allí la esencia de los rutilantes poemas de Gutiérrez Cruz. Pero en este poeta hay algo más grandioso y son sus rotundas afirmaciones acerca de la solidaridad del Universo, que sólo los grandes de la inteligencia descubren inspirándose en sus fuentes. Así, dice, aplicando el asunto a la lucha de clases:

“Compañero, si sientes la riqueza  
del Sol, de la Naturaleza;  
la perfección del sistema  
social de todas las cosas;  
de esa armonía, sin un problema,  
en que las piedras y las rosas  
forman parte del mismo poema...  
prende fuego a la casa del patrono,  
y ya verás que entonces se ilumina el potrero,

y verás que las llamas son el mejor abono,  
compañero.”

A Gutiérrez Cruz no debe escatimársele, por ningún motivo, el derecho que tiene a ser llamado un gran poeta.

SANGRE ROJA

¡Sangre roja!  
Sangre de los obreros muertos en los engranes,  
sangre cuya congoja  
trocábase en monedas para pagar desmanes;

Sangre que desespera de su eterna prisión  
y que se precipita,  
con una fuerza trágica, buscando salvación;  
sangre que en dinamita  
hace estallar su propio corazón;

Sangre que parece lumbre,  
sangre que proyecta luz,  
sangre de la muchedumbre,  
de Carlos Marx y de Jesús,  
ennegrecida por el sacrificio,  
amoratada por el silicio  
y despreciada por la sangre azul.

Tal es la sangre roja que corre en las arterias  
de mis canciones, bárbaras de tanta rebeldía;  
sangre impetuosa y bravía,  
que se derrama para reivindicar miserias...

Sangre roja contra la esclavitud,  
sangre del verso púrpura, que incendia y que despoja,  
sangre roja,  
¡Salud!

GERMÁN LIST ARZUBIDE

Obra: "Plebe."

Poeta de empuje, que siente la idea rebelde y la vacía en los brillantes moldes del verso con gesto de semidiós.

Germán List Arzubide es un soñador, iba a decir un juglar de la poesía socialista, que logra hacer con sus pensamientos bellas combinaciones y juegos sorprendentes.

Sarcástico a veces, nunca cómico, mas siempre trágico, llega a lograr con sus versos su principal objetivo: parar la atención burguesa hacia las actividades laborantes y animar al proletariado con vibrantes llamadas de combate.

Domina en su estilo la escuela de Gutiérrez Cruz, en cuanto a la forma de poemas cortos, no así en el sentido filosófico que éste da a sus versos cuando por su frente pasa aleteando, como pareja de cóndores, la emoción solidarista, que quiere que todo pensador no se subordine a nada ni a nadie, sino juegue, ésta es la palabra, para encontrar la belleza, y una vez logrado, mostrarla en sus obras, que, como las del poeta, tanto contribuyen a emancipar el alma y purificar la conciencia.

Germán List Arzubide es un campeador de la social literatura, verdaderamente interesante, pues es entusiasta y sincero con sus ideales.

LOS VAMPIROS

En Puebla los licenciados,  
con honrosas excepciones,  
no estudian para abogados;  
estudian para ladrones.

*Anónimo*

Frente a la Escuela de Derecho  
el grupo estudiantil juega feliz,  
y en el taller sucio y estrecho,  
hambriento se fatiga el aprendiz.

Después de algunos años, el señor abogado  
será juez o tendrá su bufete:

enredará los pleitos, sangrará al desdichado  
que, por robar un pan, sea condenado,  
y ganará el dinero tranquilamente.

Y el aprendiz, hecho un obrero,  
en la jornada fatigosa,  
con hambre y frío y desespero  
hará su obra dolorosa.

Y es tu dinero,  
pobre obrero,  
ganado a trágicos suspiros,  
el que sostiene las escuelas,  
donde se forman los vampiros.

#### EL ESCRIBIENTE

Qué triste es la jornada sobre el escritorio:  
escribe, escribe, escribe...  
desde que entró de meritorio,  
que así vive.

Las espaldas se le doblaron,  
encanecieron sus cabellos:  
del sol los últimos destellos  
siempre escribiendo lo dejaron.

—Hay que acabar la última cuenta—,  
le dice la verde pantalla,  
y la penumbra cenicienta  
nunca ve el fin de esa batalla.

No tuvo el anhelo de ser fuerte  
para romper su cadena,  
y escribe, escribe... de su condena  
lo hará fugarse la muerte.

AURORA ROJA

A los camaradas Luis Morales  
y Martín Paleta, asesinados.

Camarada:  
los opresores piden sangre,  
y han regado la sangre de tu hermano,  
¡Mira cómo pide aún más su mano!

Ellos la quieren, dáselas. Agarra tu herramienta  
y húndela sobre el pecho del patrón;  
que, sangrienta,  
brote la fuente que sacie su horrible petición.

¿Quieren más sangre? ¿Piden más calvarios?  
Den la sangre del fuego tus incendiarios.  
Cuando en la noche roja  
alce su flama tu protesta,  
el opresor recoja  
toda la sangre que anheló en su fiesta.

Tiñe de rojo las ciudades;  
toda la sangre que ellos quieran  
llueva sobre el horizonte empurpurado;  
y ese rojo caudal arrastre las maldades,  
y que en tus manos para siempre mueran  
todas las miserias que incubó el pasado.

Camarada:  
la sangre es fecunda,  
los opresores quieren sangre  
y han regado la sangre de tu hermano;  
agarra tu herramienta,  
y con ella inunda  
la sombra, tu mano  
así hará brotar la aurora sangrienta.

JOSÉ ISLAS

LA CIUDAD DE LOS PALACIOS  
(Corrido)

Voy a cantarles, ufano,  
un corrido a sus mercedes:  
me llaman “hijo del pueblo”  
y soy servidor de ustedes.

No crean que es por fantasía,  
sino por decir lo que es,  
y así me llaman el tonto;  
óiganlo y dirán después.

No sé por qué los señores  
que presumen de letrados  
le llaman a la ciudad  
“la Ciudad de los Palacios.”

Si en todititos los barrios,  
en vez de edificios tales,  
apenas cuartos de adobe  
en medio de muladares.

Dicen que al árbol caído  
todos le dan con el pie;  
tal vez por eso a nosotros  
todo el mundo mal nos ve.

¡Ay! señores... qué feo es  
ser pobre... yo lo lamento  
y más no haber en la tierra  
justicia para el hambriento.

Después de que nos explotan  
en el campo o el taller,  
todavía el arrendatario  
nos triplica el alquiler.

Por un cuarto bien oscuro  
de vecindad indecente,  
diez pesos, veinte en depósito  
y tres meses por enfrente.

Y nadie se fija en esto:  
me refiero a los señores  
que, cuando hacen propaganda,  
se la echan de redentores.

Que el pueblo asado y así,  
que los astros bajarán,  
y que ni para remedio  
a los pobres se hallarán.

Y pasan años y días,  
y pasan ayuntamientos,  
y nosotros, como siempre,  
cargados de sufrimientos.

¡Ay! señores... qué feo es  
ser pobre... yo lo lamento  
y más no haber en la tierra  
justicia para el hambriento.

Pero si por un milagro  
hacen labor efectiva,  
entonces son los burgueses  
los que ganan la partida.

San Rafael, Colonia Roma,  
asfalto, parques ingleses,  
iluminación y música  
que amenice las kermeses.

Está visto que los ricos  
todo se lo han de llevar,  
pero ya llegará su hora  
y nos la han de pagar.

Mientras tanto, preparemos  
 el horno, donde a cocer  
 pondremos a quien nos roba...  
 ¡señores, hasta otra vez!

PASCUAL MENDOZA

Nativo de Puebla, Pue.

Obra: “Canto a Don Esteban de Antuñano,” editada por la imprenta Guadalupana, de aquella ciudad, en 1908.

Allá, en mis años de mocedad, conocí en Puebla a un hombre de oficio hilandero, que hacía versos sencillos, interpretando el sentimiento de sus hermanos. Era este cantor sentidísimo y modesto, a la vez que valiente, del proletariado poblano, el camarada Pascual Mendoza, en cuyas composiciones siéntese palpitar la tendencia de bienestar social que hondamente acariciamos los de abajo.

En los versos del compañero Mendoza hay verdadera alma. Yo que la poseo, grande, conmuévome cada vez que los leo: y es que el supremo esfuerzo realizado por este obrero para llegar a poeta lírico, al entenderlo completamente en todos los registros de su estilo, también completamente me interesa, pues él triunfa en infinidad de veces en mi estimación, de ambas maneras: como poeta y como proletario.

La composición que aparece aquí, titulada: “Canto a don Esteban Antuñano,” tiene una importancia histórica muy pronunciada: recuerda el homenaje que obreros y patrones de la industria textil de la República, año por año, tributaban al señor Antuñano, como fundador de aquélla en el país, cada día 19 de agosto, y al que la Revolución, de una manera impremeditada, vino a poner término.

#### CANTO A DON ESTEBAN ANTUÑANO

##### Introducción

¡Musas, venid, iluminad mi frente  
 con vuestra ardiente inspiración divina,  
 y una chispa de luz dad a mi mente!  
 prestad de vuestro numen el acento

y prestad a mi lira el dulce acorde  
para poder decir lo que ahora siento,  
y, en raudales de amor, que se desborde  
la inmensa gratitud del sentimiento.

¡Musas, musas, venid; aquí os evoco,  
musas, venid; aquí os evoco,  
dadme fuerza viril para que cante;  
para ello vuestro auxilio humilde invoco;  
traedme inspiración, volad al cielo  
y arrancad una chispa de ese foco  
que derrama su luz resplandeciente,  
y desde allí arrojadla, sin tardanza,  
como rayo de luz sobre mi frente!

## I

Aquí me tienes, pueblo soberano;  
vengo contigo a colocar mis flores  
ante el bronce de Esteban Antuñano;  
acércate, ven pronto, sin temores  
acércate conmigo, soy tu hermano,  
compañero de tantos sinsabores...  
acércate al instante; ven, sincero,  
a ofrecerle tus flores, buen obrero.

## II

Allí tienes al genio prepotente,  
de alma gigante y corazón de roca,  
con cuya erguida y elevada frente,  
lleno de orgullo, las alturas toca;  
la indignación del ocio indiferente  
su figura titánica provoca,  
porque ese hombre que veis ¡quién lo creyera!  
fue el genio de la industria algodonera.

## III

Genio inmortal, en quien imprime un beso  
 la santa gratitud en este día;  
 es cíclope del arte y del progreso,  
 hijo mimado de la patria mía;  
 combatiendo del ocio el retroceso  
 fue a buscar al obrero, que gemía,  
 y con dulce cariño y agasajo  
 lo condujo hasta el templo del trabajo.

## IV

Y así le dijo con amor ardiente,  
 lleno de amante y dulce regocijo,  
 con el afán del que a su hermano siente:  
 “Ahí tienes tu pan, gánalo, hijo,  
 con el sudor honrado de tu frente,”  
 y en éxtasis de amor dulce y prolijo  
 el patrón y el obrero, en dulce lazo,  
 se estrecharon los dos en mutuo abrazo.

## V

Y después, la industria, que aún dormía,  
 y la patria sonrieron con anhelo,  
 y al mirar en los dos tanta armonía,  
 un ángel descendió del alto cielo,  
 inundado de gozo y alegría,  
 y deteniendo ante las dos el vuelo,  
 al ver dos seres a la par sonrientes,  
 ¡con guirnaldas ciñó sus blancas frentes!

## VI

Desde entonces obreros y patronos  
 con amor infalible se estrecharon,  
 compartiendo a la par sus aflicciones,  
 porque nunca como hoy —jamás se odiaron—  
 fundieron con amor sus corazones

que los grandes obstáculos salvaron;  
el uno fue el obrero mexicano;  
el otro, don Esteban de Antuñano.

VII

A ellos debe la industria su adelanto,  
y el progreso se debe a su constancia,  
¡porque no obstante que sufrieron tanto  
nunca entre ellos sonó la discordancia!  
siempre se unieron con cariño santo,  
compartiendo su amor con abundancia,  
estrechándose siempre, sin excusa,  
el frac de paño con la humilde blusa.

VIII

Ahí tenéis un modelo de patronos,  
que admira en este día la clase obrera;  
imitadle, que no haya discusiones,  
amadle todos con el alma entera;  
¿Por qué no se han de unir los corazones  
y derribar del odio la barrera?  
¡que muera para siempre el despotismo  
que en Europa ha encendido el anarquismo!

IX

México, sí, mi patria, necesita  
quienes sepan amarse como hermanos,  
bajo la sombra de la paz bendita  
en México no debe haber tiranos;  
¡atrás la raza de Caín maldita!  
¡abajo para siempre los villanos!  
unámonos obreros y patronos  
para, juntos, alzar nuestros pendones.

## X

Si la sangre que corre en nuestras venas  
 es la misma de Esteban Antuñano,  
 ¿por qué, entonces, aumentan nuestras penas  
 los déspotas del suelo mexicano?  
 debemos ya romper esas cadenas  
 de la cruel disensión, darnos la mano  
 lo mismo el rico que el humilde obrero,  
 el nato del país que el extranjero.

## XI

Cuando eso sea, mi patria encantadora,  
 llena de gozo marchará sonriente  
 a la luz matinal de nueva aurora;  
 ya no se humillará triste y doliente,  
 ni llorará tampoco cual hoy llora;  
 entonces sí levantará su frente,  
 y será, siempre que no el mal soporte,  
 grande como la América del Norte.

## XII

Ahí está ese grupo de campeones  
 que consumen su vida en los telares  
 en medio de tormentos y aflicciones;  
 ¿quién podrá mitigarles sus pesares  
 sino el buen corazón de sus patrones  
 que luchan del progreso en los azares?  
 necesitan un brazo siempre amante  
 que los conduzca al bien, que los levante.

## XIII

Si queremos de México el progreso  
 ensanchar con empuje por doquiera,  
 debemos combatir el retroceso  
 levantando a esa pobre clase obrera;  
 no se debe adorar tan sólo a Creso,

los hijos de la industria algodonera  
deben bregar unidos, no como antes;  
la lucha que hoy se entabla es de gigantes.

XIV

¡Cuánto gozo me embarga en este día,  
al ver reunidos, sí, de todas partes,  
miles de obreros, que, con alegría,  
sostienen con ardor sus estandartes!  
¡oh, qué dulce, qué dulce es la armonía!  
el genio de la industria y de las artes,  
“con afanes risueños y prolijos,”  
sonreír debe al contemplar sus hijos.

XV

Patrones: ahí tenéis a los obreros,  
unidos todos en amante liga;  
contemplad si son fieles y sinceros,  
la gratitud a unirse hoy los obliga,  
y a despecho de ruines y embusteros  
hoy estrechan aquí su mano amiga;  
¿será esta obra quizás de analfabetas?  
¡los obreros son grandes, más que atletas!

XVI

Levantad a esa clase desvalida,  
de la rutina, que conduce al vicio,  
y si es que en la abyección está sumida,  
sacadla, pues, del hondo precipicio;  
no es la clase del pueblo corrompida,  
y si lo es haced el sacrificio  
tendiendo al pobre con afán la mano...  
¡quien desprecia al obrero es un villano!

## XVII

Y vosotros, obreros abnegados,  
trabajad con ardor en la contienda;  
¡adelante, marchad, nobles soldados!  
que ante lo grande vuestro amor se encienda;  
si en la lucha quizá ya estáis cansados,  
no debéis descansar, seguid la senda,  
que vuestro lema la constancia sea...  
¡obreros, a luchar en la pelea!

## XVIII

¡A las armas, oh, noble clase obrera!  
que os encuentre el coloso preparados;  
a luchar con la noble lanzadera;  
obreros, empuñad vuestros arados;  
el porvenir risueño que os espera  
por la unión os verá ya conquistados,  
y si vuestra obra se realiza un día,  
que sea con el trabajo y la armonía.

## XIX

Y tú, naciente sociedad hermosa;  
Liga, que marcha por la paz sonriente,  
sigue adelante por la senda honrosa,  
que el triunfo venga a coronar tu frente;  
que tus ensueños de color de rosa  
el sol de redención resplandeciente  
inunde con su luz ante la historia,  
y que el triunfo que obtengas sea la gloria.

## XX

¡Oh, qué dulce es la unión! en vuestros pechos  
debéis sentir satisfacción completa  
al contemplar vuestra obra satisfechos;  
si la ignorancia con cinismo os veda,  
escondida quizá tras sus pertrechos,

no la miréis, seguid hasta la meta  
que conduce del bien a los amantes  
del adelanto, hasta llegar triunfantes.

XXI

Y tú, genio del bien, buen ciudadano,  
¿qué podré yo decirte en este día  
yo, que cual tú, también soy mexicano?  
mi corazón se inunda de alegría...  
¿qué te diré ¡oh, Esteban Antuñano!  
para ensalzar tu nombre con porfía?  
necesito la lira de un Homero...  
¡el arpa que te canta es de un obrero!

XXII

Sin embargo, Antuñano, aquí me tienes;  
ya que tu amor mi corazón inspira,  
deja que venga a coronar tus sienes  
con las notas que brotan de mi lira;  
si desde el trono que en el cielo tienes,  
tu mirada benéfica me mira,  
que ella sea la luz que me encamine  
y en las negras borrascas me ilumine.

XXIII

¡Genio, genio del bien, en cuyo ejemplo  
deben basarse todos los patronos,  
para que alguna vez, cual te contemplo,  
los contemplemos a ellos sin pasiones;  
de la inmortalidad tienes ya un templo,  
donde caen a tus pies mil corazones,  
porque, sábelo bien y no te asombre,  
¡la Historia guarda con amor tu nombre!

## XXIV

¡Obreros de la paz, id adelante  
 con amor, a la vez sin egoísmo;  
 que nuestra noble enseña se levante  
 con la unión fraternal del cristianismo;  
 atrás esa rutina degradante  
 de la nefanda idea del anarquismo;  
 atrás el monstruo de maldad insano,  
 enemigo de Dios y el ciudadano!

## XXV

¡Llor eterno por siempre al gran atleta  
 que supo mitigar nuestros dolores,  
 del trabajo encumbrándose a la meta;  
 traigamos a sus plantas nuestras flores  
 y los cantos sencillos del poeta!  
 ¡atrás, atrás por siempre los rencores!  
 obreros y patronos mexicanos:  
 ¡unámonos ante él, somos hermanos!

Puebla, 19 de agosto de 1906.

ROSENDO SALAZAR

Lugar de nacimiento: Zacapoaxtla, Puebla, 1888.

Obra: “Alma vibrante,” publicada por la Editorial “Avante,” en 1917, México, D. F.

Incluyo aquí una selección mía. Los versos que la integran corresponden a dos épocas a cual más interesantes para mí: una, en que el arrebato por la agitación social conmueve todo mi ser, dominando mis afectos, mis ambiciones, todo, y otra, en que surge mi amantismo por el estudio de la filosofía; a esta última pertenecen mis composiciones que llevan por título “Excitativa lírica”, “Oda breve al Trabajo”, “Tetragramatón” y “Voces,” en que mi pensamiento hace obra ya de fundamentación solidarista; comienza la era de mi apaciguamiento como

conmover puramente sensual y excitador físico de muchedumbres y se presenta el hombre que va a penetrar en los dominios de algo más profundo, pero no menos necesario y substancial para ser hablado a los trabajadores. Las composiciones “Mundial”, “Toque”, “Exlibris” y “Siete de enero,” en cambio, sí responden a los primeros instantes de mi vida de adoctrinador socialista, mas su mérito mejor estriba en que, escritas en un medio y en momentos que nunca volverán a presentarse a la organización, ellas fueron dichas innumerables veces por mí mismo, con fuego de apóstol, desde las rojas tribunas sindicales y ante camaradas que formaban el conglomerado de la “Casa del Obrero Mundial”, la institución más poética con que contábamos entonces los obreros de México, en días que ya empiezan a confinar con lo legendario, con lo que llevado en lo interior jamás puede cambiar ni olvidarse.

#### EXCITATIVA LÍRICA

Poeta, coge la lira de tus inspiraciones  
y, conmigo, en la cumbre de las imprecaciones,  
ven a decirle al Mundo, en estrofas heroicas,  
que ya las muchedumbres, agresivas y estoicas,  
de su sueño de siglos han despertado bravas  
y vomitan sus iras, como el Etna sus lavas,  
sobre las insolencias todas de las ciudades,  
que abatieron los lirios de las hondas bondades  
del alma de los pueblos, como en el Gineceo  
un día de la historia, la llama del deseo  
a la madre del verbo, flor de sinceridad,  
que lleva viva en sus tules la finalidad  
ondulante y proteica de todos los risueños  
instantes de su vida y todos sus empeños.

Coge la lira de oro de tus fantasías,  
y contra las injusticias y las tiranías,  
contra el puñal que hiere y la pluma que difama,  
contra el aguijón lo mismo que contra la escama;  
con los ojos abiertos y el plectro entre las manos  
expuestas al sol, como dos claves soberanos

de mieles y perfumes; con la frente en los nimbos  
 violetas, tornasoles, rojos como corimbos  
 de hortensias nuevas en campiñas primaverales;  
 la aspiración flotante siempre; los ideales  
 encendidos en torno, de modo que el espacio  
 abeterno parezca un gigantesco palacio  
 de ábsides y plintos, hechos de elipses bellas,  
 parábolas de fuego e hipérbolas de estrellas,  
 tus coros sonoros suelta sin el menor  
 sobresalto, que es ridículo todo temor  
 y cómica toda cobardía en el guerrero  
 que tiene por alabarda blanca un cancionero,  
 por escarapela azul la belleza y por lanza  
 un rayo del sol, sol de verdad y de esperanza.

Abriremos el surco de las grandes ideas  
 con la flama de vida fértil de nuestras teas;  
 repoblabemos todos los caminos de rosas  
 y, por lo tanto, los ambientes de mariposas;  
 en cada frente encenderemos una ilusión  
 cenital y un entusiasmo en cada corazón;  
 sembraremos de trigo todas las sementeras  
 y de árboles de frutos agradables de veras;  
 variaremos el curso de los Nilos sagrados  
 y así fecundaremos los campos cultivados;  
 a cada ser humano le diremos: la hora  
 es de luna, sueña; la claridad es ahora  
 de sol, sacude el estandarte de tu melena  
 y húndelo en el agua, la fontana está llena;  
 el aire, ese algibe inagotable de armonías,  
 tú con tus endechas y yo con mis elegías,  
 lo surcaremos victoriosamente en los carros  
 del bien, que arrastrarán cuatro leones bizarros;  
 deletrearemos en el silabario del cielo  
 la sabiduría solidaria del consuelo;  
 todas las maravillas del Cosmos infinito,  
 en dísticos de lumbré y de cal, como el granito

fundador del planeta, las haremos vibrar  
 superarrogantemente, como vibra el mar;  
 en fin, predicaremos el amor en la tierra,  
 el amor entre todos, el amor sin la guerra,  
 y transformaremos a la sociedad actual  
 de modo que sea, poeta, más fraternal.

Hace falta la lira de los bardos, motivos  
 para cantar no sobran, todos son emotivos  
 para el pintor que quiere trasladar el paisaje  
 crepuscular o un aspecto del selvón salvaje;  
 para el wagneriano, que anhele prender un ulú  
 de la fronda al escote de su amada Lulú  
 en una sonatina; para el buen arquitecto  
 que desee enhestar al arte el templo perfecto,  
 por excelencia; para el exigente escultor  
 que busque en el mármol blanco un ala del amor  
 tenuemente expresada; la corola de seda  
 que por el día aroma y por la noche rueda  
 a merced de los vientos por el campo florido;  
 la contextura delicada del muelle nido  
 de mimbre, que se mece entre las flexibles ramas  
 del álamo labrador; las grandes oriflamas  
 del pensamiento, que ondean en los torreones,  
 verdaderos fuertes de las organizaciones  
 y que defienden inexpugnables ciudadelas  
 vigiladas por genios que hacen de centinelas;  
 el arco de unos labios de mujer soñadora;  
 la niña de unos ojos de virgen que enamora  
 por su gallardía olímpica; los arcoíris,  
 que después de la lluvia nuestro señor Osiris  
 manda tender sobre la superficie propicia  
 de la tierra, en señal de paz y justicia.

El vate no nació, como ningún ser humano,  
 para llorar; tampoco para tender la mano  
 al transeúnte, en demanda de miserable auxilio;

menos aún para consumirse en el exilio  
 forzado o voluntario a que el error condena.  
 (Una estro a un magnate es siempre una cadena,  
 y el poeta no debe medir, por cortesano  
 que sea, un solo verso para ningún tirano.)

Coge la lira de oro de tus inspiraciones,  
 y conmigo, en la cumbre de las imprecaciones,  
 que lame el océano salado del destino,  
 con nuestros entusiasmos haremos del divino  
 sendero, que conduce a la verdadera vida  
 de la perfectibilidad, tiempo ha presentida  
 por los grandes videntes, como Juan y Daniel,  
 la región abordable, el autóctono vergel,  
 donde todos los seres, como jamás, unidos,  
 en copas de alabastro los jugos prometidos  
 de la felicidad y de la sabiduría  
 bebamos, rebosando de viva simpatía.

#### VOCES

##### I

#### AMOR

Actividad incesante,  
 principio reconocido  
 por el derecho y el deber  
 de la solidaridad: Jehóvih-Oumn.

Amor, esencia  
 que nos exaltas de abeterno...  
 —¿Quién como yo?—  
 frente al tirano  
 el ángel de la concientividad exclamó.

Poder que nos llevas de la mano  
 y, grandiosa, desmesuradamente humano,

irradias de cada quien y cada cual,  
y ello sepamos o no sepamos,  
queramos o no queramos,  
podamos o no podamos,  
es igual.

## II

### VOLUNTAD

La voluntad de los seres libres y dichosos  
—¿Qué importa que quienes no lo sean no me compren-  
dan?—

es la perfecta voluntad:  
hacer mover la idea y su cuerpo;  
una y otro desde dentro,  
hasta llegar a compenetrarse  
en magnífico encuentro  
sexual.

La voluntad impulsa y anima el todo:  
las formas de la vida en potencia, el lodo,  
como las sensaciones del alma humana.

Pensemos de este solidarista modo:  
mientras seamos nosotros mismos  
—y siempre lo seremos—,  
nuestra voluntad nos conducirá serenamente  
a servirnos de la sabiduría de la madre  
y del amor infinito del padre,  
latentes en nuestros propios organismos.

## III

### SABIDURÍA

Principio complementario,  
sabiduría femenina,  
que, de la corona a la base,  
impregnas todas las secciones

de Jod;  
 elemento acariciador,  
 y vibrante,  
 y radiante,  
 y también —¿por qué no?— amenazante,  
 como el ritmo que señala el paso  
 a la Revolución Triunfante,  
 contra el oprobioso sistema de vivir  
 sin producir.

IV  
 ALTURA

He aquí mi saber:  
 querer  
 un mundo en que estén sabiamente ordenadas  
 las calidades,  
 capacidades  
 y actividades  
 maestras, que nos hacen felices;  
 un mundo  
 de conocimiento  
 y libertad;  
 de rectitud, no de vicio,  
 de asociación, no de separatividad;  
 y siempre, siempre fraguar  
 lo mejor;  
 mas, esto para la totalidad  
 —colectividad laborante—,  
 porque sólo de ella es el derecho,  
 que así dejaré explicado:  
 COMO LO QUE ES  
 YA,  
 PERO QUE TIENDE,  
 PORQUE QUIERE Y PUEDE,  
 A SER AÚN MÁS.

VOZ DE REBELDÍA

—¡Hermano entristecido, abraza la rodela,  
e indúctil e insumiso, la cabeza levanta,  
pulsas la lira y sígueme, sé rebelde y canta,  
toma mis alas, coge mis energías y vuela.

Hermano maltratado, ponte la escarapela  
y corre a hundir la punta de tu puñal en tanta  
cobardía secular, diablesa sicofanta,  
cola de perro, que gozosamente te vela.

Dijo la voz, y el orbe trepidó como bajo  
el genio profético de Goethe, y del tajo  
se alzaron vórtices, que temieron reptiles,

y tempestaron iras que admiraron patriarcas.  
Al fin, las entelequias surgían varoniles  
y ponían su sello de fe en los heresiarcas.

MIGUEL D. MARTÍNEZ RENDÓN

HOZ

Flor dentada del martirio,  
soga de acero del campesino,  
puñal curvado hacia el corazón del indio;  
porque el tiempo alimenta  
la mano nervuda que siega,  
y la espiga vuélvese dura;  
porque todos los hombres protestan  
y llega la hora del grito:  
vibra, garfio de las tormentas libertarias,  
signo de Dios en las alturas,  
ceja del mundo.



GERARDO MURILLO  
DR. ATL  
(1875-1964)

**G**erardo Murillo pasó a la inmortalidad con su seudónimo *Dr. Atl*, nombre con el que lo bautizó definitivamente en París el poeta Leopoldo Lugones. Activo en la Revolución Mexicana, se afilió apasionadamente al carrancismo, en el que tuvo a su cargo la organización de los batallones rojos y tuvo una actuación decisiva en la Casa del Obrero Mundial. Al mismo tiempo que estallaba una revolución en su país, se interesó vivamente en la actividad volcánica, como lo demuestra la temprana publicación, en 1913, de *Les volcans du Mexique*. Posteriormente, en 1950 daría a la luz *Cómo nace y crece un volcán. El Parícutín*, que comenzó a formarse en la parte norte de la base del piso de Tancítaro, Michoacán, en 1943. A la pluma de Atl se deben descripciones vívidas del hecho. Sus aportaciones fueron decisivas para la historia del vulcanismo mexicano, y no le fueron a la zaga las que hizo a la pintura del paisaje mexicano.

Aunque su libro *Gentes profanas en el convento* (1950) aparece en el rubro de su trabajo narrativo, en realidad se trata de una obra autobiográfica donde se detalla su relación apasionada con Carmen Mondragón, a la cual llamaría Nahui Ollin, nombre con el que firmaría sus libros y sus cuadros. El título alude a la circunstancia de que los encuentros amorosos de los dos amantes tenían lugar en el estudio que el artista ocupaba en el antiguo convento de La Merced. Además de sus peripecias amorosas, el libro incluye textos de la propia Carmen

Mondragón, los cuales dan prueba de su carácter indómito y su temprana rebelión contra la condición ortodoxa de la mujer.

Los *Cuentos bárbaros* (1930) y los tres volúmenes de *Cuentos de todos colores* —publicados en 1933, 1936 y 1941, respectivamente— del Dr. Atl, lo muestran como un autor vigorado, en los que pone de manifiesto la ritualidad espontánea de los hombres de todas las facciones al estallido del movimiento revolucionario. A su conocimiento del habla coloquial, que introduce en sus cuentos, se alterna un conocimiento de la psicología de sus personajes, la cual formula con unas cuantas pinceladas.

#### “LA VIEJA DE LA PULQUERÍA”<sup>1</sup>

¡Uste ki ombre va a ser, a ber pégueme! A nosotras las mujeres deberas, naiden nos lebanta la mano, ¡i menos las mulas como usted!

El hombre a quien la mujer se dirigía —que estaba ya excitado por el pulque que había ingerido, y por las frases de la vieja— no esperó más: levantó la mano y le lanzó una bofetada. La mujer se escabulló con rapidez y el borracho cayó de bruces.

—¡Ai’stán los ombres d’iora! lebántese desgraciado, yo soy la ke le boy a pegar —y sacó de entre la pretina de la enagua un corto cuchillo, y esperó a que el caído se levantara. Pero el hombre se hacía pato. Comprendía que la riña iba de veras. La hembra adquirió valor y le lanzó una andanada de injurias que hicieron reír a los borrachos que estaban dentro de la pulquería y a la gente que se había detenido pata presenciar el pleito callejero.

Callejero precisamente no —callejono—, porque esta escena se desarrollaba en la esquina de un angosto callejón del barrio de La Merced, frente a la pulquería poéticamente titulada “Horas de Consuelo y de Olvido”, que ostentaba en su fachada, sobre un fondo verde perico, una mujer dormida sobre unas piedras, que tenía delante un vaso lleno de pulque.

Por fin el hombre se levantó esquivando con un manajo de cuerdas —era un cargador de legumbres— los golpes que la mujer le tiraba...

<sup>1</sup> Gerardo Murillo, Dr. Atl, *Cuentos de todos colores*, México, Editorial Botas, 1946.

Apenas contenía su indignación. Se fue retirando poco a poco hasta entrar a la pulquería. La hembra lo siguió y como él iba hacia atrás y estaba bastante borracho tropezó y volvió a caerse. Pero esta vez se levantó violentamente y lleno de furia enarboló las cuerdas y azotó a la mujer.

Un joven intervino —otro cargador— se puso entre los dos luchadores y le reclamó al que pegaba.

—¡Usté métase conmigo i no les pegue a las viejas!

—Usté me gusta pa'vieja, jijo de un tal. —Y arrojando el lazo a un lado sacó, a su vez, un cuchillo, y se echó encima del intruso. Pero los amigos intervinieron, no tan pronto sin embargo que el gendarme echara mano a los rijosos. Cargó con ellos y con la vieja. La gente se quedó haciendo comentarios.

—Karay —decía una mujer tapándose un poco la cara con el rebozo— esta Juanita no tiene remedio: a kada rato los ombres se pelean por eya; ¡ni tan bonita ke juéra! tan kakarisa, i kon esa kortadota ke tiene en el osiko.

—No krea usté —decía otra mujer— ese pobre muchacho ke le reclamó al borracho anda reteenamorado de doña Juanita, ¡ken sabe ké les da!

—¡Ah! —dijo otra mujer— pos les a de dar de la yerba ke tiene doña Petra aí en el puesto de la eskina, ke diske es buena pa'ke los ombres se enamoren di'uno.

—¡No me lo diga'sté! ¿En kuál puesto?

—¡Ande, ande, si usté no la necesita!

Y en tanto Juana había llegado a la comisaría.

Juana realmente era una extraña mujer, por lo feo de su cara, lo androjoso de su vestimenta y por el dominio que ejercía sobre los hombres. Era bajita, delgada, ya de cierta edad, tendría treinta años, picada de viruelas y con una cortada en el hocico —como decía la mujer comentarista— que le ponía un gesto agrio en la boca.

La riña, que había terminado con la intervención de la policía, era una de tantas riñas que la singular atracción de aquella borracha había provocado. En la pulquería y en el barrio se contaban largas series de disputas, puñaladas, palos y pedradas nacidas al calor tumultuoso de las pasiones que aquella hembra provocaba.

Cuando Juana salió libre, después de varias semanas de cárcel, se fue derecho a la pulquería vomitando injurias contra los técnicos, contra el comisario y contra el gobierno, autor de todas sus desgracias. Un grupo de mecaperos, embrutecidos por el alcohol y cubiertos de mugre, le hicieron coro:

—¿Ké tal te jué, Juanita?

—Pos cómo me abía de ir kon esos desgrasiados del gobierno. ¡Me tenían enserrada en un kalaboso oskuro i me estaban matando deambre! ¡i ustedes ké bien me jueron a ber, berdá? Ustedes no son buenos ni pa kargar los bultos de chile, menos pa okuparse de las señoras komo yo, ke ónke me esté mal el desirlo, sabemos representar lo ke semos.

La mujer decía estas palabras con voz firme y profunda convicción.

Luego fue a sentarse en una banca, se quitó el rebozo, echó la cabeza atrás y miró altaneramente desde el pulquero hasta el último cliente.

Uno de éstos se acercó con mucha parsimonia a Juanita, y le dijo:

—Mira, Juanita: ases mal en jugarnos ansina, de malos ombres. Yo, por mi parte, siempre te e tenido kondisión, i akí estoi pa probártelo.

—Yo también —dijo uno de los cargadores que escuchaban y que llevaba enredada en el brazo una gran cantidad de cuerdas— yo también le tengo lei, más ke esti otro.

—A ber —dijo la vieja— apruébenmelo; me kedo con el ke sea más templado.

Juanita miró a los dos individuos con un mirar profundo y maligno. Sus ojos tenían un fulgor lividinoso, y al levantarse para provocar a aquellos hombres, parecía una gata en brama.

—Si se kéren matar —dijo el pulquero— mátense ayá’juera. No me bayan a ensusiar el suelo con su kochina sangre— y los empujó hacia el callejón.

Los dos tipos sacaron sendos cuchillos, se quitaron los sombreros y empezaron a tirarse tajos con furia salvaje.

Pronto uno de ellos hirió al contrario, y éste se puso a la defensiva; pero luego atacó con furia. Paralizó con un brusco movimiento los brazos de su rival y llevando el cuchillo, hasta el vientre se lo metió arriba del miembro y le abrió el abdomen hasta las costillas. Los

intestinos se salieron y el herido se tambaleó y cayó de bruces sobre un montón de tripas.

Juanita soltó la risa y le dijo al matador:

—Así me gusta, ke no se tienten el korasón pa kumplir su boluntá.

—Luego miró al caído. Hizo un gesto de desprecio profundo, paseó su mirada de reina ofendida en tragedia de teatro de barrio sobre todos los presentes y dijo:

—¡Al ke le pareska mal, ke me lo diga!

Esperó un momento, todo el mundo callaba.

—Bueno, me boi con mi ombre.

Y se fue...





GRISELDA ÁLVAREZ  
PONCE DE LEÓN  
(1913-2009)

**L**e correspondió un lugar muy notable en la historia de México al convertirse en la primera gobernadora de su estado natal, Colima, mandato que duró de 1979 a 1984. Su apellido materno se remontaba a los conquistadores españoles y por sus venas corría la sangre de un antiguo constituyente de 1857, el general Manuel Álvarez Zamora, quien fue además el primer gobernador del estado de Colima.

A lo largo de su fructífera existencia, Griselda Álvarez desarrolló una importante tarea política, y se dedicó sobre todo a labores sociales y educativas. Sin ejercer un feminismo adjetivo, defendió los derechos de las clases más desprotegidas y fue notable en este sentido su labor en beneficio de los derechos de las mujeres.

Paralelamente a su labor política, desarrolló una importante labor literaria. Gran artífice del soneto —una forma que exige gran creatividad para no quedarse en la pura retórica—, como dan muestra los dedicados a los artículos de la Constitución. En ese desafío, la poeta mostraba su peculiar capacidad, ya demostrada en un libro como *Anatomía superficial* (1967), homenaje al varón como compañero de vida.

Otras obras suyas son *Cementerio de pájaros* (1956), *Dos cantos* (1959), *Desierta compañía* (1961), *Letanía erótica para la paz* (1963), *La sombra niña* (1965), *Estación sin nombre* (1972), *Erótica* (1999) y sus memorias contenidas en el volumen *Cuesta arriba*.

Además de otros notables reconocimientos, en 1996 fue galardonada con la medalla Belisario Domínguez.

*GLOSA DE LA CONSTITUCIÓN EN SONETOS*<sup>1</sup>  
(SELECCIÓN)

ARTÍCULO 3°

Dotar de educación al ser humano,  
tema es del Artículo Tercero,  
pero esa educación será primero  
laica y obligatoria. De la mano

irá también gratuita. El mexicano  
tiene “la mesa puesta”, verdadero  
y oportuno lugar donde es lindero  
sólo su esfuerzo firma y cotidiano.

Este Artículo pone nuestra base,  
es primer escalón de la cultura  
pues con el alfabeto la luz nace

y es el laicismo gran puente de altura  
donde se ve de arriba lo que se hace.  
La conciencia de Patria se asegura.

ARTÍCULO 27°

Más de un soneto se hace necesario  
al tratar de escribir el Veintisiete  
que apegarse a la Ley es un paquete  
y nadie de la Ley es propietario.

<sup>1</sup> Griselda Álvarez Ponce de León, *Glosa de la Constitución en sonetos*, México, SEP-INEHRM (Biblioteca Constitucional), 2017.

El Artículo trata de lo agrario,  
de la pequeña propiedad y mete  
en extensos renglones qué compete  
sobre todo al derecho parcelarlo.

Habla de concesión de minerales,  
de abastecer eléctrica energía,  
de bienes y recursos naturales,  
de tribunales y ganadería  
y establecer reservas nacionales  
que a la justicia rindan pleitesía.

MÁS DEL ARTÍCULO 27°

Propiedades de México: la tierra,  
su mar territorial, laguna, lago,  
estas playas —belleza en que me embriago—,  
estos bosques donde el calor me encierra,

planicie, abismo, todo lo que aterra  
y lo que no, cuando la luna apago,  
los cauces, los esteros donde vago  
ahíta de crepúsculos y sierra,

zócalo de las islas submarino  
doscientas millas náuticas poseo,  
una rica Nación si la examino,

con petróleo, con minas, con deseo  
de tener democracia por destino  
y de ser soberana por fogueo.

ARTÍCULO 123°

De verdad este Artículo es hermoso.  
A todos da derecho en el trabajo,

lo más completo que la Ley nos trajo:  
de noche siete horas por riesgoso

y diurno de ocho, máximo y forzoso.  
De dieciséis la edad; que es un relajo  
que los niños trabajen a destajo  
o como sea, en afán ruinoso.

Distinto en los adultos. Es completo  
este Artículo que derrama dones;  
ya que el trabajador es el sujeto

considerado en todos sus renglones  
lo sabe compensar pues es su objeto,  
cumplido está al cumplirse sus razones.

#### ARTÍCULO 130°

Aunque haya embajador del Vaticano  
extrañas siempre son las relaciones  
pues la Historia nos marca las razones  
que tiene alerta a todo mexicano.

Hay derecho a votar cual ciudadano  
pero no a ser votado. En ocasiones  
metralletas, sotanas y cañones  
han sido rara mezcla en un cristiano.

No tendrán cargos públicos, ni un clavo.  
De la política no habrá ni glosa.  
No podrán heredar; al fin y al cabo

el voto de pobreza los acosa.  
Pero hay compensación sin menoscabo:  
representar a Dios no es poca cosa.



## EDMUNDO VALADÉS (1915-1994)

**N**acido en Guaymas, Sonora, desde su juventud ejerció el periodismo. En 1939 fundó la revista *El Cuento*, la cual tuvo una segunda y larga época de 1964 a 1994, en la que el autor y la publicación se convirtieron en un punto de convergencia de amantes de ese género que, de acuerdo con Edgar Allan Poe, debía contar con brevedad, intensidad y efecto.

Desde la revista *El Cuento*, Valadés se convirtió en un maestro, porque de su pluma salieron cuentos imprescindibles de nuestro canon. Entre otras impostergables tareas, Valadés se dedicó a dignificar el cuento, ese mecanismo impecable donde no se admiten los escalones de descanso que la novela permite.

En la advertencia a *Los cuentos de El Cuento*, señalaba que había elegido aquellas piezas que hicieran “estallar la sonrisa agradecida, la fantasía incalculada, la recreación sorpresiva o inesperada de la realidad; que produjera la revelación, fulminante o prodigiosa, de incidentes que nos ocurren o que ocurren a nuestro alrededor y que no habíamos sabido ver ni cantar”.

El cuento “La Muerte tiene permiso”, múltiples veces antologado, no ha perdido su fuerza ni vigencia con el paso de los años. Al igual que *Fuenteovejuna*, una de las más celebradas obras del dramaturgo Félix Lope de Vega y Carpio, la colectividad se convierte en un solo personaje invencible y poderoso, justiciero y solidario. Los habitantes

de la comunidad se transforman en un tribunal colectivo que decide hacer justicia por propia mano, ante los oídos sordos de las autoridades y la omnipotencia del gobernante en turno.

“LA MUERTE TIENE PERMISO”<sup>1</sup>

Sobre el estrado, los ingenieros conversan, ríen. Se golpean unos a otros con bromas incisivas. Sueltan chistes gruesos cuyo clímax es siempre áspero. Poco a poco su atención se concentra en el auditorio. Dejan de recordar la última juerga, las intimidades de la muchacha que debutó en la casa de recreo a la que son asiduos. El tema de su charla son ahora esos hombres, ejidatarios congregados en una asamblea y que están ahí abajo, frente a ellos.

—Sí, debemos redimirlos. Hay que incorporarlos a nuestra civilización, limpiándolos por fuera y enseñándolos a ser sucios por dentro...

—Es usted un escéptico, ingeniero. Además, pone usted en tela de juicio nuestros esfuerzos, los de la Revolución.

—¡Bah! Todo es inútil. Estos jijos son irredimibles. Están podridos en alcohol, en ignorancia. De nada ha servido repartirles tierras.

—Usted es un superficial, un derrotista, compañero. Nosotros tenemos la culpa. Les hemos dado las tierras, ¿y qué? Estamos ya muy satisfechos. Y el crédito, los abonos, una nueva técnica agrícola, maquinaria, ¿van a inventar ellos todo eso?

El presidente, mientras se atusa los enhiestos bigotes, acariciada asta por la que iza sus dedos con fruición, observa tras sus gafas, inmune al floreteo de los ingenieros. Cuando el olor animal, terrestre, picante, de quienes se acomodan en las bancas, cosquillea su olfato, saca un paliacate y se suena las narices ruidosamente. Él también fue hombre del campo. Pero hace ya mucho tiempo. Ahora, de aquello, la ciudad y su posición sólo le han dejado el pañuelo y la rugosidad de sus manos.

Los de abajo se sientan con solemnidad, con el recogimiento del hombre campesino que penetra en un recinto cerrado: la asamblea o el templo. Hablan parcamente y las palabras que cambian dicen de cosechas, de lluvias, de animales, de créditos. Muchos llevan sus itacates

<sup>1</sup> Edmundo Valadés, *La Muerte tiene permiso*, 3a. ed., México, FCE, 2000, pp. 7-13.

al hombro, cartucheras para combatir el hambre. Algunos fuman, sosegadamente, sin prisa, con los cigarrillos como si les hubieran crecido en la propia mano.

Otros, de pie, recargados en los muros laterales, con los brazos cruzados sobre el pecho, hacen una tranquila guardia.

El presidente agita la campanilla y su retintín diluye los murmullos. Primero empiezan los ingenieros. Hablan de los problemas agrarios, de la necesidad de incrementar la producción, de mejorar los cultivos. Prometen ayuda a los ejidatarios, los estimulan a plantear sus necesidades.

—Queremos ayudarlos, pueden confiar en nosotros.

Ahora, el turno es para los de abajo. El presidente los invita a exponer sus asuntos. Una mano se alza, tímida. Otras la siguen. Van hablando de sus cosas: el agua, el cacique, el crédito, la escuela. Unos son directos, precisos; otros se enredan, no atinan a expresarse. Se rasan la cabeza y vuelven el rostro a buscar lo que iban a decir, como si la idea se les hubiera escondido en algún rincón, en los ojos de un compañero o arriba, donde cuelga un candil.

Allí, en un grupo, hay cuchicheos. Son todos del mismo pueblo. Les preocupa algo grave. Se consultan unos a otros: consideran quién es el que debe tomar la palabra.

—Yo crío que Jilipe: sabe mucho...

—Ora, tú, Juan, tú hablaste aquella vez...

No hay unanimidad. Los aludidos esperan ser empujados. Un viejo, quizá el patriarca, decide:

—Pos que le toque a Sacramento...

Sacramento espera.

—Ándale, levanta la mano...

La mano se alza, pero no la ve el presidente. Otras son más visibles y ganan el turno. Sacramento escudriña al viejo. Uno, muy joven, levanta la suya, bien alta. Sobre el bosque de hirsutas cabezas pueden verse los cinco dedos morenos, terrosos. La mano es descubierta por el presidente. La palabra está concedida.

—Órale, párate.

La mano baja cuando Sacramento se pone en pie. Trata de hallarle sitio al sombrero. El sombrero se transforma en un ancho estorbo, crece, no cabe en ningún lado. Sacramento se queda con él en las ma-

nos. En la mesa hay señales de impaciencia. La voz del presidente salta, autoritaria, conminativa:

—A ver ese que pidió la palabra, lo estamos esperando.

Sacramento prende sus ojos en el ingeniero que se halla a un extremo de la mesa. Parece que sólo va a dirigirse a él; que los demás han desaparecido y han quedado únicamente ellos dos en la sala.

—Quiero hablar por los de San Juan de las Manzanas. Traimos una queja contra el presidente municipal que nos hace mucha guerra y ya no lo aguantamos. Primero les quitó sus tierritas a Felipe Pérez y a Juan Hernández, porque colindaban con las suyas. Telegrafiamos a México y ni nos contestaron. Hablamos los de la congregación y pensamos que era bueno ir al Agrario, pa la restitución. Pos de nada valieron las vueltas ni los papeles, que las tierritas se le quedaron al presidente municipal.

Sacramento habla sin que se alteren sus facciones. Pudiera creerse que reza una vieja oración; de la que sabe muy bien el principio y el fin.

—Pos nada, que como nos vio con rencor, nos acusó quesque por revoltosos. Que parecía que nosotros le habíamos quitado sus tierras. Se nos vino entonces con eso de las cuentas; lo de los préstamos, señor, que dizque andábamos atrasados. Y el agente era de su mal parecer, que teníamos que pagar hartos intereses. Crescencio, el que vive por la loma, por ai donde está el aguaje y que le intelige a eso de los números, pos hizo las cuentas y no era verdá: nos querían cobrar de más. Pero el presidente municipal trajo unos señores de México, que con muchos poderes y que si no pagábamos nos quitaban las tierras. Pos como quien dice, nos cobró a la fuerza lo que no debíamos...

Sacramento habla sin énfasis, sin pausas premeditadas. Es como si estuviera arando la tierra. Sus palabras caen como granos, al sembrar.

—Pos luego lo de m'ijo, señor. Se encorajinó el muchacho. Si viera usted que a mí me dio mala idea. Yo lo quise detener. Había tomado y se le enturbió la cabeza. De nada me valió mi respeto. Se fue a buscar al presidente municipal; pa reclamarle... Lo mataron a la mala, que dizque se andaba robando una vaca del presidente municipal. Me lo devolvieron difunto; con la cara destrozada...

La nuez de la garganta de Sacramento ha temblado. Sólo eso. Él Continúa de pie, como un árbol que ha afianzado sus raíces. Nada

más. Todavía clava su mirada en el ingeniero, el mismo que se halla al extremo de la mesa.

—Luego, lo del agua. Como hay poca, porque hubo malas lluvias, el presidente municipal cerró el canal. Y como se iban a secar las milpas y la congregación iba pasar mal año, fuimos a buscarlo; que nos diera tantita agua, señor, pa nuestras siembras. Y nos atendió con malas razones; que por nada se amuina con nosotros. No se bajó de su mula, pa perjudicarnos...

Una mano jala el brazo de Sacramento. Uno de sus compañeros le indica algo. La voz de Sacramento es lo único que resuena en el recinto.

—Si todo esto fuera poco, que lo del agua, gracias a la Virgencita hubo más lluvias y medio salvamos las cosechas, está lo del sábado. Salió el presidente municipal con los suyos, que son gente mala y nos robaron dos muchachas: a Lupita, la que se iba casar con Herminio, y a la hija de Crescencio. Como nos tomaron desprevenidos, que andábamos en la faena, no pudimos evitarlo. Se las llevaron a fuerza al monte y ai las dejaron tiradas. Cuando regresaron las muchachas, en muy malas condiciones, porque hasta de golpes les dieron, ni siquiera tuvimos que preguntar nada. Y se alborotó la gente de a deveras, que ya nos cansamos de estar a merced de tan mala autoridad.

Por primera vez, la voz de Sacramento vibró. En ella latió una amenaza, un odio, una decisión ominosa.

—Y como nadie nos hace caso, que a todas las autoridades hemos visto y pos no sabemos dónde andará la justicia, queremos tomar aquí providencias. A ustedes —y Sacramento recorrió ahora a cada ingeniero con la mirada y la detuvo ante quien presidía—, que nos prometen ayudarnos, les pedimos su gracia para castigar al presidente municipal de San Juan de las Manzanas. Solicitamos su venia para hacernos justicia por nuestra propia mano...

Todos los ojos auscultan a los que están en el estrado. El presidente y los ingenieros, mudos, se miran entre sí. Discuten al fin.

—Es absurdo, no podemos sancionar esta inconcebible petición.

—No, compañero, no es absurda. Absurdo sería dejar este asunto en manos de quienes no han hecho nada, de quienes han desoído esas voces. Sería cobardía esperar a que nuestra justicia hiciera justicia; ellos ya no creerán nunca más en nosotros. Prefiero solidarizarme con

estos hombres, con su justicia primitiva, pero justicia al fin; asumir con ellos la responsabilidad que me toque. Por mí, no nos queda sino concederles lo que piden.

—Pero somos civilizados, tenemos instituciones; no podemos hacerlas a un lado.

—Sería justificar la barbarie, los actos fuera de la ley.

—¿Y qué peores actos fuera de la ley que los que ellos denuncian? Si a nosotros nos hubieran ofendido como los han ofendido a ellos; si a nosotros nos hubieran causado menos daños que los que les han hecho padecer, ya hubiéramos matado, ya hubiéramos olvidado una justicia que no interviene. Yo exijo que se someta a votación la propuesta.

—Yo pienso como usted, compañero.

—Pero estos tipos son muy ladinos, habría que averiguar la verdad. Además, no tenemos autoridad para conceder una petición como ésta.

Ahora interviene el presidente. Surge en él el hombre del campo. Su voz es inapelable.

—Será la asamblea la que decida. Yo asumo la responsabilidad.

Se dirige al auditorio. Su voz es una voz campesina, la misma voz que debe haber hablado allá en el monte, confundida con la tierra, con los suyos.

—Se pone a votación la proposición de los compañeros de San Juan de las Manzanas. Los que estén de acuerdo en que se les dé permiso para matar al presidente municipal, que levanten la mano...

Todos los brazos se tienden a lo alto. También los de los ingenieros. No hay una sola mano que no esté arriba, categóricamente aprobando. Cada dedo señala la muerte inmediata, directa.

—La asamblea da permiso a los de San Juan de las Manzanas para lo que solicitan.

Sacramento, que ha permanecido en pie, con calma, termina de hablar. No hay alegría ni dolor en lo que dice. Su expresión es sencilla, simple.

—Pos muchas gracias por el permiso, porque como nadie nos hacía caso, desde ayer el presidente municipal de San Juan de las Manzanas está difunto.

## JOSÉ REVUELTAS (1914-1976)

Junto con Octavio Paz y Efraín Huerta, José Revueltas completa la tríada de grandes escritores nacidos el año del estallido de la Primera Guerra Mundial y que llegan a su mayoría de edad cuando el mundo es sacudido por grandes movimientos sociales. Oriundo de la ciudad de Durango, se crió en los minerales de San Andrés de la Sierra. Con el paso del tiempo se convertiría en escritor y conciencia moral, sobre todo entre la generación de los más jóvenes, así como en parte de una ilustre familia de artistas: el pintor Fermín Revueltas, el compositor Silvestre Revueltas y la actriz Rosaura Revueltas.

Cuando aún no cumplía 15 años, su militancia en el Partido Comunista Mexicano lo llevó por primera vez a la cárcel, experiencia transmutada en su relato “El quebranto”, aparecido inicialmente en la revista *Taller*. Posteriormente fue trasladado a las Islas Marías, vivencia que plasmó en su primera novela notable, *Los muros de agua* (1941). Con *El luto humano* (1943) obtuvo el Premio Nacional de Novela y, en 1967, el Premio Xavier Villaurrutia por el conjunto de su destacable obra literaria.

El año 1968 fue decisivo en su vida política y literaria, pues a raíz de los acontecimientos y su apoyo al movimiento estudiantil fue llevado a la Penitenciaría de Lecumberri. Además de sus importantes escritos políticos surgidos desde allí, nuevamente su visión de la injusta y

sórdida vida carcelaria apareció en el relato, breve e intenso, titulado *El apando* (1969).

Como bien señala el *Diccionario de escritores mexicanos* bajo la dirección de Aurora Ocampo: “El renombre literario de José Revueltas, hombre de izquierda, narrador, dramaturgo y ensayista, empezó con la publicación de su novela *El luto humano*, por esa sorda fuerza interior que anima a sus personajes, así como por su aliento de sincero y apasionado mensaje”.

LOS DÍAS TERRENALES<sup>2</sup>  
(FRAGMENTO)

III

Bautista y Rosendo caminaban a ciegas a lo largo de la vía del ferrocarril, con la propaganda bajo el brazo. A sus espaldas, sobre sus cabezas, en torno de sus cuerpos, unida a la piel como la malla de un bailarín, los rodeaba la negra ciudad sin límites, ahora tan absurdamente desconocida sin la dimensión ni la consistencia familiares, cardinales, que durante el día permiten establecerla.

Sin cielo alguno, sin estrella polar alguna que le diese a su navegar intangible de ciudad que viaja a bordo del planeta la brújula de su propio sitio, la señal natalicia de su geografía, y sin que respirara dentro del espeso líquido sin luz de la madrugada, su existencia misma se había vuelto dudosa, vaga, apenas la existencia de una ciudad submarina bajo las tinieblas.

En esta forma Bautista y Rosendo, si bien seguros por cuanto a no ser descubiertos por la policía, se sentían no obstante víctimas de una indefinida turbación orgánica, fisiológica, cual si la oscuridad fuese un tejido hostil, una suerte de protoplasma adverso que rodeara al espíritu sin permitirle nacer, sin dejarlo romper una placenta enemiga y sorda, a la manera como sucede en el recuerdo, ligeramente atroz, de cuando, desde el vientre materno, quizá se experimentaron unas cosas extrañas

<sup>2</sup> José Revueltas, *Los días terrenales*, México, Era, 1973.

que eran el deseo de sentir y, al mismo tiempo, la angustiada imposibilidad de ese deseo.

De súbito Bautista se detuvo casi con una sensación de alegría.

—¡Espérate! —dijo a Rosendo como si con esto fuera a convertir en más propicio, más fértil y exacto el silencio que necesitaba para escuchar las campanadas del lejano reloj—. ¡Déjame contar!

Ambos escucharon muy quietos, concediéndole inesperadamente una importancia extraordinaria al sonido del reloj.

—Cuatro —musitó luego Bautista—. Son las cuatro. Esperaremos entonces una hora.

Aquello era nuevo y hermoso. Era libertarse de la oscuridad y encontrar nuevamente el camino. Sin embargo, lo que el reloj había marcado en realidad no fueron sino tres series de cuatro campanadas cada una, que indicaban las tres cuarenta y cinco tan sólo.

Pero la ciudad, al conjuro mágico de estos sonidos improvisaba un ámbito que no se le conocía, se trazaba unas fronteras invisibles como si hubiese hecho descender un puente levadizo entre el no Ser y el Ser, entre su no existencia anterior de tinieblas y eso localizadamente vivo que al dejarse escuchar desde uno de sus espacios terrenales concretos la hacía adquirir un territorio inesperado, nada más del oído, sólo posible en noches tan categóricas y herméticas como ésta.

Pensó Bautista que algo ocurre en el Valle de México que lo permite así. A la diafanidad, a la transparencia visual de sus mañanas luminosas, corresponden, en las horas más negras de la noche, una diafanidad, una transparencia acústicas; un dejarse oír las campanadas de algún reloj, los silbatos de las locomotoras, el ladrido de los perros, el rumor del viento sobre los árboles, y hasta a veces los pasos inquietantes y desconocidos de alguien que se encamina quién sabe con qué rumbo ni con qué destino, que trazan sus contornos no en una forma arbitraria sino como por el concierto de la inteligencia, formando prodigiosas líneas euclidianas del ruido —algún dodecaedro de voces o el cúbico rumor de los trabajadores nocturnos—, de pureza y perfección cabales y llenas de ordenada sabiduría.

Era una forma de trasposición extraña, se le ocurrió a Bautista, mágica. Igual que en las translúcidas mañanas del otoño no parece haber distancia alguna que separe los volúmenes de los árboles, de las

montañas, de las llanuras que se ven en el valle, sin que por eso se mezclen ni confundan, o, más exactamente, parece no tener esa distancia el sentido rectilíneo de una profundidad que siguiera su trayectoria de un primer a un último término horizontales, sino el de una profundidad diferente y opuesta, conducida por una especie de sentido deliberado que se empeña en una ordenación de las cosas de abajo hacia arriba, al modo de los bajorrelieves egipcios, y entonces pueden verse los pinos, cada uno de ellos solo, diríase aparte y sin nexo con el bosque, en las faldas del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, o puede seguirse desde muy lejos la ruta de un caminante en las Lomas de Padierna; así, en la misma forma, en esta madrugada sin estrellas, dentro de la solitaria y profunda oscuridad, Bautista y Rosendo percibían la orquestación de una ciudad inédita, desconocida, el resumen de cuyas distancias, al aproximar una con otra las más separadas partes de su cuerpo, parecía darles el contorno no ya de la ciudad moderna y cosmopolita, sino el de un México primitivo, ignorado y profundo, tal vez la Tenochtitlan prehispánica, posfigurada y vuelta a nacer en el oído casi en virtud de cierta metempsicosis hacia atrás, hacia siglos lejanos.

Se sentaron al pie del talud de La Curva, el sitio donde la vía del Ferrocarril de Cintura se quiebra, al límite de la ciudad, para entroncar más adelante, en el Canal del Norte, con las líneas que salen de la Garita de Peralvillo.

Había sido asombroso el escuchar, a tal distancia, las campanadas del reloj, pues se trataba del reloj de la Penitenciaría, al extremo este. “Ésta es mi ciudad”, se dijo Bautista con emoción. Había un sentimiento amoroso y asombrado, pues la geografía nocturna de la ciudad de México trastoca, subvierte los puntos cardinales, y al mezclar el pan y el vino del tiempo y el espacio se transustancia en una unidad extraña que hace posible la convivencia de sucesos ocurridos hace cuatro siglos con cosas existentes hoy; piedras que ya existían en el año de Ce Ácatl con campanas y fábricas y estaciones y ferrocarriles. Escuchó con atención de ciego, tenazmente, igual que un avaro, con una especie de sed. Voces que venían desde Tlatelolco, donde Zumárraga edificó el Colegio de los Indios Nobles, se escuchaban a más de dos o tres kilómetros, en la plaza donde los acróbatas de Moctezuma hacían el juego de El Volador; lamentos y silbatos provenientes de Popotla

y Atzacapotzalco, por donde el tirano Maxtla paseara a cuestras de los señores sus vasallos el rigor de su crueldad y el hosco silencio de su melancolía, escuchábanse en Mixcalco y en La Candelaria, en otro tiempo calpullis y chinampas cruzadas por espejeantes canales. No importaba que los ruidos de Tlatelolco y Nonoalco fuesen el aletear, como rojo pájaro ciego, de la respiración fatigada de alguna locomotora, o el ardiente ir trasmutando la materia de los alimentadores de los altos hornos de La Consolidada; ni que ese largo sollozo de Atzacapotzalco se transformara en la sirena de la Refinería: eran también el rumor de los antiguos tianguis, el canto de los sacerdotes en los sacrificios y el patético batir de remotos teponaxtles.

Bautista produjo un pequeño rumor de papel, suave, crujiente, al mismo tiempo sedoso y de hojas secas, al buscar bajo el peto de su pantalón los cigarrillos, aunque también ése, extrañamente, podría ser otra clase de ruido, con ansiedad, apresurado y agorero, como el del condenado a fusilamiento que cinco minutos antes de la ejecución se dispone a fumar, uno tras otro, todos los cigarrillos posibles. Rosendo sintió una especie de miedo y de dolor al darse cuenta, pero en el momento en que la flama del fósforo iluminó el rostro de Bautista, desde abajo, marcando sus pómulos con gruesas líneas y haciéndole en derredor de la frente un halo de tinieblas, Rosendo se tranquilizó al mirar otra vez aquellas cejas anchas y aquellos ojos profundos, violentos y sin embargo matizados de amable inteligencia, que afirmaban la seguridad de que a ese hombre no le ocurriría nada, aun en los mayores peligros.

Bautista aspiró el humo como si recogiera la noche con los pulmones y se empapara de ella por dentro. Sus labios sonrieron con burla y cariño, pero, se antojaba, simultáneamente con cierta nostalgia por algo que acaso no tuviera nombre y que sería quizá o la infancia o el amor o una inconfesada ternura. Tantas cosas. Hasta simple tristeza, aunque parecía imposible sentir tristeza en esos momentos, a pesar de todo lo ocurrido.

A pesar de lo ocurrido con la pequeña Bandera, esa mañana a las diez, y ante lo cual, de todos modos, el sentimiento más adecuado no podía ser la tristeza, quién sabe por qué.

Había sido inconcebible que alguien, menos aún una niña tan pequeña, hubiera podido morir a tal hora, cuando hacía tanta luz, cuando

el radiante y luminoso sol de esa mañana derramaba en el patio de la vecindad colores tan contrarios a la muerte, azules y rosas en los tendederos, verdes floridos en los tiestos y en las macetas, transparente cobalto en el agua de las pilas, y cuando las voces y gritos de los chiquillos resultaban tan sorprendentes ahí, separados de la soledad y el sufrimiento apenas por un muro.

Al saber la muerte de la niña la portera fue a llamar a la vivienda de Fidel y Julia “para ver qué se ofrecía” y, como dijo con una expresión doliente pero gustosa en el fondo y mientras, con disimulo, intentaba mirar hacia el interior, “ver si no querían que les ayudara a vestir al angelito”.

Dentro hubo una pequeña conmoción, aprensiva y llena de contrariedad. La portera no estaba al tanto de la verdadera clase de actividades a que se dedicaban aquellos inquilinos tan serios y silenciosos. Se le había dicho que Fidel era encuadernador de libros, y como, en efecto, las personas que ahí entraban salían después con grandes paquetes, ella ya no tuvo ninguna razón para dudarle si alguna vez lo puso en tela de juicio.

Rosendo fue quien abrió al llamado de la portera. Ésta hablaba cubriéndose la boca con una punta del delantal, algo muy común para ella ante sucesos a un tiempo conmovedores y dignos de curiosidad, como si, defendida por el embozo, sus palabras adquiriesen un cierto delicado pudor, una cierta intención de pleitesía casi amorosa ante la desgracia ajena.

—¡Mándala al carajo! —ordenó Fidel desde el fondo del cuarto, en voz muy apagada para que no escuchara la mujer.

Rosendo dudó un instante en tanto los ojos de la portera brillaban con una chispa de placer y regocijo diabólicos.

—Muchas gracias —mintió Rosendo entonces—, pero Julia, mi hermana —mintió por segunda vez—, se siente muy mal y no quiere ver a nadie. Se lo agradecemos mucho, de todos modos.

Bautista, por su parte, había llegado cuando la niña ya estaba muerta y sus emociones sólo se expresaron en su rostro con un estupor infinito, incomprensible en una gente al parecer tan equilibrada, sin que se atreviese a pronunciar palabra o a formular pregunta alguna.

Julia lo miró a los ojos bárbaramente, con la actitud de un animal, de un perro al que se ha golpeado, e hizo entonces, sin que ese

movimiento tuviese relación alguna con nada de cuanto ocurría, una inclinación afirmativa de cabeza, dos, tres veces, cuatro, horrible.

—Hoy a las diez —dijo como en respuesta a una pregunta que con toda su alma hubiera querido que le dirigiera, pero que Bautista no formuló.

Éste dejó caer la mano sobre el hombro de la mujer oprimiéndolo con dureza. Luego se sentó, siempre sin hablar, las mandíbulas apretadas con rabia y el entrecejo fruncido coléricamente.

Transcurrieron largos minutos silenciosos en que sólo se escuchaba el ruido de la máquina donde escribía Fidel. Al terminar la hoja sacó el escrito con mucho cuidado, con la delicadeza de un artista que no quiere estropear su obra, y luego, al darse cuenta de que el papel carbón estaba adherido entre dos páginas, comenzó a desprenderlo cautelosamente, sin mirar a los demás, magnífico y austero, como el sacerdote de una pavorosa religión escalofriante. Volvióse después hacia los demás y los miró uno por uno con un asombro triste y desconsolado pero al que parecía contradecir una apenas perceptible sonrisa, que podría ser de orgullo, primero a Bautista y enseguida a Julia y a Rosendo, para finalizar en Ciudad Juárez, que dormía encogido en un rincón después de haber pasado la noche en vela junto a la niña.

Aquel cuarto —la “oficina ilegal” como se le llamaba en el argot conspirativo— era estrecho, pobre, mal ventilado y frío, y así, de pronto todos cayeron en la cuenta del apresurado olor a muerte que ya se desprendía de Bandera.

Nadie se hubiese atrevido a confesarlo, pero la atención de todos —su atención secreta, sumergida, la que ninguno podría manejar a voluntad— giraba en torno a ese olor, estaba unida a él con un cordón umbilical desasosegante, que los hacía una especie de cómplices de algún crimen o enfermedad común, de los que, sabiéndose culpables, se esforzaran por encubrirse los unos a los otros con el mayor empeño.

Los ojos de Fidel parecían los de un alucinado. Sin duda durante algunos instantes estuvo completamente ciego, mirando sólo dentro de sí mismo quién sabe qué sucesión de sentimientos terribles. En realidad lo que antes pareció sonrisa no era sino el temblor convulso de sus labios, grises y con grietas, a los que inútilmente trató de humedecer con su lengua sin saliva. Se detuvo largo tiempo otra vez sobre Bautista,

como si hubiese olvidado por completo las palabras que debiera dirigirla.

—¿A qué horas —exclamó por fin— te entregarán la propaganda? —sin embargo, todos comprendieron que, evidentemente, esta pregunta no tenía otro propósito que el de sobreponerse al olor de Bandera e indicar que no se le debería conceder la menor importancia cuando la vida estaba tan llena de cosas que eran mucho más serias y trascendentales que esa inevitable descomposición orgánica.

Antes de replicar nada Bautista se puso en pie y fue a colocarse junto a la cuna donde estaba Bandera. Su mirada se clavó con insistencia absurda sobre la pequeña frente del cadáver, de un amarillo blancuzco y tan transparente que, se antojaba, podría mostrar el interior del cráneo con sólo un esfuerzo de la vista.

—¡Tú estás bien enterado —repuso Bautista—, no sé para qué lo preguntas! Precisamente ahora vengo de la imprenta. Ambrosio González y Gómez Lorenzo me dijeron que la propaganda estará lista entre seis y siete.

Rosendo sentía gran admiración frente a todo aquello. Las palabras “ahora vengo de la imprenta” le hacían ver en Bautista un ser extraordinario, a todas luces superior, pues conocer el sitio donde estaba la imprenta del Partido era un privilegio que apenas se concedía a los militantes más insospechables y de los que se podría tener una seguridad absoluta. Pero luego, también, estaba cierta incomodidad culpable por haberse enterado de los nombres de aquellos camaradas que dirigían la “imprenta ilegal”. Entonces escuchó un curioso término nuevo, que no había oído sino hasta ese momento.

Fidel golpeó con el puño sobre el escritorio, en un acceso de súbita cólera, mientras erguía el dedo pulgar señalando al cielo.

—¡Cuida tus palabras, camarada Bautista! —exclamó amenazadoramente—. ¡Estás *deconspirando*! ¿Por qué tienes que decir que vienes de la imprenta y quiénes son los que trabajan ahí? ¿No sabes que si hubiera un agente provocador entre nosotros le bastaría con hacer que te siguieran los pasos para que la policía diera con la imprenta?

Bautista sintió en la actitud de Fidel al decir esto, pero sobre todo al oírlo pronunciar con tanto énfasis el horrible barbarismo, el santo celo, a un tiempo iracundo y feliz, de un Doctor de la Ley que se

apresura a denunciar una atroz herejía, una inadmisibles infracción a los textos sagrados.

—¡Pendejadas! —repuso con el rostro enrojecido y sin apartar la mirada de la niña muerta—. ¡Tú sabes que entre los que estamos aquí no hay ningún agente provocador!

Le habían indignado las innecesarias y estúpidas palabras de Fidel, pero, sobre todo, aquel *deconspirando* de cuyo uso Fidel parecía valer-se como un timbre de superioridad, diríase “técnica”, al modo como los médicos o los especialistas de no importa qué actividad, a causa de cierta inevitable pedantería del oficio, se deleitan ante los profanos con el recurso de dar a las cosas más simples y habituales los nombres más abstrusos. Aquello era sumamente irritante, sin embargo de que Bautista comprendía que toda esa charla no significaba otra cosa que el empeño por ignorar, o dar como ignorada la muerte de Bandera, aunque no por eso tal empeño dejase de ser infructuoso ya que en el fondo nadie —ni Fidel mismo—podía quitarse ese pensamiento de encima, a pesar de todos los esfuerzos que se hicieran.

Tomó entre sus manos los rígidos dedos de la niñita muerta, que eran como las patas de una araña de alambre, pero no pudo lograr que se extendieran, flacos y tiesos hasta lo increíble como estaban. “De pura desnutrición”, se dijo al pensar en la muerte de la niña con un sentimiento amargo y profundamente desolado, mientras oía que Fidel le replicaba.

—¡Claro que no hay provocadores entre nosotros! Pero de lo que se trata es de no olvidarse jamás de las reglas del trabajo conspirativo. En todo caso siempre hay que proceder como si estuviera uno rodeado de provocadores, aunque éstos no existan.

Bautista se estremeció. Horrible. Proceder siempre como si se estuviera rodeado de provocadores. No sólo el delirio de persecución organizado como un sistema consciente y como una norma, sino la más infinita soledad del alma como régimen único de convivencia. Con el poder en sus manos, Fidel sería una pesadilla inenarrable.

Rosendo se sintió aún más incómodo e intranquilo, como si aquellas palabras encerraran una sospecha en su contra, ya que apenas tenía un año escaso de pertenecer a la organización y quizá no se le considerase aún digno de participar de secretos como aquél, tan grave, acerca de los nombres de las personas que trabajaban en la imprenta clandestina.

—¡Bah! —dijo Bautista mientras se encogía de hombros—. ¡No tiene la menor importancia!

Luego se volvió hacia todos los presentes con una expresión llena de angustia y de sufrimiento que, por no haberla sospechado en él, ni habérsela supuesto, los hizo temblar como si temieran que de súbito pronunciase las palabras prohibidas acerca de Bandera, y que nadie, excepto Julia, quería escuchar.

Lo miraron asustados. Estaba densamente pálido, como a punto de desmayarse. Algo confuso y atormentador le pesaba sobre el pecho. “De hambre —se dijo otra vez—, murió de hambre”, y en seguida, sin que este pensamiento tuviese una relación concreta con el anterior “a las diez de la mañana”, agregó, movido de ese impulso mecánico que funde en la mente los hechos que están distantes unos de otros y les otorga una analogía tonta pero dolorosa, pues si Bandera había muerto a las diez de la mañana, esto no agregaba ninguna nueva noción a la certeza de que hubiera sido por hambre.

—¡Volveré luego! —dijo entonces con una voz delgada y trémula—. Voy a ver si consigo algunos centavos para lo de la niña...

“Lo de la niña.” Era un circunloquio pudoroso, un modo elusivo de no llamar a las cosas por su nombre, con el temor de que esto fuera a causarles más dolor o fuera a debilitarlos en su necesidad de ser fuertes y de no tener consideración alguna para sufrimientos de índole personal, ajenos a la causa.

Julia cruzó con Bautista una rápida mirada llena de entrañables comunicaciones, y en cuanto éste hubo salido fue a sentarse en el suelo, junto a Ciudad Juárez, encogida sobre sí misma, como envolviéndose el cuerpo en su propia soledad. Lo que hubiera querido decir. Las hondas y desgarradoras palabras. El llanto que hubiera querido derramar. Ahí en el rincón era igual a esos tristes huizaches, que sin hojas, sin vestidura, se nutren con quién sabe qué de lo más pobre y último que les puede dar una tierra bárbara y estéril, donde sólo ellos, entre todas las criaturas de su reino, son los únicos capaces de vivir.

Un desasosiego inverosímil, que parecía localizarse físicamente en la parte inferior de la garganta, la ansiedad de una respiración a la que interrumpe el obstáculo de algún tejido enfermo, se apoderó de Rosendo,

quien comprendió entonces que, de mirar hacia Julia o hacia Bandera, no podría contenerse pues aquello no era otra cosa que el llanto.

Para dominarse fijó los ojos sobre la pared, donde se podía advertir un antiguo cartelón ruso de propaganda que en otro tiempo Fidel trajera consigo después de un viaje a la Unión Soviética. El cartel representaba un grupo de trabajadores, tras de una ametralladora Maxim, durante el asalto en 1917 al Palacio de Invierno, en Petrogrado.

Era una imagen llena de energía y denuedo, que en cierto modo podría considerarse superior al trabajo del artista, cuya probable mediocridad, como sucede ante hechos muy vivos, poderosos y fecundos, se iluminaba con una especie de genio, proveniente, en primer lugar, del propio acontecimiento histórico. Porque si bien cada uno de los rostros de aquellos trabajadores era una fisonomía específica y concreta, muy pronto se descubría que su belleza radicaba en la circunstancia más honda y general, sin embargo, no de orden estético, de que cada uno de ellos era al mismo tiempo el rostro de una clase, de la clase obrera, para la cual aquello tendría siempre una significación profunda, aun cuando para otros esa belleza no causara emoción alguna sino sólo a condición de que se comprendiese el destino de la clase y de su época.

Uno de los obreros, el rostro encendido, hacía ondear en lo alto de su fusil una enorme bandera roja sobre la cual estaba inscrita, con letras blancas, en ruso y en francés, una leyenda revolucionaria.

Sin que aquella inscripción le dijese nada, Rosendo la repitió veinte veces. *“XIVème Anniversaire de la Révolution Socialiste d’Octobre. À la victoire sous le drapeau de Marx, Engels, Lénine et Staline!”* Al fondo de aquel grupo de trabajadores la impetuosa multitud se arremolinaba junto a los muros del Palacio de Invierno, y, recortada contra el cielo lechoso y claro de las noches blancas de Petrogrado, se veía la estatua de Pedro el Grande, como el testimonio retrospectivo de un viejo mundo llamado a desaparecer.

Aquello debía significar para Rosendo un mensaje lleno de esperanza, de fe en el porvenir, de seguridad en el triunfo, pero, por el contrario, no le produjo impresión alguna en esos momentos.

Fidel lo miró de soslayo y pudo advertir que sus ojos estaban húmedos de lágrimas. Se aproximó entonces y le dio un suave puñetazo de afecto en el mentón.

—¿Qué es eso? —le dijo con una sonrisa—. Nosotros no debemos tener tiempo para lamentarnos de nada. Nuestra tarea es luchar sin tregua. Ésa es nuestra única verdad.

El tono de estas palabras había sido cariñoso, igual que el de un mentor que rompe la frialdad de su trato, lejos del aula, ante un alumno bueno pero tímido, al que es necesario darle la impresión de que bajo la apariencia de ese maestro riguroso e implacable del salón de clases se disimula, sin embargo, una persona capaz de comprender sus problemas y dar a éstos el obsequio de su indulgencia.

Julia levantó la cabeza para mirar hacia Fidel con un asombro indescriptible. De pronto se le revelaba en su actitud algo muy diverso y opuesto a lo que tal actitud parecía indicar. Era inaudito. No otro hombre diferente al que ella conocía, sino peor, espantoso y apenas en el breve lapso de un segundo. “¿Por qué le hablará a Rosendo en esa forma?”, se preguntó alarmada. Pues no era el contenido, de todos modos formal y burocrático, de las frases lo que importaba, sino que el tono afectuoso y la sonrisa destinados a dar la impresión de que Fidel era capaz de conmoverse ante una “debilidad” humana sin que por ello violase la rigidez de sus principios, con que las frases fueron acompañadas, al no corresponder, antes al contrario, contrastar en forma tan notable con su contenido, ponían al descubierto una sutil artimaña de voraz proselitismo mediante la cual Fidel intentaba el sometimiento absoluto y desconsiderado de un espíritu del que deseaba adueñarse y obtener la admiración.

Después de que hubo hablado con Rosendo, Fidel regresó a su punto, tras del escritorio, y nuevamente se puso a teclear sobre la máquina de escribir redactando el proyecto de informe que sobre las actividades políticas y de organización debía rendir, dos días más tarde, ante el Comité Central.

Rosendo lo siguió con los ojos y de pronto experimentó una honda y profunda emoción. Aquél era un camarada maravilloso y ejemplar. Mientras hubiese seres como tal hombre todo podía considerarse bueno, fidedigno y puro. Ahora hasta este mismo cuarto, sucio, pobre, se había convertido en el símbolo del ideal, en la representación del desinterés y el sacrificio con los que era necesario recorrer el áspero y tormentoso camino de la lucha revolucionaria. El alma de Rosendo se

sintió transportada por una dicha potente, juvenil, plena de fuerzas venturosas y fecundas. El propio cartelón soviético, que segundos antes no le había transmitido mensaje alguno, hoy era una verdad cálida, hecha vida y sangre en centenares de miles de hombres y mujeres que en todas partes de la tierra se congregaban, unidos por la misma llama de la idea común. “*¡A la victoria, bajo la bandera de Marx, Engels, Lenin y Stalin!*” ¿Qué importaba la vida si era para arder como una antorcha que iluminara las tinieblas? La propia niña muerta, la hija de Julia y de Fidel, ¿no representaba también un desesperado símbolo de espantosa generosidad y entrega sin límites? “No debemos tener tiempo para lamentarnos por nada. Nuestra tarea es luchar sin tregua. Ésa es nuestra única verdad.” Sí, evidentemente. ¿Qué debe importar la consunción y acabamiento de los propios hijos, si a cambio de ello se lucha por un mundo donde no existan el hambre, ni el dolor ni la muerte para ningún niño de la tierra?

Porque ahora Rosendo comprendía cabalmente lo que significaba haber sido testigo presencial de ese innombrable sacrificio.

Había llegado a la “oficina ilegal” poco después de las siete de la mañana, cuando la pequeña Bandera, aunque distante en realidad tres horas de su muerte, sin embargo, ya daba señales de estar irremisiblemente perdida.

—Tiene dos días de no poder cerrar los ojitos —le dijo Julia con un tono de voz gris y melancólico.

Rosendo ofreció los últimos treinta centavos que traía en la bolsa, con los cuales se compraron un cuarto de leche, medio kilo de carbón y cuatro piezas de pan para que también comieran Fidel y Julia, quienes no habían probado alimento durante algunos días, pues como la casilla postal de la organización estaba ocupada por la policía, no habían podido recoger el dinero que llegaba de provincia.

Rosendo se inclinó sobre la cuna de Bandera. ¿Miraría algo la niña con esos ojos a los que la anemia y la espantosa consunción no dejaban ya cerrar los párpados? Eran unos ojos de tinte azulado, casi blanquecinos, y se movían apenas con un imperceptible vibrar incesante, igual que el cuerpo de un molusco que se contrae fuera del agua mientras agoniza.

—Ya ni siquiera llora —explicó Julia.

La niña no pudo conservar la leche en el estómago, sino que la expulsó en inconcebibles espasmos, ensuciándose las hondas y duras arruguitas de su rostro de anciana con la pasta de color verde en que, rápidamente descompuesto, se convirtiera el líquido.

—Vale más que *acabe* cuanto antes —dijo Julia con un sollozo en la garganta. Rosendo la miró con ansiosa y desesperada avidez, como si quisiera descubrir alguna otra cosa tras de aquellas palabras. Pero no. Había dicho exactamente eso: “que *acabe* cuanto antes”.

Para disimular quién sabe qué extraña aversión que le nació de pronto, Rosendo no quiso mirar más a Julia, pero fabulosa, espantosamente, al volver la vista hacia el rostro de Bandera, pudo darse cuenta que aquellas facciones de la niña se adelantaban paso a paso en el tiempo, en una horrible trasposición de la edad, a parecerse a las facciones de la madre, como si en venganza de la próxima muerte y queriendo ganarle terreno la Naturaleza obligase a la niña a consumir, en el lapso de unas cuantas horas, esa etapa de años, ese largo proceso en que afluyen a la conformación del ser humano, entrelazados en una malla secreta que no se ha podido advertir en la puericia, los atavismos, las herencias, los rasgos que ya ningún pariente recuerda, de aquel bisabuelo antiquísimo u otro familiar de quien sólo existe un vagoroso retrato. “Que acabe cuanto antes.” Lo había dicho Julia. Nada menos que Julia.

Las manos de Rosendo temblaban y una dolorosa incomodidad, casi de rencor, lo estremecía por dentro. Hubiese querido que esa mujer llorara, pero lo alucinante era verla ahí junto a la hija, ausente y muda, apenas los ojos quebrados por una luz pálida y doliente.

Julia puso su mano sobre la cabeza de la niña, pero lo frío y extraño de esa materia que poco a poco iba dejando de ser de este mundo hizo que la retirara en seguida, pero como a pesar de todo se arrepintiera luego de ese ademán, se volvió hacia Rosendo en solicitud de indulgencia, de disculpa. A falta de otro gesto u otra forma expresiva, sus labios sonrieron con tristeza.

—¿No crees —le dijo— que la niña se está pareciendo a mí?

Rosendo tuvo un estremecimiento de angustia. Entonces también Julia se había dado cuenta del fantástico proceso.

—Sí —repuso en forma incomprensiblemente involuntaria—, es que le falta poco tiempo para morir.

Escuchaba Julia estas palabras desde muy lejos, desde otro país o desde otra esfera. No pudo percibir, de la misma manera en que Rosendo tampoco, que el ruido de la máquina de Fidel había cesado y éste se encontraba a sus espaldas mirando por encima de sus hombros el cuerpo de Bandera.

—¡Qué raro es todo esto! —dijo Fidel muy quedamente—. No puede ser más raro.

Julia lo miró atónita. El maxilar de Fidel, suelto y sin voluntad que lo gobernase, colgaba de manera extraña como por obra de algún peso interior, pero mucho más como un índice de su sufrimiento, y entonces los labios permanecían entreabiertos, independientes de las demás partes del rostro, cual si expresaran por sí mismos un atroz género de inesperada soledad. “Es que todavía me quiere”, se dijo Julia, y hubiese deseado estrecharlo entre sus brazos para que juntos desataran todo el dolor y la pesadumbre de la vida.

“Le diré que la amo con todas mis fuerzas”, pensó Fidel, “y que la muerte de Bandera nos unirá para siempre porque es un sacrificio enaltecedor que hemos consumado con nuestras propias entrañas”. Algo parecido a esto. Le dirigió una mirada de elocuente transparencia comunicativa, profunda y verdadera, y entonces Julia aguardó las palabras cual si su cuerpo se hubiese abierto cálidamente para recibir aquella renovada semilla de fecundación.

—Es inevitable —dijo de repente una de esas deidades adversas de cuya existencia turbia dentro de su alma Fidel tenía nociones tan exactas, pero que siempre lo asombraban, no porque viniesen a decir lo contrario de lo que él quería expresar ni lo contrario de lo que su pensamiento formulaba, sino porque cada vez se hacían más poderosas, irresistibles y necesarias para su espíritu, a la manera como en la naturaleza enferma del toxicómano se precisa aumentar de vez en vez la dosis del alcaloide—, es inevitable la muerte de Bandera —dijo con una voz fría y tranquila, como quien rinde un informe burocrático—. Así que los hechos deben juzgarse con objetividad, tales como son, sin sentimentalismo alguno —hizo una pausa severa y rigurosa, con la cual terminó por disiparse en definitiva aquella sombra de dolor que tenía en el rostro.

—Aunque no has dormido en toda la noche —dirigióse en concreto a Julia, pues sus palabras anteriores habían sido dichas en forma impersonal—, si es que no quieres descansar, podrías entonces ayudarme.

“Es como un abominable santo”, pensó ella, “un santo capaz de cometer los más atroces pecados de santidad”.

Rosendo lo había visto. Rosendo había contemplado el bárbaro desprendimiento y había escuchado las ardientes palabras. “No debemos tener tiempo para lamentarnos de nada. Nuestra tarea es luchar sin tregua. Ésa es nuestra única verdad.” Sin sentimentalismo alguno.

Rosendo pensaba en todo ello con una suerte de fortaleza heroica —temeraria e ingenua—, de catecúmeno reciente. Se sentía orgulloso realizando hoy una tarea del Partido. ¿Por qué, entonces, sentir tristeza, cuando aquello había sido un testimonio de fe tan grande, una tan descomunal afirmación de amor a la causa? ¿Por qué, entonces, esta suave melancolía a través del rostro de Bautista mientras la lumbre de su cigarrillo le encendía las facciones al aspirar el humo en mitad de las tinieblas de La Curva?

Ahora la ciudad parecía haber vuelto a perder sus límites a causa del silencio, después de las campanadas del reloj.

—¡Fuma! —exclamó de súbito Bautista con una voz casi autoritaria, al mismo tiempo que tendía a Rosendo el cigarrillo, aunque en seguida esa voz se hizo suave y muy lenta—. Con la mano así —indicó mostrando la palma dispuesta como embudo—, para que no se vea la lumbre.

A sus espaldas, al otro lado de La Curva, se extendía uno de los tiraderos de la ciudad, lleno de trapos, de algodones sucios, de botes viejos y de hojas de lata, encima de cuya inverosímil podredumbre y miseria vivían algunas espantosas gentes, algunos seres infinitamente no humanos, pero vivos y terribles.

Más allá del tiradero levantaba su geométrica estructura la zona fabril, el Rastro de la Ciudad, la United Shoe y docenas de tenerías, fábricas de vidrio, de focos y de pastas alimenticias, pero cuya presencia no podía advertirse desde el punto donde Rosendo y Bautista se encontraban.

El silencio era pesado, lleno de extensión y de altura. “Ésta es la hora más negra, la más penetrante”, pensó Rosendo, al mismo tiem-

po que admiraba junto a sí el existir sin cuerpo, tan sólo con voz de Bautista.

Aquel hombre era un pedazo de vida lleno de madurez y de vigor, y las tinieblas únicamente contribuían a hacerlo más existente, más claro, más dibujado y puro. Rosendo sentía esa pureza, esa rectitud del alma imponiéndosele sobre el espíritu, sin violencia alguna, nada más por sí misma, por cierto tranquilo y grave fuego de convicción, pues en Bautista podía encontrarse una fuerza general, secreta y simple que engrandecía las cosas con un nuevo sentido.

Rosendo hubiese querido comunicarle estas apreciaciones, pero como para ello era preciso barrer el obstáculo de un cierto rubor y vergüenza inexpresables y acaso también el miedo a la burla y a la forma en cómo se expresase un determinado juicio sobre sus palabras, prefirió referir tales apreciaciones a una tercera persona.

—He pensado mucho en lo de Bandera —dijo tímidamente—. Para mí ha sido una de las más bellas lecciones. Creo que Fidel es un camarada ejemplar. Un extraordinario camarada.

Bautista dejó escapar una breve risita irónica.

—Sin duda —exclamó—, un gran camarada, aunque en ocasiones sea muy desconcertante.

Se detuvo para esperar la reacción de Rosendo, pero éste no pareció haberse extrañado por sus palabras.

—Por ejemplo —prosiguió Bautista—, eso último que hizo con el dinero que llevé, después de todo lo que había hecho antes y que es más propio de un faquir que de un líder comunista, ya fue el colmo. Una verdadera estupidez. El periódico podía esperar de cualquier manera.

Rosendo no supo qué decir. Era muy difícil para él aventurarse en ese terreno, pero de pronto le pareció que nunca había visto tal tristeza y tal soledad como las de Bautista.

—El periódico podía esperar —insistió éste con tozudez, cual si con esto quisiera decir algo muy diáfano y contundente, pero aludiendo tan sólo al hecho de que los quince pesos que llevó para el entierro de Bandera hubieran sido destinados por Fidel para los gastos de envío a las provincias de *Espartaco*, el órgano de la Juventud Comunista.

“La que puede esperar es *ella*, porque está muerta”, había sido la réplica atroz y lógica que diera Fidel a estas palabras de Bautista.

Guardaron silencio durante largos instantes. El cigarrillo se había consumido por completo, y entonces ambos se pusieron de pie para encaminarse hacia la zona de las fábricas.

“La que puede esperar es ella, porque está muerta”, se repitió Bautista aquella frase terrible.





## CONSTITUCIÓN Y LITERATURA

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO, SENADO DE LA REPÚBLICA  
Y EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS DE LA UNAM.

Se terminó de imprimir en 2018 en los talleres  
de Impresora y Encuadernadora Progreso,  
S. A. de C. V. (IEPSA). San Lorenzo núm. 244,  
Col. Paraje San Juan, Del. Iztapalapa,  
C. P. 09830, Ciudad de México.

Su tiraje consta de 100 ejemplares  
en tela y 1 000 en rústica.





La Constitución de 1917 fue la culminación del proceso revolucionario que dio origen al México del siglo xx. Para conmemorar el Centenario y la vigencia de nuestra Carta Magna es menester conocer el contexto nacional e internacional en que se elaboró y cómo es que ha regido la vida de los mexicanos durante un siglo. De ahí la importancia de la presente obra.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) tiene la satisfacción de publicar, con el Senado de la República y el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, la serie “México y la Constitución de 1917”. En ella destacados historiadores y juristas, politólogos y políticos, nos dan una visión multidisciplinaria sobre el panorama histórico, jurídico, político, económico, social y cultural de nuestro país, desde la instalación del Congreso Constituyente de 1916-1917 hasta nuestros días. Científicos sociales y escritores hacen, asimismo, el seguimiento de la evolución que ha tenido el texto constitucional hasta el tiempo presente y su impacto en la vida nacional, así como su prospectiva para el siglo XXI.



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

